



**LA TRAVIESA ELIZABETH**

*Enid Blyton*

Elizabeth vuelve con mucha ilusión a Whyteleaf. Esta vez ya no quiere ser mezquina ni grosera, pero Robert, un chico nuevo que abusa de los pequeños, no le pondrá las cosas fáciles. Pero Elizabeth pronto descubrirá que no pueden ser enemigos siempre.



Enid Blyton

# **La traviesa Elizabeth**

**La traviesa Elizabeth - 2**

ePub r1.2

Enhiure 20.07.14

Título original: *The naughtiest girl again*  
Enid Blyton, 1942  
Traducción: María Lourdes Pol de Ramírez

Editor digital: Enhiure  
Primer editor: Gand (Adición de imágenes)  
ePub base r1.1



## *De vuelta a Whyteleafe*

Elizabeth estaba excitada. Las largas vacaciones de verano ya casi habían terminado y se aproximaba la hora de ir al colegio. Su madre, la señora Allen, le preparaba sus cosas y la niña la ayudaba a ordenar el gran baúl.

—Me entusiasma la idea de ver nuevamente a todos mis amigos —exclamó Elizabeth—. Soy feliz al pensar que volveré a Whyteleafe. El invierno me resulta ahora más atractivo.

La señora Allen miró a su hija y se rió.

—¿Te acuerdas de lo excitada que te pusiste antes de ir a la escuela por primera vez el pasado curso? Entonces prometiste ser mala y desobediente para lograr que te devolviesen a casa. Me complace saber que ahora irás feliz.

—¡Oh, mamá! Fui una gran estúpida —Elizabeth enrojció al recordar lo ocurrido entonces—. Me ruborizo cuando pienso en las cosas que dije e hice. ¡Hasta me negué a compartir las golosinas! Fui terriblemente ruda y grosera en clase y me negué acostarme a la hora. En verdad que me propuse conseguir mi vuelta a casa.

—Por fortuna no te expulsaron porque luego resultó que te agradaba el colegio —comentó su madre, sonriente—. Bueno, confío en que este año no serás la niña más traviesa de la escuela.

—Por supuesto que no, mamá, aunque tampoco seré la mejor. Tú sabes con qué facilidad salto. Además, hablo demasiado al buen tuntún y no sé reprimirme, lo que me origina algún que otro disgustillo. Lo importante será acabar bien y con provecho el curso.

—Excelente —aplaudió su madre, cerrando la tapa—. Ya está listo el baúl. He puesto una caja de caramelos, un gran pastel de chocolate, bocadillos y un gran bote de compota negra de grosella. Es suficiente, ¿verdad?

—¡Oh, sí, gracias, mamá! A todas les gustará probarlo. Confío en que la madre de Joan se acuerde de regalarle una caja de pasteles.

Joan era la amiga de Elizabeth. Ambas habían pasado juntas las vacaciones de verano, que transcurrieron felices. Finalmente, Joan se marchó a su casa para estar una o dos semanas con sus padres antes de volver al colegio.

Elizabeth esperaba con impaciencia reunirse de nuevo con su amiga. La ilusionaba compartir con ella el mismo dormitorio, sentarse en el mismo banco y disfrutar con los mismos juegos.

La señora Allen conocía a través de su hija las costumbres del colegio Whyteleafe, donde los alumnos se gobernaban por sí mismos. Sólo en muy raras ocasiones imponían castigos los profesores. Semanalmente se celebraba una gran asamblea y era obligatorio asistir a ella. Un niño y una niña eran elegidos jueces, y doce monitores elegidos por los propios muchachos formaban el

jurado. Cualquier queja debía ser expuesta a la Junta y, si algún niño se había portado mal, ellos mismos le imponían un castigo.

Elizabeth llegó a sufrir las peores sanciones debido a su pésimo comportamiento y desobediencia. No hubo regla del colegio que no vulnerara. Gracias a Dios, comprendió a tiempo lo beneficioso que resultaba observar una conducta intachable y el bien que ello comportaba a todo el colegio.

Sin duda alguna, el próximo curso le depararía la ocasión de demostrar a los demás lo estupenda que era.

La marcha estaba fijada para el día siguiente. Entre sus cosas había un nuevo palo de lacrosse y otro de hockey sobre hierba para practicar ambos deportes en Whyteleafe. Se sentía muy animada. En realidad nunca había practicado un deporte, si bien estaba determinada a sobresalir en ellos. Le gustaba correr y no dudaba de que lograría marcar muchos goles.

Su madre la llevó a la estación de Londres donde aguardaba el tren que llevaría a los niños al colegio. Elizabeth bailó de contento en el andén al ver a sus amigas.



—¡Joan, has llegado primero! ¿Cómo está, señora Townsend? ¿Ha venido a despedir a Joan?

—Así es, querida. Me complace saludarla, señora Allen, y también me complace ver a la peor niña del colegio Whyteleafe contenta de volver a él.

—Por favor, señora Townsend. Nunca más seré la peor niña del colegio. ¡Oh, allí está Nora! ¡Nora! ¡Nora! ¿Qué tal has pasado las vacaciones?

Nora, alta y morena, se volvió.

—Hola, Elizabeth. Compruebo que vuelves. Querida, tendremos que redactar nuevas reglas para ti.

La señora Townsend se rió.

—Ya lo ves, Elizabeth. Todos te fastidiarán recordándote el pasado. Creo que lamentarán que ya no seas la misma del curso anterior.

—¡Mira, ahí llega Harry! —gritó Joan—. ¡Harry! ¿Te acuerdas de los conejos que nos regalaste? Pues se hicieron mayores y han tenido crías. Me he traído dos gazapos. Serán mis favoritos.

—Los recuerdo y eran... ¡Hola, Elizabeth! ¡Qué morena estás! Eh, John, mira quién está aquí. Seguro que te gustará hablar de tu jardín con ella —contestó Harry.

John Terry se acercó. Alto y fuerte, de unos doce años, aficionado a la jardinería, era el responsable del jardín de la escuela, después del señor Johns, un maestro. Con Elizabeth había planeado toda clase de actividades para el inminente curso.

—Bienvenida, Elizabeth —saludó—. ¿Te has traído aquel libro de agricultura que me prometiste? Este año será más divertido. Cavaremos de lo lindo y quemaremos toda la maleza.

Hablaron ávidamente uno o dos minutos, hasta que llegó otro muchacho de pelo oscuro y semblante frío que cogió por el brazo a Elizabeth.

—¡Hola, Richard! Eres un mentiroso. Prometiste escribirme y no lo has hecho. ¿También te has olvidado de practicar durante las vacaciones?

Richard se rió. Estaba considerado como un futuro gran músico. Pese a sus pocos años tocaba con rara perfección el piano y el violín. Richard y Elizabeth amaban la música y ambos interpretaban dúos en los conciertos del colegio.

—Estuve en casa de mi abuelo. Por cierto, tiene un violín maravilloso. Me permitió tocarlo y, aunque me olvidé de todo el mundo, dediqué todo el tiempo de mis vacaciones a la música. Gracias por tu postal. La escritura era tan mala que sólo pude leer tu nombre. De todos modos, gracias.

—¡Torpe! —gritó indignada Elizabeth, que al observar el pestañeo de Richard, se rió—. Perdóname. Sin duda el señor Lewis nos dejará tocar algún dúo este curso.

—Despedíos de vuestras familias —ordenó la señorita Ranger, aproximándose al pequeño grupo—. El tren está a punto de salir. Ocupad vuestras plazas lo antes posible.

La señorita Ranger había sido profesora de Elizabeth. Aunque severa, jamás cometía una injusticia y sabía ser alentadora.

Elizabeth y Joan se alegraron de verla. Ella les sonrió y se fue al siguiente grupo.

—¿Te acuerdas cuando la señorita Ranger te expulsaba de clase, por lanzar papeles con la regla a los compañeros? —comentó John, sonriendo.

Las dos niñas se subieron a un vagón. Elizabeth rió. Luego se volvió hacia su madre.

—Adiós, mamá querida. No sufras por mí. Seré buena.



Se oyó el estridente pitido de la máquina. Los colegiales se habían acomodado en los respectivos compartimientos. Los padres y familiares les decían adiós. El tren se puso en marcha y abandonó la estación de Londres.

—Otra vez solas —comentó Elizabeth.

Luego miró a su alrededor. Allí estaban Nora, Belinda, Harry y John Terry. Éste sacó una bolsa de caramelos y ofreció el dulce contenido a sus amigos, que aceptaron uno. Luego charlaron y rieron. Los chicos explicaban los sucesos más sobresalientes de sus vacaciones.

—¿Se incorpora algún nuevo alumno este curso? —preguntó Joan—. No he visto a ninguno.

—Sí, hay dos o tres novatos —explicó John—. Un chico de aspecto desagradable y sombrío y una pareja de niñas. Creo que pertenecen a tu grupo.

—¿Qué opinas de las niñas? —preguntó Joan.

El chico no contestó.

—Bien, ya averiguaremos cómo son —Joan se volvió hacia Elizabeth—. Elizabeth, ¿qué contiene tu caja de golosinas? Mi madre me ha puesto una enorme caja de bombones, un pastel de jengibre, un bote de miel y otro de mermelada.

—Excelente —alabó Elizabeth.

Los muchachos hablaron acerca de sus cajas de golosinas. El tiempo transcurría tan feliz como el tren rodaba por la vía.

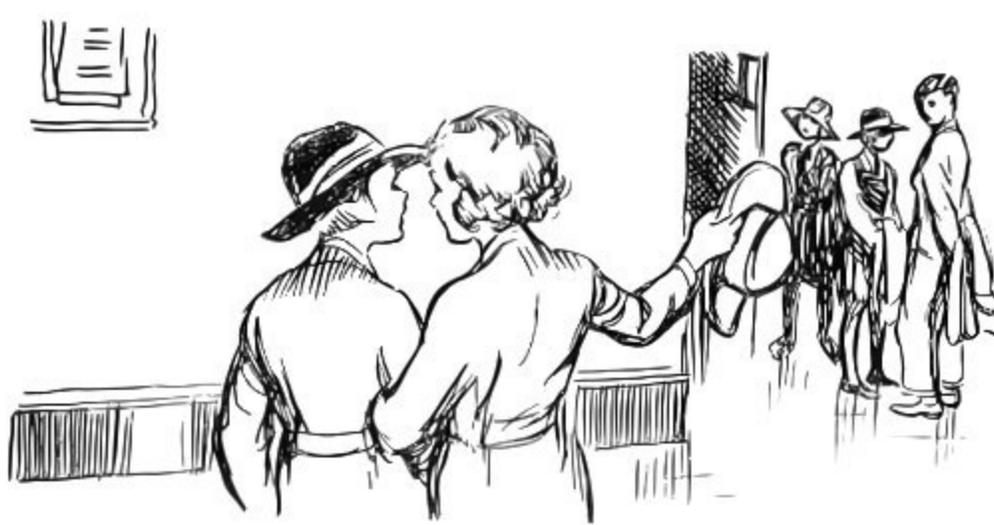
Y llegó ese momento de nervios de todo final de viaje. El tren se detuvo en la estación de una pequeña ciudad y los muchachos corrieron a tomar por asalto dos autocares.

—¿Alguien distingue ya Whyteleafe? —preguntó Elizabeth cuando los coches se pusieron en marcha—. ¡Oh, mira allí! ¿No te parece hermoso?

Los muchachos miraron la montaña en cuya cima estaba la escuela. Todos se sintieron complacidos. Las enredaderas en las paredes comenzaban a tornarse doradas y las ventanas brillaban al sol otoñal.

Los autocares atravesaron la amplia arcada y ascendieron por el camino hacia la puerta principal. Elizabeth recordó su primera llegada, cinco meses antes, y el odio que experimentó hacia todo aquello. Esta vez, gozosa, abandonó el autocar y corrió con los demás hasta la escalinata. Desde allí vio a los nuevos alumnos, que discutían desorientados sin saber qué hacer o adónde ir.

Elizabeth cogió del brazo a su amiga Joan.



—Acerquémonos a los nuevos —propuso—. Parecen polluelos perdidos.

—Adelante —aceptó Joan.

El trío oscilaba entre los once y los doce años. El muchacho era muy alto para esa edad.

—Venid con nosotras y os enseñaremos dónde están los lavabos y el comedor —invitó Elizabeth.

Ellas la miraron agradecidas. Rita, la chica juez, llegó entonces.

—Compruebo que te preocupan los nuevos, Elizabeth. Gracias por tu interés.

Elizabeth la presentó.

—Es la chica juez. ¡Mirad!, aquí llega William, el otro juez. Los dos son estupendos. Venid.

Poco después entraban hambrientos en el comedor. ¡Qué placer les produjo el olor de estofado con zanahorias y cebollas!

—Es grato volver —exclamó Elizabeth, sonriendo a los rostros desconocidos—. Me ilusiona pensar las aventuras que nos aguardan en este curso.

—Quizá no tengamos ninguna —respondió Joan.

Sin embargo, fueron muchas las novedades en aquel curso.

## *En Whyteleafe*

Pronto estuvieron bien instalados. Excepto los recién llegados, los demás ya venían del trimestre anterior. Los que pasaron a una clase superior se sintieron importantes durante los primeros días. El chico y las dos niñas fueron asignados a la clase de Elizabeth.

La señorita Ranger pronunció sus nombres.

—Jennifer Harris, Kathleen Peters, Robert Jones.

Jennifer, de aspecto alegre, tenía el pelo denso, muy corto y un flequillo voluminoso. Sus ojos castaños centelleaban. Las otras niñas intuyeron que era divertida.

Kathleen Peters, de cara pálida, llena de granos, tenía cara de enfadada, el pelo graso y una expresión desagradable. A ninguna le gustó del todo.

Robert Jones, demasiado alto para su edad, mostraba un semblante hosco, si bien al reír cambiaba completamente.

—A mí no me gusta la boca de Robert, ¿y a ti? —preguntó Joan a Elizabeth—. Tiene labios muy delgados y el inferior le sobresale. No parece muy amable.

—Pienso que no podemos cambiar la forma de nuestras bocas —respondió Elizabeth.

—Quizás estés equivocada —opinó Joan—. Creo que la gente forma su propio rostro a medida que crece.

Elizabeth rió.

—En tal caso, es una lástima que la pobre Kathleen Peters no haya conseguido un rostro mejor.

—Calla, que te oiré.

La primera semana transcurrió sin novedad. Durante la misma, se repartieron libros, lápices y plumas y se asignaron los puestos que cada niño debía ocupar en clase. A Joan y Elizabeth les tocó sentarse juntas y eso las agradó. Desde sus asientos, cerca de las ventanas, veían el jardín.

Todos podían cultivar el jardín. John Terry ofrecía pequeñas parcelas a los interesados, siempre que prometieran cuidarlas.

Había niños que preferían cultivar lechugas; otros, flores, y hasta había un enamorado de las rosas en cuyo huerto sólo crecían seis bonitos rosales.

Elizabeth prefirió no aceptar una parcela, sino ayudar a John en sus tareas de jardinería mayor. Se sentía impaciente por hacer planes con él. En su mente bullían mil proyectos. Había leído dos veces un libro de horticultura durante las vacaciones.

También podían tener sus propios animales, excepto perros o gatos, por la dificultad que entrañaba alimentarlos. Las mascotas no podían tenerse encerradas en jaulas. Abundaban los

conejos y los conejillos de Indias. También había palomas con cola en forma de abanico en un palomar construido sobre un poste. Otros niños tenían canarios o carpas doradas. Resultaba divertido tener animales, pero no a todos los niños se les permitía semejante responsabilidad. De ese privilegio gozaban sólo aquéllos que amaban a los animales. Éstos se hallaban instalados en grandes y ventilados cobertizos no lejos de los establos donde vivían los caballos. En el colegio de Whyteleaf se practicaba la equitación.

Las gallinas y patos pertenecían a la escuela. Los niños podían cuidar de ellos y alimentarlos. Tres hermosas vacas pacían en el prado y una pareja de alumnos se cuidaban de ordeñarlas cada día. Para ello debían madrugar. Y lo hacían gustosamente, pues les divertía.

Jennifer Harris trajo varios ratones blancos muy pequeños. Los tenía en una gran jaula que limpiaba todos los días. Nadie podía tocarlos. Constituían una novedad, pues ningún niño poseía ejemplares parecidos. Elizabeth y Joan fueron con Jennifer a verlos.



—¿Verdad que son simpáticos? —dijo Jennifer, dejando correr un ratón por debajo de su manga—. ¿Ves sus ojos rosados, Elizabeth? ¿Te gustaría que uno corriera por debajo de tu manga? Da una sensación muy agradable.

—No, gracias. Puede que a ti te guste, pero no estoy muy segura de que resulte agradable para mí.

—¿Son tus ratones blancos, Jennifer? —preguntó Harry—. ¡Oh, qué bonitos! Pero ¡cáscaras! Uno asoma por tu cuello, ¿lo sabes?

—Claro que sí. Cógelo, Harry. También se introducirá por tu manga y saldrá por tu cuello. ¡Y lo hizo! El diminuto roedor se perdió en la manga del muchacho para luego asomar su pequeña nariz por detrás de su cuello. Joan se estremeció.

—¡Oh, yo no lo soportaría! —dijo.

Sonó el timbre y el ratón volvió precipitadamente a su caja.

Joan dio una última mirada a los conejos, que compartía con Elizabeth.

Las horas del té y de la cena durante la primera semana fueron inolvidables. Los niños tenían permiso para sacar lo que quisieran de sus cajas de golosinas. ¡Cómo gozaban con los pasteles, bocadillos, dulces, bombones, carnes en conserva y confituras! Todo el mundo ofrecía lo suyo. Robert no parecía muy complacido. Kathleen Peters no ofreció ninguna de sus golosinas, pero sí aceptaba cuando la invitaban.

Elizabeth recordó su propio egoísmo al principio de su primer curso y no dijo nada.

«No puedo censurar a nadie por algo que yo también hice —pensó—. Pero me agrada saberme distinta ahora».

El gran acontecimiento de la semana fue la primera Junta del colegio. Toda la escuela asistía, incluso algunos profesores.

La señorita Belle, la señorita Best y el señor Johns nunca faltaban. Se sentaban al final y no participaban en las deliberaciones, a menos que los niños requiriesen su ayuda.

Era una especie de asamblea que regía la escuela, donde los niños establecían sus propias reglas, formulaban quejas y peticiones, se juzgaban los unos a los otros y castigaban el mal comportamiento.

No era agradable que las faltas de uno se divulgaran y se discutieran. Pero, por otro lado, resultaba preferible airear los fallos a guardarlos en secreto y que éstos fuesen cada vez peores. Más de un niño había corregido actitudes tan feas como engañar o mentir, al beneficiarse de la simpatía y ayuda de todos los demás.

La primera asamblea escolar se celebró al final de la primera semana. Los niños entraron en el gimnasio, donde había instalada una gran mesa para los doce monitores del jurado. Éstos habían sido elegidos en la anterior Junta. Su cargo duraba un mes y podían ser reelegidos.

Todos se pusieron en pie cuando William y Rita, los dos jueces, entraron en el gimnasio.

William golpeó la mesa con un pequeño martillo de madera y los niños se sentaron en silencio.

—No hay mucho que decir hoy —habló el niño juez—. Supongo que a los nuevos se les habrá dicho por qué celebramos la Junta todas las semanas y qué hacemos en ella. Vemos aquí a los doce monitores y sabemos para qué han sido elegidos. Confiamos en ellos, nos consta que son leales, sensibles y amables, y por eso obedecemos y aceptamos las reglas que aprueban.

Rita prosiguió el discurso de William.

—Espero que hayáis traído vuestro dinero. Los nuevos sabrán ya que el dinero se deposita en esta gran caja y sólo recibiremos dos chelines cada semana. Con esto hay suficiente para comprar cuanto necesitamos: sellos, golosinas, tintas, cordones de zapatos y otras cosas. Quien necesite más, deberá decir para qué lo quiere y le será concedido si lo merece. Ahora preparad vuestro dinero, por favor. Nora, pasa la caja.

Nora cogió la gran caja y la pasó de hilera. Los niños depositaron su dinero. Robert Jones no ocultó su disgusto.

—Tengo una libra que me dio mi abuelo y no veo por qué tengo que ponerla en esa caja —

gritó.

—Robert, algunos de nosotros disponen de mucho dinero y otros de poco —explicó William—. También se da la circunstancia de que algún alumno, por su cumpleaños, recibe dinero en exceso y en otras ocasiones es más pobre que un bolsillo al revés. Si depositamos nuestro dinero en la gran caja, todas las semanas dispondremos de dos chelines para gastar. Y si necesitamos algo más, podemos conseguirlo si el jurado lo concede. Así que entrega tu dinero.

Robert puso su billete, pero muy poco convencido de la bondad del sistema.

—¡Alégrate! —le susurró Elizabeth.

La mirada de Robert la hizo enmudecer.

Nora depositó la caja de nuevo en la mesa. Pesaba mucho.

Entonces se devolvieron dos chelines a cada uno. Rita y William recibieron lo mismo.

—¿Alguien necesita dinero extra esta semana? —preguntó William.

Kenneth se levantó.

—¿Me pueden conceder seis peniques? —solicitó—. He perdido un libro de la biblioteca y no lo encuentro. Me han multado con seis peniques.

—Sácalos de tus dos chelines —dijo William, y el jurado asintió—. El dinero de la caja no debe servir para pagar descuidos, Kenneth. Se pierden demasiados libros. Paga a la biblioteca los seis peniques y ya los recuperarás cuando devuelvas el libro.

Una niña se levantó.

—Mi madre vive en el extranjero y tengo que escribirle cada semana, pero el sello vale siete peniques. ¿No podría conseguir algo más de dinero para este gasto extra?

El jurado discutió el caso y estuvo de acuerdo en admitir la pésima fortuna de Mary, obligada a gastarse tanto dinero en una sola carta todas las semanas.

—Bien, tendrás cuatro peniques y medio más cada semana —accedió Rita—. Tú pagarás dos peniques y medio, el resto lo abonará la escuela. Considero que es una solución justa.

—¡Oh, claro que sí! —exclamó Mary—. Gracias. Muchas gracias.

Le dieron cuatro peniques y medio, que guardó en su monedero.

—Creo que esto es todo por esta semana —siguió Rita, consultando sus notas—. Sin duda habéis comprendido que todo mal comportamiento, antipatía, desobediencia, engaño, abuso y demás, debe ser notificado a esta Junta. Sin embargo, espero que los niños nuevos no caigan en la tentación de contar chismes. Sus monitores sabrán explicarles todo lo que he dicho.

—Lo intentaremos —contestó Nora.

—¿Alguna queja más antes de levantar la sesión? —preguntó William.

No la hubo; por lo tanto, se acabó la Junta y los niños salieron en fila del gimnasio.

Elizabeth caminaba silenciosa, recordando sus malos ratos ante la Junta. ¡Qué desafiante y



grosera había sido! Ahora le parecía inconcebible. Acompañó a Joan a dar de comer a los conejos. Uno de ellos era tan manso que permanecía quieto en los brazos de Elizabeth.

—¿Has advertido que tranquilo se presenta este curso? —preguntó Joan—. Espero que sea de nuestro agrado. ¿Corremos un poco?

Joan ni se imaginaba ni remotamente que la paz reinante no tardaría en verse alterada.

## *Elizabeth se crea un enemigo*

Dos niños nuevos se encargaron de alterar la tranquilidad del colegio. Robert, tan pronto se hubo familiarizado con las costumbres de Whyteleafe, puso de manifiesto su carácter antipático y arrogante. A él se unió Kathleen Peters, tan irascible que resultaba difícilísimo simpatizar con ella.

En cambio, Jennifer Harris resultó ser divertidísima. Dueña de una mímica fantástica, sabía imitar a la perfección a los profesores, especialmente a Mademoiselle, que agitaba los brazos y subía y bajaba su voz mientras hablaba. Jennifer, al parodiarla, hacía desternillar de risa a sus condiscípulos.

—Jenny es simpática —observó Elizabeth—, pero no puedo soportar a Robert o Kathleen. ¿Sabes, Joan? Creo que Robert es cruel.

—¿Por qué dices eso? ¿Acaso ha sido desagradable contigo?

—No, conmigo no. Sin embargo, ayer oí chillar a Janet y, al mirarla, advertí que lloraba mientras huía de él. Cuando le pregunté por lo sucedido, no quiso decírmelo. Sospecho que Robert debió de pellizcarla o algo parecido.

—No me sorprendería —dijo Joan.

Belinda Green se acercó a ellas y comentó:

—Robert persigue a los pequeños y los pellizca sin piedad.

—¡Qué odioso! —exclamó Elizabeth—. Como yo le sorprenda, informaré de él en la primera Junta.

—Antes asegúrate bien —aconsejó Belinda—. Robert puede acusarte de explicar cuentos y nunca más serías escuchada.

Robert apareció en aquel momento y las tres niñas se callaron.

Al pasar junto a Elizabeth, la empujó contra la pared.

—¡Oh, no te había visto! —se excusó con una sonrisita y siguió su camino.

Elizabeth enrojeció de furor. Joan impidió que le persiguiera.

—Lo hizo sólo para provocarte. No consientas que se salga con la suya.

—¡No puedo evitarlo! —gritó Elizabeth, furiosa—. ¡Bruto! ¡Antipático!

Sonó el timbre que señalaba la hora de entrar en el aula y no hubo tiempo para nada más. Robert asistía a la misma clase que Elizabeth. La niña le miró desafiadora al sentarse y, desde aquel instante, fueron enemigos.

Robert se equivocó en casi todas sus sumas y Elizabeth sonrió complacida.

—¡Te lo mereces! —murmuró.

Pero la señorita oyó su comentario.

—¿Es causa de regocijo que alguien haga mal su trabajo? —preguntó en tono glacial.

Esto proporcionó el desquite a Robert. Desde entonces cada uno se complacía cuando el otro fallaba. No obstante, las sonrisas de Elizabeth fueron más frecuentes, pues ella resolvía sin dificultades sus problemas. Era más inteligente que Robert.

Cuando practicaban algún deporte, procuraban hallarse en bandos opuestos para derrotarse. El chico nunca desaprovechaba la ocasión de propinarle un raquetazo o un golpe con el palo de hockey. Elizabeth no era vengativa y, no obstante, descubrió que se hallaba a la expectativa de cualquier oportunidad de devolver duplicados los golpes a su rival.

El señor Warlow, maestro de juegos, en cuanto se percató de lo que ocurría, les llamó.



—Practicáis un deporte y no una lucha en un campo de batalla —reconvino gravemente—. Olvidaos de vuestras diferencias en los partidos de lacrosse y hockey, por favor, y jugad noblemente.

Elizabeth, avergonzada, procuró rectificar. No así Robert, que incluso se volvió más contumaz, si bien cuidaba de no ser visto.

—Eres una insensata al enfrentarte a Robert —dijo Nora—. Es mucho más fuerte que tú. Apártate de su camino. Un día perderás los estribos y te verás en un serio apuro. Y eso es lo que él espera.

Elizabeth no escuchó el consejo.

—¡No temo a Robert!

—No se trata de eso. Robert pretende enojarte, pero si tú te desentendes y no le devuelves las ofensas, pronto se cansará.

—¡Es un odioso abusón!

—Procura no lanzar semejante acusación sin pruebas irrefutables. Pero si un día llegas a tenerlas, hazlo ante la Junta. Es allí, y sólo allí, donde debes acusarle. Lo sabes muy bien.

Elizabeth frunció el ceño, empecinada. Nora asistía a otra clase e ignoraba lo odioso que era Robert.

Al día siguiente, después del té, Elizabeth se dirigía a jugar con los conejos y oyó que alguien gritaba suplicante:

—¡Por favor, no me impulses tan fuerte! ¡Por favor, no!

Elizabeth se encaminó hacia los columpios y vio a un niño de unos nueve años empujado por Robert. Ciertamente subía demasiado alto.

—¡Que me mareo! —gritó el pequeño Peter—. ¡Que me mareo! ¡Me voy a caer! ¡Déjame bajar, Robert, déjame bajar, por favor! ¡No me empujes más!

Robert parecía no oír los acongojados lamentos del niño. Sus delgados labios estaban apretados y en sus ojos había destellos malignos.

La furia cegó a la niña.

—¡Para! —chilló—. ¡No hagas eso! Asustas a Peter.

—Cuidate de tus cosas —respondió Robert—. Me pidió que le empujase y eso hago. Vete, fisgona. Siempre metes las narices donde no te llaman.

—¡Salvaje! —gritó ella.

Intentó parar el columpio cuando bajaba, pero Robert fue más veloz y, de un empujón, la hizo rodar hasta un arbusto. Luego impulsó el columpio incluso más fuerte.

—¡Pediré ayuda! —gritó Elizabeth.

—¡Chivata! ¡Chivata! —canturreó Robert.

Fuera de sí misma se precipitó sobre maligno chiquillo, le agarró del pelo y tiró tan fuerte que le arrancó un mechón. Luego le dio un bofetón y un golpe en el estómago que hizo que se doblara entre gemidos de dolor.

Paró el columpio y ayudó al tembloroso Peter a bajarse.

—Ve al lavabo si te sientes mal. Y nunca más pidas a Robert que te columpie.

Peter se alejó tambaleándose con la cara pálida.

La niña se enfrentó de nuevo a Robert, pero aparecieron tres o cuatro chiquillos y ninguno de los dos contendientes quiso reanudar la lucha.

—Informaré de ti en la próxima Junta —gritó Elizabeth, aún poseída por una gran furia—. ¡Serás castigado, niño cruel y antipático!

Robert, en cuanto vio alejarse a su enemiga, observó a los recién llegados.

—¡Qué mal genio tiene esa chica! —se quejó—. Me ha arrancado un puñado de pelos.

Mostró algunos de sus oscuros cabellos. Los chicos miraron sorprendidos.

—Sin duda le hiciste algo tremendo —comentó Kenneth.

—Sólo columpiaba a otro chico. De repente, vino Elizabeth y se puso a fastidiarme. ¡Daría cualquier cosa para que me dejase tranquilo! No me extraña que durante el curso pasado la considerasen la niña más desobediente.

—Una vez le pegamos un letrero que decía: «Valiente Salvaje» —comentó uno de ellos y

todos rieron al recordar el enojo de Elizabeth—. ¿La has maltratado, Robert? Si lo hiciste, eres un ser despreciable. Ya sé lo impertinentes que llegan a ser las niñas, pero un chico no debe pegarlas.

—No la toqué —se defendió Robert, aunque estaba seguro de que lo hubiera hecho si no hubieran aparecido los otros chicos—. Ya os lo dije, vino a fastidiarme y, sin más, la muy boba se abalanzó sobre mí.

Elizabeth se apresuró a contar a Joan lo sucedido. Ésta la escuchó muy atenta con el rostro grave.

—Robert es un pertinaz abusón —afirmó Joan—. Debemos ponerle remedio. Sin embargo, considero un error por tu parte esa falta de control sobre tus nervios. Tienes un genio demasiado vivo.

—Cualquiera los hubiera perdido al ver cómo Robert enviaba al pobrecillo Peter hasta lo más alto del columpio. Cuando se bajó tenía la cara verde.

—¿Y si la Junta no da crédito a tus acusaciones si informas sobre Robert? —preguntó Joan dubitativa—. En tu caso, yo hablaría antes con Nora.

—¡No haré semejante cosa! —gritó Elizabeth—. Yo soy el mejor juez para este caso. Vi lo sucedido, ¿no es así? Pues bien, mañana informaré de Robert a la Junta y veremos qué dice el jurado. Recibirá un buen vapuleo. ¡Se lo merece!

Durante el resto de la jornada mantuvo su mal humor y, al día siguiente, apenas logró moderar su impaciencia a la espera de acusar a Robert. Estaba segura de que el chico aprendería qué les sucede a los avasalladores de sus propios compañeros.

Robert no demostró estar preocupado, ni temor a ser acusado. Le hizo muecas siempre que se cruzaron, enfureciéndola hasta lo indecible.

—Te llevarás un buen susto esta tarde ante la Junta —le amenazó.

No obstante, ella también se vería sorprendida.



## *Lo sucedido en la Junta*

Llegó el momento de la reunión semanal. Elizabeth se sentó en el banco junto a Belinda y Joan, ansiosa de exponer su queja contra Robert. Éste se hallaba sentado no muy lejos de ella, serio y sombrío, si bien sus ojos destellaban cuando miró a la niña.

—No me sorprendería que Robert se quejase de ti —susurró Joan—. Tiene aspecto de ocultar algo en la manga.

—Me trae sin cuidado. Espera a que la Junta oiga lo que tengo que decir.

Entraron William y Rita, seguidos de las profesoras y del señor Johns. Los niños se pusieron en pie.

Empezó la reunión con la acostumbrada recogida del dinero, que fue escaso aquella semana. Debido a su cumpleaños, Kenneth depositó cinco chelines en la hucha y Janet uno. Luego todos recibieron dos chelines, excepto Mary, a quien dieron cuatro peniques y medio de más para el sello de su carta semanal.

—¿Has encontrado el libro que perdiste? —preguntó William a Kenneth—. Acordamos que recuperarías tus seis peniques de multa si lo hallabas.

—No, no lo he encontrado, pese a haberlo buscado por todas partes.

—¿Alguien necesita dinero extra? —preguntó Rita, agitando la caja para comprobar cuánto había en ella.

—¿Sería posible que me concediesen una cantidad extra? —preguntó Ruth, poniéndose en pie—. Perdí los dos chelines la semana anterior y necesito comprar sellos.

—¿Cómo los perdiste?

—Tenía un agujero en el bolsillo. Los perdería por allí, pero no sé dónde.

—¿Sabías que tenías un agujero en el bolsillo?

Ruth vaciló.

—Bueno, sabía que no tardaría en hacerse. Era muy pequeño y no advertí que se había agrandado como para perder el dinero.

—¿Quién es tu monitora? —preguntó William—. ¿Eres tú, Nora? ¿Consideras culpable a Ruth?

—Sinceramente, Ruth no se distingue a la hora de repasar sus ropas. El año pasado perdió un cortaplumas por un agujero del bolsillo, ¿no fue así, Ruth?

—Sí —asintió incomodada la aludida—. Es cierto. Bueno, debí zurcir el agujero. Soy algo descuidada. De todos modos, procuraré evitar que se repita. Comprendo que no debo solicitar dinero, fue culpa mía.

Se sentó. El jurado deliberó. Eileen, una niña simpática, con un remolino de bucles rubios en su cabeza, se puso en pie.

—¿Puedo hacer una sugerencia? Ruth ha reconocido su culpa y, ciertamente, es muy generosa cuando tiene dinero.

¿Por qué no concederle esos dos chelines aunque sólo sea ésta por vez?

—Hemos deliberado sobre el caso —informó Rita—, y eso es precisamente lo que vamos a hacer. Tendrás un chelín, Ruth, y no dos. Esperamos que no seas tan tonta como para consentir que te suceda otra vez. Admitimos que eres sincera. Acércate y recoge tu chelín.

—Gracias —dijo Ruth aproximándose a la mesa—. Tuve que pedir sellos a Belinda. Ahora podré pagárselos. Seré más cuidadosa en el futuro, Rita.

—¿Más dinero? —preguntó William, que tuvo que golpear en la mesa con su martillo pues los niños habían comenzado a hablar unos con otros. Todos callaron.

—Esta semana es el cumpleaños de mi abuelita —dijo una chiquilla, poniéndose en pie—. Quisiera mandarle una postal.

—No —exclamó William—. Debes comprarla con tus dos chelines. No se concede. ¿Más peticiones?

Nadie se levantó. Elizabeth, sabedora de que el momento de las quejas había llegado, se sonrojó de excitación, William habló con Rita y volvió a golpear la mesa.

—¿Hay alguna queja? —preguntó.

Elizabeth y Robert se pusieron en pie, pero éste lo hizo medio segundo antes que ella.

—Tú primero, Robert —ordenó William—. Siéntate, Elizabeth, y aguarda tu turno.

La niña no obedeció.

—Por favor, William —suplicó—. Tengo una queja grave que formular.

—Puede aguardar. Siéntate.

—Pero, William, es sobre Robert.

—¡Obedece! —gritó Rita—. Tendrás tiempo de sobra para explicar todo lo que quieras.

No quedaba otro remedio que sentarse. Enojadísima, Elizabeth miró a Robert.

—Bien, Robert, ¿qué tienes que decir? —preguntó William.



—Espero que no lo consideres un chisme —había como un deseo de excusa en su voz—, pero

debo quejarme del comportamiento de Elizabeth Allen. Siempre he procurado ser justo con ella...

—¡Ooooooh! —gritó indignada la acusada—. ¡No es cierto! Eso...

—¡Silencio! —ordenó William—. Hablarás cuando llegue tu turno. No interrumpas. Sigue, Robert.

Elizabeth hervía de furor. Joan puso una mano sobre un brazo de su amiga para calmarla. Ésta retiró el brazo.

—He intentado ser siempre justo con ella —continuó Robert en tono muy cortés—, pero no puedo consentir que me tire del pelo y me abofetee.

Siguió un anonadante silencio. Todos miraron a Elizabeth. Robert continuó, complacido del asombro que había causado:

—Conservo en este sobre algunos de los cabellos que me arrancó para enseñártelos, William, si es que no me crees. Y hay dos o tres niños que pueden confirmarlo. Naturalmente, se trata de una niña y no pude devolverle los golpes. Sé que en el curso pasado fue la niña más rebelde del colegio y...

—No sigas, Robert. Eso no hace al caso —cortó William—. Elizabeth siempre se ha mostrado justa, noble y amable, prescindiendo de su mal comportamiento en un período ya olvidado. ¿Quieres, por favor, decirnos por qué te hizo semejante cosa?

—No me deja que columpie a nadie. Siempre se mete conmigo, haga lo que haga. Se ríe de mí si me equivoco en la clase Bueno, yo impulsaba a Peter, que chillaba de contento, cuando apareció ella, me tiró del pelo y me pegó.

—Gracias —respondió William—. Siéntate. Elizabeth, ¿quieres decirnos si estas quejas son ciertas? ¿Tiraste del pelo y abofeteaste a Robert?

Elizabeth se puso en pie, tenía las mejillas rojas como la grana.

Sus ojos llameaban.

—Sí, lo hice. Y se lo mereció. Ojalá le hubiera arrancado más pelo. Ojalá...

—¡Basta! —gritó William—. Si no puedes controlarte y decirnos exactamente qué ocurrió, cállate.

Elizabeth comprendió que se portaba de un modo tonto y se esforzó en ser sensata.

—Por favor, Rita, contaré mi historia adecuadamente. Entonces comprenderás mi enfado y quizás admitas como razonable que haya perdido la serenidad con Robert. Iba a ver mis conejos cuando oí que chillaban. Vi a Peter en el columpio. Gritaba pidiendo que no le columpiase tan alto. Estaba asustado.

—Sigue —animó William.

—Bueno, me precipité a parar el columpio, pero Robert me empujó y me derribó. Tan pronto me puse en pie, salté sobre él para impedir que siguiera columpiando más alto a Peter, que tenía el rostro de color verde y temía que se cayera. Además, William, Rita, no es la primera vez que Robert abusa de los más pequeños.

Volvió a imperar el silencio. Aquello era sumamente grave.

¿Cuál de los dos tenía razón?

Joan, abatida, vio cómo su amiga, tan llena de buenos propósitos para aquel curso, al estar

acalorada, se creaba problemas innecesarios. Demada serviría querer apaciguarla. Elizabeth reaccionaba ante la injusticia con violencia.

William y Rita se consultaron en voz baja. El jurado discutió el caso.

Robert permanecía tranquilo. William golpeó la mesa.

—Preguntaremos a los que presenciaron el hecho. ¿Quiénes fueron?

Tres niños se pusieron en pie y explicaron brevemente que habían visto los pelos arrancados por Elizabeth y la enrojecida mejilla de Robert.

—¿Contestó Robert con otros golpes? —preguntó Rita.

—Nosotros no lo vimos —respondió Kenneth, lamentándolo por Elizabeth.

—Preguntaremos a Peter —habló William—. En pie, Peter, y contesta nuestras preguntas.

El pequeño obedeció, temblándole las rodillas. Le atemorizaba saberse observado por todos.

—¿Te columpiaba muy alto Robert?

Peter miró al acusado, cuyas pupilas hicieron que le fallase la voz.

—Sí, me columpiaba muy alto.

—¿Estabas asustado?

—No... no...

—¿Pediste ayuda? —preguntó Rita.

—No —Peter miró a Robert—. Chillaba... chillaba de placer.

—Gracias —dijo William—. Siéntate.

Elizabeth saltó de su asiento.

—¿Robert habrá obligado a Peter a decir eso! Pregunta si hay otros pequeños que quieran quejarse de Robert, Rita.

La niña juez miró a los más jovencitos.

¿Alguno de vosotros quiere formular quejas contra Robert?

Elizabeth supuso que se alzaría media docena de chiquillos. Pero todo fue silencio. ¡Qué cosa más extraordinaria!



## *Elizabeth se enfada*

Las quejas eran tan graves, que los jueces y el jurado precisaron de largo rato para discutir las. Mientras, el resto de los niños hicieron otro tanto por su cuenta. Muy pocos defendieron a Robert, debido a su escasa simpatía. Pero, por otro lado, la mayoría consideraba que Elizabeth no debía perder los estribos.

—Y, después de todo —susurró uno de los niños—, Elizabeth fue la más traviesa del colegio en el curso pasado, ¿recordáis?

—Sí. Solíamos llamarla la «Valiente Salvaje» —dijo otro—. Sin embargo, luego se portó muy bien.

—Y me consta su decidido propósito de ser buena alumna este curso —añadió Harry—. Se lo he oído decir montones de veces. Perdió los estribos conmigo el año pasado, pero después se disculpó y se portó muy bien.

Mientras los demás charlaban, Elizabeth y Robert permanecían sentados, erguidos, odiándose, ansiando oír que el otro era el que debía recibir el castigo.

Los jueces de la Junta parecían estar de acuerdo en cuanto a la dificultad del caso. Algunos creían cierto que Robert era un abusón. Pero, por otra parte, Peter no se había quejado. Luego, quizás, este convencimiento carecía de bases firmes. Los monitores eran nobles y justos y nunca juzgarían a nadie a menos que tuvieran una prueba real y clara de su mal comportamiento.

En cuanto a Elizabeth, el jurado sabía lo desobediente que había sido durante el pasado curso y también lo maravillosamente que se había comportado hasta el punto de conquistar a todos y pasar una nueva página de su vida escolar. Eso les afianzaba en la creencia de que Elizabeth no se había peleado con Robert por nada. Resultaba difícilísimo tomar partido. Decididamente, preferían no castigar a Elizabeth por si luego resultaba ser cierto que Robert era un abusón.

Al fin, William golpeó la mesa con su mano en demanda de silencio.

Todos se pusieron en pie, ansiosos de conocer su decisión. Elizabeth seguía rabiosamente colorada y Robert pálido y frío.

—Reconocemos que es muy difícil hallar una solución justa —dijo William—. Es evidente que Elizabeth atacó a Robert, pero no está claro que Robert no asustara a Peter. Con todo, debemos aceptar la palabra de éste. Pero conocemos lo suficiente a Elizabeth para no dudar de su honestidad. Así resulta evidente que ella consideró que Robert cometía algún desafuero con un niño de menor edad.

Siguió una pausa. Todos los niños guardaron profunda atención. William, tras pensar un momento, continuó:

—Bien. Pudo equivocarse. Sin embargo, realmente creyó que Robert se portaba mal. Así que perdió el control de sí misma y se abalanzó sobre él con ánimo de detenerle. Aquí es donde falló. El acaloramiento hace que uno vea las cosas de modo distinto a como son —miró a Elizabeth—. Cuando veas algo que desapruebes, debes contenerte, a fin de juzgar adecuadamente, sin exagerar los motivos. Hace un momento hablaste como si odiases a Robert y eso te hace tanto daño a ti como a él.

—¡Le odio! —estalló enojadísima.

—Lamento tu actitud, Elizabeth. Bien, hemos decidido que, sin pruebas más concluyentes respecto a que Robert sea un abusón, no podemos imponerle un castigo. También estamos seguros de que realmente creías que realizaba algo incalificable y, por ello, tampoco te castigaremos a ti. No obstante, debes excusarte ante Robert por tu comportamiento inadecuado.

Todo el pensionado consideró buena la decisión. Nadie deseaba que se castigara severamente a Elizabeth, pues apreciaban a la ardiente chiquilla. Consideraban que debió de equivocarse respecto a Robert y por ello era justo que se excusase, poniendo así punto final a tan engorroso asunto.

Elizabeth, sombría, guardó un obstinado silencio. En cambio, Robert no disimuló su complacencia. ¡Aquello sí que era fantástico! William y Rita se hablaron en susurros y luego dijeron unas palabras más referentes al asunto.

—Bien, ésta es nuestra decisión. Elizabeth, tú te excusarás, y tú, Robert, aceptarás su excusa. Procura que no haya ningún otro cargo en tu contra, Robert. Te advierto que, en el caso contrario, serías castigado con todo rigor.

William se refirió a otras cosas y la asamblea se disolvió, pues se hacía tarde. Los niños fueron despedidos y salieron en fila del gimnasio con aspecto solemne. Mal genio y avasallamiento. Ésos eran cargos no frecuentes en sus asambleas.

Robert salió con las manos en los bolsillos. Se sentía importante y complacido. Había ganado aquella batalla. Elizabeth tendría que disculparse. ¡Se lo merecía!

Pero Elizabeth se había hecho el firme propósito de no darle ese gusto. Joan observaba abatida el rostro enojado de su amiga cuando penetraron en la sala.

—Elizabeth. Ahí está Robert. Decídete y excúsate ahora. Así acabará de una vez este asunto.

—¡Pero si no lo siento! —gritó Elizabeth, echando atrás sus oscuros rizos—. Me complace haber atizado a Robert. ¿Cómo puedo decir que lo siento si no es verdad?

—Bueno, pero debes excusarte —insistió Joan—. Se trata sólo de buenos modales. Ve y di: «Me excuso, Robert». No necesitas añadir más.

—¡Pues no lo haré! —gritó Elizabeth—. Los jueces y el jurado se equivocaron esta vez. Nadie conseguirá que me excuse.

—No importa cómo te sientas, tendrías que ser leal a William y Rita —argumentó Joan preocupada—. No es lo que tú sientas lo que importa; es lo que todos los demás creen que es lo correcto. Eres una contra todos.

—Es posible, pero da la casualidad de que soy la única que tiene razón —afirmó Elizabeth con voz temblorosa—. Sé que Robert es un abusón.

—Haz lo que han ordenado los jueces. Luego ya intentaremos sorprender a Robert en sus

detestables artimañas —suplicó Joan—. Hazlo para complacerme. Me sentiré desgraciada si no lo haces, y todo el colegio se formará un concepto equivocado de ti si temes excusarte.

—¡No tengo miedo! —A Elizabeth le llamaron de furor los ojos.

Joan sonrió mientras se alejaba de su amiga.

—¡Tienes miedo! ¡Tienes miedo de herir tu tonto orgullo!

Elizabeth se dirigió directa a Robert.



—Me excuso —dijo.

Robert hizo una cortés inclinación.

—Acepto tu excusa.

Elizabeth se retiró. Joan corrió hasta ella.

—¡Déjame sola! —gritó.

Se encaminó hacia la sala de prácticas de música y se sentó ante el piano. Tocó una pieza que sabía, muy sonora y furiosa. El señor Lewis, el profesor de música, se asomó sorprendido.

—¡Cielos! Nunca había oído esta pieza tan sonora y enfurecida. Levántate y tocaré algo realmente feroz, algo con un trueno o dos.

Elizabeth obedeció. El señor Lewis la reemplazó en el asiento e interpretó una tormentosa pieza, que evocaba el viento y el mar, nubes galopantes y árboles rugientes. Al fin, la tormenta amainó. La lluvia cayó suavemente. El viento cesó, el sol resplandeció y la música se tornó suave y mansa.

Y mientras escuchaba, Elizabeth se sintió aliviada. Adoraba la música. El señor Lewis la miró y observó su aspecto pacífico en vez de preocupado. Poco después sonaba el timbre que anunciaba

la hora de acostarse.

—Ya lo ves —dijo el señor Lewis, cerrando el piano—. Después de la tormenta, la calma. Ahora acuéstate, duerme bien y no te preocupes demasiado por nada.

—Gracias, señor Lewis. Me siento mejor. Estaba muy enfurecida, pero ahora me siento más feliz. Buenas noches.

## *El ratón blanco de Jenny*

Elizabeth no durmió muy bien aquella noche. Se revolvió pensando en la Junta, en el odioso Robert, como ella le llamaba y en la disculpa que se había visto obligada a formular. Trazó planes para sorprender a Robert cuando se mostrase antipático con algunos de los más pequeños.

«Sí, vigilaré y le sorprenderé —se dijo—. Es un abusón. Sé que lo es y, tarde o temprano, le pillaré».

Elizabeth se despertó al día siguiente con los párpados hinchados y cansada. Recitó mal sus lecciones, especialmente la de francés, y la señorita se enojó con ella.

—¡Elizabeth! ¿Por qué no te aprendiste los verbos irregulares ayer? Eso no está bien. Pareces medio dormida y no prestas ninguna atención. No estoy satisfecha contigo.

Robert se rió para sus adentros. Elizabeth le observó. Se mordió el labio inferior para evitar ser ruda con Robert y Mademoiselle.

—Bien, ¿no tienes lengua? —preguntó impaciente la profesora—. ¿Por qué no te aprendiste los verbos irregulares?

—Me los aprendí —contestó sincera—. Pero no sé cómo, pero los he olvidado esta mañana.

—Entonces tendrás que aprendértelos otra vez, y hoy mismo —siguió la profesora—. Ven a decírmelos cuando te los sepas.

—Lo haré —aceptó sombríamente Elizabeth.

Pero Mademoiselle no parecía complacida. Golpeó sobre su escritorio y habló secamente.

—A mí no se me responde en ese tono, sino: «Lo haré, Mademoiselle».

—Muy bien Mademoiselle —repitió Elizabeth, sabiendo cuánto se estaba regocijando Robert y deseando arrancarle unos cuantos pelos más de su oscura cabeza.

Tras el incidente, la lección transcurrió con normalidad, pues Elizabeth no estaba dispuesta a conceder a Robert más oportunidades de disfrutar a su costa. No lo hizo tan bien como de costumbre, pues en cuanto tenía un momento para pensar, lo dedicaba a meditar cómo sorprender a Robert.

Belinda, Joan y Nora sostuvieron una conversación mientras asistía a la clase de música.

—Tenemos que mantenerla alejada de Robert durante unos días, si podemos —dijo Joan—. Le odia, y ya sabéis qué vivo tiene el genio. Sin duda le atacará de nuevo si le hace alguna mueca.

—Eso hará que se calme los nervios —intervino Nora—. Si os parece, nos la llevaremos al pueblo y también que esté ocupada en el jardín con John o algo parecido. Cuanto menos vea a Robert, mejor. Yo misma no tengo el más mínimo interés en verle mucho.

Así, en los días sucesivos, Elizabeth se encontró que la solicitaban por todas partes.

—Ven a ayudarme a elegir una cinta —le suplicó Joan—. Necesito una.

Y las dos se fueron al pueblo.

—Elizabeth, ven a practicar lacrosse —la invitó Nora—. Un poco más y serás del primer equipo.

Elizabeth, resplandeciente de orgullo, se fue en busca de su raqueta.

—John quiere que le ayudemos a amontonar desperdicios para hacer una formidable hoguera —le gritó Belinda—. ¿Vienes?

Y Elizabeth, contenta, se apresuró a ir. Apenas veía a Robert, excepto en la clase. Pero no olvidaba sus planes en cuanto tenía oportunidad, vigilaba su comportamiento con los niños menores a él.

No descubrió nada. Robert parecía dejar en paz a los pequeños. Se sabía vigilado y no quería darle oportunidad de que se saliera con la suya. Elizabeth se cansó al fin. A Robert le gustaba la equitación y cabalgaba siempre que podía. Pero no le permitían cuidar de los caballos, ya que eso era privilegio exclusivo de los chicos y chicas mayores que él. Sin embargo, se pasaba muchos ratos en los establos, hablando a los caballos de ojos castaños que sacaban sus cabezas por los portalones cuando le veían. A Robert no le preocupaban en absoluto los otros animales, lo que era causa de desilusión para otros chiquillos que gustaban de enseñar sus mascotas.

Las continuadas galopadas de Robert y el que Elizabeth fuera distraída por unos y otros, hacía que los dos enemigos apenas tuvieran oportunidad de coincidir. Sólo en las clases podían mostrarse el disgusto que se inspiraban mutuamente.

Robert, decidido a no dar oportunidad a Elizabeth para que se mofase de él, trabajó con ahínco y cuidó especialmente sus deberes. La señorita Ranger, sorprendida de ver cuánto progresaba, le alabó.

—Robert, lo haces muy bien. No me sorprendería que alcanzases el primer puesto de la clase.

Robert enrojeció de placer. En realidad era un niño perezoso que nunca había estado cerca de los primeros de la clase. Elizabeth se molestó al oír a la señorita Ranger. Ella, Elizabeth, sería la primera si se lo proponía. Trabajaría hasta el agotamiento para demostrar a Robert que nunca alcanzaría la cumbre mientras ella perteneciera a aquel grado.

Y así fue como empezó una gran competición de trabajo entre ambos niños para ver quién era más brillante. Sin embargo, no gozaban de sus progresos, lo que era una gran lástima.

Durante una temporada, olvidaron su disputa.

El ratoncito blanco de Jennifer armó un gran alboroto y su dueña estuvo a punto de verse en graves problemas.

Su ratón blanco tenía una familia de nueve ratoncillos, todos adorables, de blanca y suave piel, naricillas y rosados ojos y diminutas colas.

Jenny amaba a los pequeñuelos y resultaba todo un espectáculo ver a la niña con media docena de ratoncillos que subían y bajaban por sus mangas.

—Jenny, guarda los ratones que ya ha sonado el timbre —apremió Elizabeth una mañana—.

¡Deprisa! Te retrasarás y la señorita Ranger no está de muy buen humor en estos momentos que digamos.

—¡Oh, es que no los encuentro a todos! —se lamentó Jenny, palpándose el cuerpo en busca del más rebelde—. ¿Hay uno en mi espalda, Elizabeth?

—¡Oh, Jenny! ¿Por qué se lo consientes? No, no hay ninguno en tu espalda. Ya debían estar en la jaula. Vamos, no espero un segundo más.

Jenny cerró cuidadosamente la puerta de la jaula y corrió detrás de su amiga. Llegaron jadeantes a la clase, al mismo tiempo que la señorita Ranger.

Al fin se sentaron. Tocaba geografía de Australia y sus enormes granjas de ovejas.

Jenny se sentaba en la primera fila, delante de Elizabeth y Joan.

Mediada la lección, Elizabeth vio la nariz de un ratoncito blanco que asomaba por el cuello de Jenny, cosa que notó su dueña. Se removió, alzó la mano y empujó al ratón hacia abajo.

Un deseo incontenible de reírse hizo presa de Elizabeth, que no se atrevía a mirar de nuevo para no estallar en carcajadas. Cuando al fin alzó la cabeza, vio al ratón asomado por la manga izquierda de Jenny. Pareció mirarle con sus ojos rosados. Luego volvió a desaparecer.

Jenny procuraba aguantar las cosquillas. Se revolvió inquieta. Intentó que el ratón se subiera a su hombro, donde se encontraría bien y se dormiría. Pero el animalito no deseaba dormir y corrió por todo el cuerpo de Jennifer, oliendo aquí y allí.



La señorita Ranger lo advirtió.

—¡Jenny! ¿Qué te pasa esta mañana? ¡Estate quieta!

—Sí, señorita Ranger.

Un segundo después, el ratón se puso debajo de su brazo izquierdo, lugar muy sensible a las

cosquillas, y la niña dejó escapar una risita e hizo un movimiento brusco.

—¡Jennifer! ¡Te estás comportando como un parvulito! Elizabeth, ¿qué te pasa?

No le ocurría nada, pero no podía evitar reírse de Jenny, dado que sabía el motivo de sus agitaciones. El ratón asomó la cabeza por el cuello de Jenny y contempló a Elizabeth y Joan. Las dos niñas sofocaron sus risas.

—¡Esta clase es una desgracia esta mañana! —gritó impaciente la profesora—. Ven al estrado, Jennifer. Si no puedes estarte quieta sentada, quizá lo consigas de pie.

Jenny obedeció. El ratón, contento de que lo llevaran de paseo, recorrió toda la espalda de Jenny. Ésta se pasó la mano por detrás.

—¡Jenny! ¿Qué te pasa? —preguntó la señorita Ranger.

Toda la clase sabía ya lo del ratón de Jenny y todos se inclinaban sobre los libros, sonrojados en un imposible esfuerzo por contener la carcajada. Un pequeño chillido de Kenneth hizo que la señorita Ranger dejase su libro.

—Alguna broma está en marcha. Bien, deja que yo la comparta. Si es graciosa, podremos reírnos todos. Si no lo es, seguiremos con la lección. ¿Cuál es el chiste?

Nadie se lo dijo. Jenny suplicó silencio con la mirada. El ratón apareció en otra de sus mangas. La señorita Ranger se hallaba realmente intrigada.



Y entonces el ratón decidió explorar un poco el mundo. Saltó al escritorio de la profesora y se sentó a lavarse los bigotes.

Ya nadie pudo contenerse y estalló la risa. La señorita Ranger miró al animalito con la mayor de las sorpresas. No había visto de dónde había salido el ratón.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Salió de mi manga, señorita Ranger —aclaró Jenny—. Jugaba con mis ratones blancos cuando sonó el timbre y supongo que no los puse a todos en la jaula. Éste se me quedó en la manga.

—Así, ése es el chiste —exclamó la señorita Ranger, empezando a sonreír—. Bien, acepto que se trata de un buen chiste y no me extraña que todos se rieran. Pero no es una broma para repetir, Jenny. Esta vez ha resultado divertido. Recuerda que una segunda vez no lo consideraré chistoso. Lo entiendes, ¿verdad? Los ratones blancos son agradables en su jaula, pero no corriendo por encima de un alumno a la hora de la clase.

—¡Oh, sí! Lo comprendo, señorita Ranger. Ha sido un mero accidente. ¿Puedo guardarme el ratón en la manga?

—Preferiría que no lo hicieses —adujo la señorita Ranger—. Me temo que esta lección no tenga mucho éxito mientras se halle aquí el ratoncillo. Llévalo a la jaula. Tendrá mucho que contar a todos sus hermanitos.

Jenny salió del aula y la clase se serenó de nuevo. Pero la risa había hecho bien a todos. Especialmente a Elizabeth.

## *Kathleen en apuros*

Elizabeth gozaba mucho con los deportes que se practicaban en invierno en el colegio.

—Creo que me gusta más el lacrosse que el hockey —dijo a Joan—. La persecución resulta muy divertida.

—Si sigues jugando tan bien, estarás en el equipo el próximo partido —aseguró Joan—. Oí cómo Eileen lo decía.

—¿De veras? —preguntó gozosa Elizabeth—. ¡Oh, qué maravilla! Nadie de nuestra clase ha participado en ningún partido escolar hasta el momento. ¡Si yo lo consiguiera!

Alguien más de la clase era bueno también en lacrosse. Y ese alguien era Robert. Antes nunca había jugado, pero era muy ágil.

El lacrosse se juega con una pelota de goma dura, que es lanzada de la red de un jugador a otro, recogida y mandada a la red de gol. La tarea del bando contrario estriba en devolver la pelota u obligar al enemigo a pasarla, con la intención de que falle y lograr así hacerse con ella.

En cuanto Robert advirtió que Elizabeth mejoraba su juego hasta el punto de asegurarse un puesto en el equipo, decidió ser mejor que ella y reemplazarla.

Sabía que sólo sería elegido uno de la clase, puesto que faltaba un jugador para completar el equipo. ¡Vaya triunfo se apuntaría si conseguía jugar mejor que Elizabeth! Así nació un nuevo acicate para él. Practicaría la recogida de pelota. Eso sí, lo haría de modo que Elizabeth no adivinara su propósito de superarla, para evitar a su vez que se esforzase en mejorar.

Mientras, la vida escolar discurría más o menos como de costumbre. Elizabeth comenzó a trabajar intensamente con John en el jardín. Cortaron todas las flores de verano y las amontonaron en pilas en el lugar dedicado a quemadero. Cavaron los parterres, sudaron y se cansaron mucho, y se sintieron muy felices.

Hicieron planes para la próxima primavera y John reconoció que los de Elizabeth eran mejores que los suyos.

—No hay mucha diferencia —dijo John, considerando cuidadosamente los dos proyectos—, pero me gustan una o dos de tus ideas, Elizabeth. Por ejemplo, la idea de plantar azafrán en la hierba.

—Tu idea de un rosal trepador junto a aquel feo cobertizo es admirable —alabó Elizabeth—. De veras, John, resultará precioso.

—No sé si la Junta nos concederá un extra esta semana para los bulbos del azafrán —se lamentó John—. Necesitamos quinientos para hacer un plantel. ¿Lo solicitamos?

—Bueno, pero será mejor que lo pidas tú. Ya sabes lo que sucedió en la pasada reunión, John.

Fue horrible para mí.

—No, no lo fue, Elizabeth —dijo John, inclinándose sobre su pala y mirando a Elizabeth por encima del foso que cavaba—. Considero que la Junta fue imparcial. No seas tonta. Siempre eres sensata, pero a veces pareces idiota.

—No te ayudaré en el jardín si me llamas idiota —amenazó.

—De acuerdo —concedió John—. Ya lo hará Jenny, que sabe bastante de jardinería.

Elizabeth no se alejó furiosa como deseaba en su fuero interno. Cogió su pala con tantas energías que la tierra volaba. No iba a consentir, en absoluto, que Jennifer ocupara su lugar.

John empezó a reír a carcajadas.

—¡Elizabeth! Como sigas así, llegarás a Australia. Te agradeceré que no me entierres.

Elizabeth alzó la cabeza y se rió.

—Así está mejor —dijo John—. Se te pondrá la cara como la de Kathleen Peters si no tienes cuidado.

—¡Espero que no! Ésa es otra persona que me disgusta, John. Es muy peleona y cree que siempre estamos diciendo o pensando cosas desagradables de ella.

—Bueno, no empecemos a convertirla en nuestra enemiga —aconsejó John, continuando su tarea—. Los amigos son mejores que los enemigos. Así que procura ganarte amigos.

—Nadie podría transformar a Kathleen en su amiga. Eso es imposible, John. No pertenece a tu grupo y por eso ignoras lo pesada que es.

En verdad que Kathleen era una pesada. Siempre gruñía y se gastaba los dos chelines semanales en dulces, que nunca compartía con los demás.

—No es de extrañar que tenga granos —decía Belinda—. Come dulces a todas horas y su madre se los manda a montones. Pero nunca nos lo dice, para evitar que se los pidamos. ¡Que se los coma! ¡No quiero sus dulces!

Kathleen no sólo era pesada con sus compañeros, sino que también les acusaba de levantarle falsos testimonios. Incluso tenía problemas con los profesores. Si alguien la sorprendía en falta, quería tener razón.

Mademoiselle no era tan paciente como los demás. Cuando Kathleen se atrevía a negar que le hubiera puesto deberes para el día siguiente, la temperamental francesa se acaloraba.

—¿Otra vez, Kathleen? —gritaba, agitando las manos hacia el techo—. ¿Te crees que soy un ganso, un cuclillo o un jumento? ¿Vas a decirme que no sé dictar los deberes? ¿Consideras acaso que no estoy preparada para enseñarte francés?

Semejantes escenas resultaban muy cómicas y la clase gozaba de lo lindo. Cuando Mademoiselle se enojaba, era divertidísimo.

—Pero, Mademoiselle —respondió Kathleen—. Usted dijo que...

—¡Ah! ¿Así que dije algo? —gritó la señorita—. ¿De veras te parece que dije algo así? ¡Vaya, Kathleen, qué amable eres! Quizá si te esfuerzas un poquito más, recuerdes que te puse deberes.

—Pero es que usted no me los puso —insistió Kathleen.

Belinda le aconsejó por lo bajo:

—Cállate, Kathleen. Sí te los puso, pero no escribiste lo que tenías que hacer.

—¡Belinda! No es necesario que intervengas —le gritó Mademoiselle—. ¡Dichosa clase! Mi cabello se volverá blanco como la nieve.

La profesora tenía el cabello tan negro como el ala de un cuervo, y sus alumnos estaban seguros de que nada en el mundo los volvería blancos. Todos miraban alternativamente a la señorita y a Kathleen, preguntándose qué sucedería. Y sucedió que Kathleen fue expulsada de clase a fin de que hiciese los deberes del día en otro lugar.

«Esa niña me volverá loca —pensó la profesora—. Con sus granos, su pelo grasiento y su rostro pálido. ¡Siempre tiene que protestar!»

Las otras profesoras no eran tan impacientes. La señorita Ranger estaba verdaderamente preocupada por Kathleen, que mostraba siempre un aspecto desgraciado.

Pero, naturalmente, no era de extrañar, pues discutía o peleaba a todas horas.

Jennifer Harris gozó muchísimo de la escena con Mademoiselle. Contemplaba todos los gestos de la señorita, escuchaba cuidadosamente las subidas y bajadas de su excitada voz, y luego practicaba a solas la escena. Empezaba por imitar a Kathleen, para finalmente transformarse en la impaciente Mademoiselle. Y en verdad que lograba imitaciones perfectas.

Jenny ansiaba hacer una demostración ante sus compañeras para hacerlas reír. Una tarde, cuando la mayoría de su grupo se hallaba en la sala de juegos, escuchando el tocadiscos, leyendo libros o escribiendo cartas, empezó a imitar a la señorita.

Todos alzaron la vista interesados. Belinda apagó el tocadiscos. Kathleen se hallaba ausente, lo que permitió a Jenny imitarla también.

La inteligente chiquilla consiguió que toda la sala se desternillase de risa. Agitaba sus manos como Mademoiselle y, cuando pronunció «soy un ganso, un cuclillo o un jumento» exactamente como lo dijera la profesora de francés, los niños estallaron en grandes carcajadas.

Jenny imitó maravillosamente la quejumbrosa voz de Kathleen, pero se excedió al decir cosas que la señorita no había pronunciado.

—«Oh, Kathleen, no me gusta tu pelo grasiento, no me gustan tus granos, no me gustan tus modales» —gritó Jenny con el acento extranjero de Mademoiselle.

De repente Elizabeth observó que Kathleen estaba en la sala. Nadie la había visto entrar. ¿Cuánto rato llevaba allí? Elizabeth quiso advertir a Jenny, pero ésta no le hizo caso, pues se divertía muchísimo. Todos permanecieron pendientes de ella y admirados.

—Jenny, cállate —murmuró Elizabeth—. Kathleen ha entrado.

Jenny cesó en su imitación enseguida. Todos los niños miraron alrededor y se sintieron incómodos al ver a Kathleen. Belinda puso de nuevo en marcha el tocadiscos. Alguien empezó a



silbar una tonadilla. Todos rehuieron mirar a Kathleen.

Elizabeth se sentó en un rincón, deseando que Jenny no hubiera dicho cosas desagradables al imitar a Mademoiselle. Kathleen podía imaginarse que la señorita había pronunciado aquello después de ser expulsada a hacer los deberes. Miró de reojo a Kathleen.

Dio la sensación de que la niña iba a parar el tocadiscos y decir algo, pero debió de pensárselo y optó por sentarse en una silla. Entonces cogió un papel blanco y chupó el extremo de su estilográfica. Su pálido rostro aparecía más blanco que de costumbre y sus ojos empujados y enojados.

«Me parece que no perdonará fácilmente a Jenny —pensó Elizabeth—. Debimos frenarla, pues se excedió. Pero era tan graciosa. ¿Se quejará Kathleen ante la próxima Junta? No me sorprendería».

Kathleen no comentó el asunto con nadie. No habló de ello en toda la tarde. Su lecho estaba junto al de Elizabeth. No contestó cuando todas le dieron las buenas noches. Elizabeth asomó su cabeza entre las blancas cortinas para decirle que sentía lo ocurrido.

Kathleen no la vio. Estaba sentada sobre su mesa, mirándose fijamente el rostro en un espejo de mano. Realmente su aspecto era triste. Elizabeth sabía el motivo. ¡Pobre Kathleen! Sin duda pensaba en su propia fealdad. Siempre lo había sabido, pero era terrible que todos lo supieran también y se mofaran de ella.

Elizabeth prefirió no decir nada. ¿Se atrevería Kathleen a repetir ante la Junta cuanto Jenny había dicho de ella? No, no lo haría.

Kathleen decidió fraguar su propia venganza. Jenny pagaría muy caro su atrevimiento.

## *Otra reunión escolar*

Las cosas no resultaron muy agradables en los dos o tres días siguientes. Kathleen no le dirigía la palabra a Jenny, si bien esto no sorprendió a nadie considerando lo que había dicho de ella.

Aparte de eso, Kathleen empezó a hablar de Jenny. Ésta tenía mucho apetito y comía abundantemente. Kathleen la tildó de niña voraz.

—Me pone enferma ver comer a la glotona de Jenny —dijo un día a Belinda después del té—. De veras, se comió siete pedazos de pan con mantequilla, tres bollos y un enorme pastel de cumpleaños que Harriet le dio.

Belinda no contestó. A ella le disgustaban las murmuraciones. Pero Elizabeth, más impulsiva, al oírlo, salió enseguida en defensa de Jenny.

—Esto no está bien, Kathleen. Jenny no es una glotona. Es verdad que tiene buen apetito a la hora de comer, pero nunca he visto a Jenny ansiosa ante la comida, o servirse más cantidad si no había suficiente para todos. Es de muy mal gusto contar los pedazos de pan con mantequilla que se come alguien.

—Volveré a hacerlo —respondió Kathleen—. Y te sorprenderá saber que tengo razón. Jenny es una glotona. ¡Qué niña más desagradable!

—¡Kathleen! ¿Qué pasa con tus pastelillos? —gritó Elizabeth—. Tú sí que eres una glotona. Además, nunca invitas a nadie.

—Bueno, callaos ya —intervino Belinda sintiéndose incómoda—. No sé qué es lo que pasa con nuestro grado este año. Parece que siempre hay quien tiene ganas de pelea.

Kathleen se marchó. Elizabeth cogió su caja de pinturas y se sentó a una mesa dando un fuerte golpe. Su rostro estaba negro como el trueno.

—Elizabeth, no sé cómo no has roto la caja por la mitad —exclamó Belinda—. Me gustaría que vieras la expresión de tu rostro.

—Debiste apoyar a Jenny —se quejó Elizabeth, agitando el agua con tanta fuerza que se derramó sobre la mesa—. Yo no permitiría que nadie hablase mal de una amiga mía.

—Tú has puesto las cosas mucho peor al protestar —atajó Belinda—. No sé qué te pasa últimamente. Qué mal genio tienes.

Elizabeth no escuchó el consejo.

—No hay tal mal genio. Simplemente, las cosas han ido mal, eso es todo. Sin embargo, no pienso consentir que Kathleen diga cosas desagradables de Jenny. Jenny es una deportista. ¡No me reí poco con el ratoncito el otro día! La señorita Ranger se portó muy bien, ¿no te parece?

Poco después, Jenny entró en la sala. Traía aspecto desabrido. Se sentó. Belinda alzó la vista

de su costura.

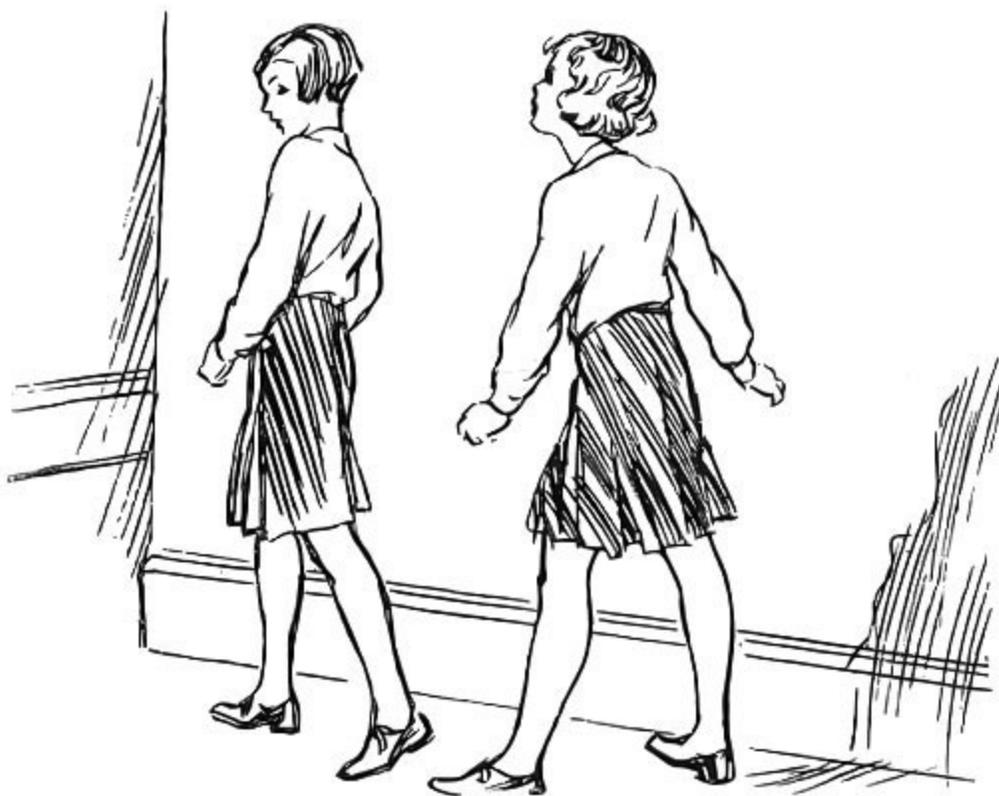
—¡Caramba! ¡Ya se fragua otra tormenta! —exclamó—. ¿Qué te ocurre, Jenny? Si te arrimases a un vaso de leche, se volvería agria.

—No te las des de graciosa —respondió Jenny—. Esa horrible Kathleen ha dicho a Kenneth que ayer le cogí la bicicleta sin pedírsela. ¡Y no es cierto! Me llevé la de Harry y se la pedí. La mía tiene una rueda pinchada.

—Me parece que Kathleen se está pasando mucho —intervino Elizabeth indignada—. Hoy ya se ha metido dos veces contigo. Tan pronto la vea, sabrá lo que pienso de ella.

—Está en el pasillo, hablando a Kenneth de mí. Ve y dile lo que quieras.

—Oh, no lo hagas —intervino Belinda—. Eres demasiado explosiva. No intervengas. Elizabeth se encaminó al pasillo, donde halló a Kathleen.



—Oye, Kathleen, si no dejas de decir mentiras sobre Jenny, informaré de ti en la próxima asamblea.

—¿Y qué hay de las cosas desagradables e intrigas que dijo ella delante de mí y de todos vosotros? —saltó Kathleen, en voz baja y temblorosa—. ¿Cómo se atrevió a burlarse de mí?

—Bien, quizá no fue muy amable de su parte, pero no dijo mentiras.

Elizabeth lamentó haberlo dicho, pero era demasiado tarde para enmendarse. Kathleen dio media vuelta y se fue sin responder. Sin duda temió que Elizabeth informase de ella. Decidió no hablar contra Jenny. Pero realizaría una serie de pequeñas cosas para molestarla y ponerla en apuros. También procuraría fastidiar a Elizabeth.

«Pondré mucho cuidado en que nadie averigüe que soy yo —se dijo Kathleen—. Ocultaré sus libros, haré borrones en sus deberes y otras cosas parecidas. Pronto me lo pagarán».

La siguiente Junta escolar no se hizo aguardar. Los niños tomaron asiento como de costumbre

y empezó la asamblea. Se recogió bastante dinero, dado que había sido el cumpleaños de tres escolares y habían recibido varios giros.

—Hoy somos ricos —dijo William, moviendo la caja para que sonara—. Reparte el dinero acostumbrado, Eileen. Mary recibirá cuatro peniques y medio extras. ¿Alguien más necesita algún extra?

Leonard, uno de los chicos mayores, se puso en pie.

—¿Puedo solicitar media corona para arreglar una ventana, por favor? Rompí una en la sala ayer.

—¿Por accidente o hacías el tonto? —preguntó William.

—Jugaba con una vieja pelota de cricket.

—Sabes perfectamente que en el curso pasado acordamos que no podían entrar pelotas en la sala de juegos —respondió William—. Son un constante peligro para las ventanas.

—Me olvidé de la regla —dijo Leonard—. Me gustaría recibir la media corona, es una suma muy grande para mí solo. Lamento lo ocurrido, William.

El jurado trató el asunto. Comprendían que media corona era demasiado para un niño que sólo recibe dos chelines por semana. Por otra parte, Leonard había quebrantado una regla que él mismo había ayudado a establecer el pasado curso. Entonces, ¿por qué el dinero de la escuela había de servir para reparar las consecuencias de sus tonterías?

Al fin se solucionó el problema. William golpeó con su mazo y los niños guardaron silencio.

—¿Alguien más jugaba contigo? —preguntó.

Leonard se puso en pie otra vez.

—Bueno, sí. Pero la ventana se rompió cuando yo lancé la pelota.

—El jurado considera que la media corona no debe salir de la caja escolar. También opina que no tienes que pagarla tú toda. Será mejor que lo trates con los niños que jugaban contigo y, entre todos, tocaréis a menos. Eso es lo justo.

Un chico se levantó.

—Yo también jugaba. Pagaré mi parte. Acepto que eso es lo justo.

Dos más se alzaron, un niño y una niña.

—Pagaremos también nuestra parte —prometieron.

—De acuerdo —aceptó William—. Tocáis a siete peniques y medio cada uno. Eso no arruinará a ninguno y, puesto que las reglas son acordadas por todos, es cosa vuestra el mantenerlas.

John empujó a Elizabeth.

—Pide el dinero para el azafrán. Vamos. Yo no pienso hacerlo. Fue idea tuya.

—La Junta no me concederá nada después de lo ocurrido la semana pasada.

—Cobarde.

Elizabeth se disparó enseguida. No podía soportar que la calificasen de cobarde.

Kathleen la miró asustada. Temía que se quejase de ella.

—¿Qué deseas, Elizabeth? —preguntó Rita—. ¿Dinero extra?



—Sí, por favor. John y yo hemos hecho planes para el jardín. Consideramos que sería muy bonito plantar azafrán amarillo y púrpura en la hierba del talud cerca de la verja. John dice que necesitamos por lo menos quinientos bulbos. ¿Podemos confiar en que se nos dará el dinero para conseguirlos?

William y Rita hablaron un momento y el jurado asintió. Todos consideraban que podía concederse.

—Sí, recibiréis lo pedido —accedió William—. Todo el colegio disfrutará al ver las flores en cuanto llegue la primavera y es justo que el dinero salga de la caja escolar. Calculad cuántos bulbos se necesitan y nos complacerá daros el dinero. También me complace proclamar cuánto os agradecemos el modo en que cuidáis nuestro jardín.

Elizabeth se sonrojó de placer. Aquello era totalmente inesperado. Se sentó tras dar las gracias. John le sonrió complacido.

—¿Qué te dije? Siempre puedes confiar en William y Rita.

—¿Quejas? —preguntó Rita.

Un pequeño se levantó con presteza.

—Quiero presentar una queja contra Fred White. Siempre me pide cosas y nunca me las devuelve.

—Eso es un cuento, no una queja —aclaró William—. Recurre a tu monitor, que está facultado para resolver esas nimiedades. ¿Quién es tu monitor?

—Yo —contestó un muchacho llamado Thomas.

—Bien, explícale claramente la diferencia entre contar chismes y una queja grave. En la reunión sólo tratamos asuntos de importancia.

—¿Más quejas? —preguntó Rita.

William Peace se levantó. Estaba en el banco de delante de Elizabeth. Se trataba de un chico de rostro grave.

—Tengo una pequeña queja. Estudio violín y mis horas de práctica han sido cambiadas y coinciden con las salidas de mi clase para las lecciones de ciencias naturales. Pertenezco a los amigos de la naturaleza y no querría perderme esos paseos. ¿Puede cambiarse la hora de la una a las dos?

—Supongo que será fácil —respondió William—. Trátalo con el señor Lewis y consulta si alguien quiere cambiar las horas de práctica contigo.

—Gracias.

No hubo más quejas. Kathleen no se levantó, si bien estaban seguros de que se quejaría de Jenny. Ignoraban que la niña iba a castigar a su compañera con sus propios métodos.

—La Junta ha concluido —dijo William.

Los colegiales enfilaron la salida y, en cuanto llegaron a las salas de juego, se pusieron a parlotear.

Elizabeth se acercó a John.

—Ha sido estupendo que podamos disponer del dinero para los bulbos, ¿no te parece? —le resplandecieron los ojos—. Iremos al pueblo mañana mismo y veremos cuánto cuestan. Ansío plantarlos. ¿No te ocurre a ti lo mismo? Octubre es el mes adecuado. Estarán preciosos cuando llegue la primavera.

—Elizabeth, no sabes lo sumamente agradable que eres cuando te sientes feliz y sonrías así. Tanto como desagradable cuando frunces el ceño y te enojas.

—Siempre tienes algo que reprocharme, John.

Pero la satisfacía que John se mostrase complacido con ella. Mas, ¡ay!, esa complacencia no duraría mucho tiempo.

## *Las jugarretas de Kathleen*

Kathleen no cejó en su determinación de devolver la jugada a Elizabeth y a Jenny. Empezó a poner en práctica mezquinas tretas contra ellas y lo realizó todo tan inteligentemente que nadie pudo culparla.

Se deslizó al aula durante la hora del té, cuando no había nadie allí. Sabía que Jenny había hecho sus deberes de francés con mucho esmero y vio que los guardaba en su escritorio.

Sacó la libreta y la abrió. Mojó la pluma en el tintero y dejó caer tres grandes gotas sobre la página, agitando la pluma sobre ella.

Miró su obra. La página había quedado hecha un asco. Indudablemente Jenny se vería en apuros. Esperó que los manchones se secasen y luego cerró la libreta. Volvió a guardarla en el escritorio y corrió a la sala de juegos. Vio allí a Jenny y le lanzó una astuta mirada.

«¡Ah, la que te aguarda, Jenny! Mañana tendrás un sobresalto», pensó.

Elizabeth también estaba en la sala, poniendo en el tocadiscos una de sus piezas favoritas. Kathleen se preguntó qué podía hacerle.

Se sentó a reflexionar durante un rato. Luego, quedamente, se deslizó fuera de la sala. Se puso su abrigo. Estaba oscuro cuando se encaminó hacia la verja del jardín.

Se dirigió al cobertizo donde Elizabeth guardaba sus útiles de jardinería. John insistía siempre en que antes de guardar las herramientas había que limpiarlas hasta que brillaran. Elizabeth tenía un especial cuidado con esto, pues sabía que las herramientas bien conservadas funcionan mejor.



Kathleen cogió las herramientas, las llevó a un lugar donde la tierra estaba blanda y lodosa y

las ensució cuanto pudo. Luego regresó con ellas al cobertizo y las puso en un rincón. Las enfocó con su linterna. Estaban llenas de barro. John se pondría furioso al verlas.

«Bien, pronto enseñaré a Jenny y a Elizabeth cómo se paga la mezquindad —se dijo Kathleen cuando regresaba para quitarse el abrigo—. Merecen ser castigadas. Han sido malas conmigo. Ahora yo lo soy con ellas. Se lo tienen bien merecido».

Regresó a la sala de juegos. No podía evitar sentirse victoriosa y ansiaba la llegada del nuevo día para contemplar cómo sus dos enemigas se veían en apuros.

La primera fue la pobre Jenny. Mademoiselle pidió a Kenneth que recogiera las libretas y Jenny entregó la suya sin abrirla. Mademoiselle ordenó una traducción y, mientras, abrió las libretas para corregir los ejercicios.

Cuando llegó a la de Jenny y vio los tres enormes manchones en la página, que cubrían algunas frases, alzó las manos, horrorizada.

—¿Qué es esto? —gritó—. ¿De quién es esta libreta?

Buscó rápidamente el nombre y miró sorprendida a Jenny.

—¡Jennifer Harris! ¿Cómo te atreves a presentar un trabajo así? ¡Inconcebible!

Jenny alzó la vista sorprendida. ¿Qué ocurría con su trabajo? Lo había realizado con todo esmero.

—Mademoiselle, ¿qué es lo que no está bien?

—¡Jenny! Que yo sepa, no eres una parvulita —gritó la profesora, alzando la libreta—. ¡Mira esta página! ¿Acaso no es un desastre? Sabes perfectamente que tenías que haber repetido de nuevo todo el trabajo. En esta clase no debe entregarse con manchones. Realmente me siento avergonzada de ti.

Jenny se quedó pasmada. Pero ella no había hecho aquellos borrones, luego no podía ser su libreta.

—No es mi trabajo, Mademoiselle, no puede serlo. No hice ningún borrón. Nunca hubiera presentado un trabajo así.

—¡Jenny, que no soy ciega como un murciélago! —gritó la señorita, empezando a excitarse—. Aquí leo tu nombre: Jennifer Harris. Ciertamente, sí es tu libreta. Y si tú no hiciste esos borrones, ¿cómo han llegado aquí? Los borrones no se hacen solos.

—Lo ignoro —respondió Jenny desolada y realmente intrigada—. De veras, Mademoiselle, y lo siento mucho. Haré el trabajo otra vez.

—Y de ahora en adelante sé más cuidadosa —aconsejó la profesora calmándose.

Jenny, abatida e intrigada, intentó pensar de qué modo misterioso habían ido a parar allí las manchas, sin que ella lo advirtiera. Quizás al cerrar la libreta.

Kathleen gozó entusiasmada del éxito de su artimaña. Le gustaría alguna otra a Jenny muy pronto. Aquella tarde todos disponían de media hora para irse de paseo, practicar el lacrosse o dedicarse a la jardinería. Elizabeth eligió el jardín. Quedaba un trocito que no había podido acabar el día anterior.

Llamó a John, que ya trabajaba. Él no parecía nada contento.

—Elizabeth, tú viniste a cavar ayer, ¿verdad?

—Desde luego —respondió ella, deteniéndose a su lado—. Utilicé casi todas mis herramientas para el trabajo que realicé. ¿Qué pasa, John? Pareces enfadado.

—Lo estoy. Coge tus utensilios y verás el motivo.

Elizabeth no comprendió. Se precipitó al cobertizo y se detuvo sorprendida y desanimada cuando vio sus herramientas. Estaban llenas de barro. Ninguna brillaba con destellos plateados como cuando ella las dejó. Eso sí que resultaba extraordinario.

Salió afuera llevando consigo los útiles.

—John, estoy segura de que las limpié como de costumbre antes de dejarlas.

—No debiste hacerlo —contestó John con frialdad—. Las herramientas no se ensucian solas, Elizabeth. Sé cuidadosa.

—¡Lo soy de sobra! —gritó ella—. Y mi memoria me dice que las limpié y sé que lo hice. No es culpa mía que estén sucias ahora.

—Bueno, no discutamos. Te tendría en mejor concepto si reconocieras que te olvidaste de hacerlo. Pero sé que admitir que has hecho una cosa mal no entra en tu modo de ser.

—¡John! —gritó Elizabeth, alarmada—. ¿Cómo puedes hablar así de mí? Nunca he dejado de reconocer mis errores o mis despistes. Tú lo sabes. Repito que yo sí las limpié.

—Bueno, bueno, quizá se salieron solas del cobertizo y cavaron por su cuenta y luego olvidaron lavarse y peinarse. Dejémoslo correr.

Los dos niños cavaron en silencio. Elizabeth estaba intrigada, abatida y enojada. Odiaba la idea de que John no la creyera y, no obstante, estaba convencida de que las había limpiado.

Resultaba muy desagradable que John estuviese enojado con ella.

—John —dijo al fin—, realmente estoy segura de que las limpié, pero si realmente me olvidé, lo siento mucho. Nunca me había olvidado de hacerlo. No volverá a suceder.

—Bien, Elizabeth —dijo al fin el muchacho, alzando sus honrados ojos.

Elizabeth le devolvió la sonrisa. Pero en lo íntimo de su corazón seguía intrigada.



Kathleen permanecía oculta cerca del jardín para ver qué sucedía. La satisfizo observar que John se enojaba con Elizabeth. Se alejó planeando alguna nueva treta para ponerla en apuros. ¿Qué haría ahora? Quizá pasados unos días volvería a ensuciar sus herramientas. Prefería no repetirlo

demasiado pronto; así no sospecharían de que se trataba de una jugarreta. Al fin decidió coger dos o tres libretas de Elizabeth y ocultarlas en alguna parte. La señorita Ranger se enojaría si no las encontraba. En cuanto tuvo ocasión, Kathleen entró furtivamente en la clase y se fue al escritorio de Elizabeth. Cogió la libreta de ejercicios de geografía, la de aritmética y la de historia. Salió de la estancia y se fue al aparador exterior. En lo alto se guardaban mapas viejos. Kathleen, en pie sobre una silla lanzó las libretas hacia lo alto, entre los mapas. Nadie la vio. Rápidamente dejó la silla en su sitio y se alejó.

¿Y qué podía hacerle a Jenny? La traviesa chiquilla frunció el ceño. No tardó en aflorar una sonrisa a sus labios. Cogería dos ratoncitos blancos y los colocaría en el escritorio de la señorita Ranger. ¡Eso sería fantástico! Sin duda la profesora tensaría que había sido la propia Jenny.

Kathleen tuvo que esperar hasta el día siguiente. Planeó hacerse con los ratones antes del desayuno. Nadie andaría por allí entonces. Aquella noche pensó en lo que diría la señorita Ranger cuando abriera el escritorio y encontrara los roedores.

Se levantó temprano. Nora se sorprendió, pues Kathleen era de las últimas en salir.

—¡Hola! ¿Has decidido ser más diligente? —le preguntó.

Kathleen no respondió. Se deslizó escaleras abajo cinco minutos antes de que sonara el timbre y corrió al gran cobertizo donde se guardaban las mascotas. Llevaba consigo una cajita y sólo precisó de un segundo para coger dos de los diminutos ratoncillos y pasarlos a su caja. Luego corrió a la clase con ellos. Alzó la tapa del escritorio de la profesora y los dejó allí.

¡Vaya sorpresa se iban a llevar la señorita Ranger y la propia Jenny dentro de poco!

## *Alboroto en la clase*

La primera lección de la mañana fue la de aritmética. La señorita Ranger explicó un nuevo sistema de suma y todos escuchaban atentos.

—Ahora sacad las libretas. Haremos unas sumas —ordenó la señorita Ranger escribiendo en el encerado—. Seguro que a todos os saldrán bien, pero si alguno no me ha comprendido, que lo diga. Que me pregunten antes de empezar a sumar.

Elizabeth abrió su pupitre en busca de su libreta. No la vio donde por lo general la colocaba. Buscó detenidamente. ¡Qué extraño! La libreta no estaba allí. ¿Dónde podía hallarse?

—Elizabeth, ¿cuánto rato necesitas para sacar la cabeza del escritorio? —preguntó la señorita Ranger.

—No encuentro mi libreta.

—La tenías ayer —le recordó la señorita Ranger—. ¿La sacaste de la clase?

—No, señorita Ranger. No tenía deberes. Sencillamente la guardé cuando terminé mis ejercicios. Pero no está aquí.

—Coge papel cuadriculado del estante —ordenó la profesora—. No podemos aguardar hasta que encuentres la libreta.

Elizabeth cogió el papel, agradecida de no verse en un aprieto.

Kathleen se preguntó qué haría Elizabeth cuando no hallara las otras libretas. También aguardaba el momento en que la señorita Ranger abriera su pupitre y aparecieran los ratones.

Pero la señorita Ranger no tuvo que abrirlo durante la lección de aritmética. Así que los ratoncitos se quedaron muy tranquilos. Acurrucados en un rincón, se habían dormido.

La lección siguiente fue la de francés y, a continuación, la de geografía. La señorita Ranger quiso dibujar un mapa y las niñas sacaron sus libretas. Elizabeth no halló la suya.

—¿También has perdido la libreta de geografía? —preguntó impaciente la señorita Ranger.

—Señorita Ranger, no lo entiendo, pero ha desaparecido —explicó Elizabeth, alzando la cabeza por encima de la tapa del pupitre.

—Eres muy descuidada —reconvino la profesora—. No estoy nada contenta hoy, Elizabeth. Revisaré yo misma tu escritorio. No comprendo cómo puedes perder las dos libretas y, menos aún, como dices, si no las has sacado del aula.

La meticulosa búsqueda de la señorita Ranger no dio mejores resultados. Robert se regocijó de ver a Elizabeth en apuros. Kathleen gozaba tanto de su éxito, que ni siquiera se atrevió a mirar a Elizabeth ni a Jenny para evitar que descubrieran en ella algún destello maligno.

—Te daré papel de mapa. Sujeta luego con un alfiler el dibujo a tu libreta, cuando la

encuentres —resolvió la profesora.

Entonces alzó la tapa de su escritorio y despertó a los dos ratoncitos.

Los pequeños roedores salieron a toda velocidad del pupitre, saltando sobre gomas, libros y reglas. La señorita Ranger los miró sorprendida y furiosa.

Estaba a punto de cerrar el escritorio y dejar a los ratoncillos allí, cuando ambos saltaron al suelo. Todas las niñas miraron atónitas.

La profesora con el rostro muy severo, miró a la asustada Jenny.

—Jenny, tú eres la única en el colegio que tiene ratones blancos. ¿Te parece gracioso poner a los pobrecitos dentro de un escritorio, faltos de aire, sólo para gastarme una broma de mal gusto?

Jenny se quedó paralizada al principio. Realmente se hallaba demasiado sorprendida para hablar. ¿Eran sus ratones? ¿Cómo pudieron salir de su sitio y llegar al escritorio?

—Señorita Ranger, yo no los puse ahí —explicó al fin—. Por favor, créame. No haría tal cosa con los ratoncitos. Además, fue usted tan buena conmigo el otro día cuando entré en la clase con uno, que nunca se me ocurriría gastarle una broma así.

Los ratoncitos corrían por el aula. Jenny los contemplaba temerosa de que escaparan por debajo de la puerta. En tal caso había el peligro de que se los comiera el gato de la escuela.

—Será mejor que intentes recuperarlos —aconsejó la señorita Ranger—. No podemos detener la clase por cosas así. No comprendo cómo entraron en mi pupitre si no los colocaste tú. Tendré que pensar en ello. Estoy muy disgustada.



Jenny abandonó su asiento para recoger los ratones. Pero no fue tan fácil como supuso. Las asustadas criaturas corrían de uno a otro lado del aula, ocultándose debajo de los escritorios. Algunas niñas fingieron asustarse y chillaron cada vez que uno se acercaba a sus pies. Elizabeth y Belinda intentaron ayudarla. Pero los ratones eran demasiado menudos y escapaban.

Y para colmo y desesperación de Jenny, se fugaron por debajo de la puerta al pasillo exterior. La niña abrió la puerta y no los vio. Habían desaparecido. La pequeña corrió por el pasillo

mirando a todas partes, pero los ratones no aparecían.

Jenny quería mucho a sus ratoncitos. Las lágrimas anegaron sus ojos. Trató inútilmente de contenerse para no regresar a la clase llorando. Apoyada contra la pared, intentó dominarse. Había sido objeto de una broma infame. Alguien quería ponerla en apuros. Y lo que era peor, por su culpa había perdido a sus dos ratoncitos.

¡Era horrible, horrible, horrible!

Unos pasos resonaron en el corredor. Era Rita, la niña juez. Ésta se sorprendió al ver a Jenny allí, de pie y llorando.

—¿Qué ocurre? ¿Te han sacado de clase?

—No, se trata de mis ratoncitos blancos. Se han ido y temo que el gato se los coma.

Contó lo sucedido a Rita, cuyo rostro mostró severa gravedad.

—No me gusta la idea de que alguien quisiera ponerte en apuro semejante. ¿Estás segura, completamente segura, que esta broma no ha sido cosa tuya?

—¿Cómo iba a tratarlos así?

—Bien, hablaremos de este asunto en la próxima Junta —decidió Rita—. Procuraremos saber la verdad. Ahora regresa a tu clase, Jenny. Anímate, quizá los ratones aparezcan.

Jenny obedeció. La señorita Ranger vio sus ojos enrojecidos y no le dijo nada más. Sonó el timbre que señalaba el final de la clase. Todos guardaron sus libros. Era la hora del recreo.

Robert chocó con Elizabeth cuando salieron del aula y ella le miró enojada.

—¿Cuántas libretas más vas a perder? —preguntó él.

Ella no respondió y salió con Joan. Una idea acababa de fijarse en su mente. ¿Acaso Robert era capaz de cogerle las libretas? Realmente era extraordinario que la libreta de aritmética y la de geografía hubieran desaparecido. Se fue hasta Jenny y la condujo hasta un rincón.

—Sospecho que Robert puede tener algo que ver con la pérdida de mis libretas y lo de tus ratones. Sé que le gustaría ponerme en ridículo.

—Pero no hay razón para que haga otro tanto conmigo —respondió Jenny.

—Tal vez pensó que, si sólo me hacía tretas a mí, adivinaría enseguida que era él. Pero si también se las hacía a cualquier otra, podría desorientarnos por completo. ¿Comprendes?

—¡Oh! Sería odioso y cruel si llevara hasta ese punto sus mezquinas venganzas. Me gustaría saber quién fue. Es terrible que sucedan estas cosas.

Y en verdad que resultó horrible cuando llegó la hora de la lección de historia. Elizabeth tuvo que confesar que también había desaparecido su libreta.

—Elizabeth, esto colma la medida —se quejó la señorita Ranger—. Bien que pierdas una libreta, pero notres. Seguro que las sacaste de la clase y te las has olvidado en alguna parte.



Búscalas bien y, si no las encuentras, cómprate otras nuevas.

«¡Oh! —pensó Elizabeth—. Valen tres peniques cada una. Son nueve peniques de mis preciosos dos chelines. ¡Qué fastidio! Si Robert ha ocultado mis libretas, le arrancaré todos los pelos de la cabeza».

Eso le dijo a Joan.

—No harás nada parecido. Informarás a la Junta y deja que la escuela juzgue. Para eso están las reuniones, para que todos ayudemos a desenredar las dificultades. Es mucho mejor así, que el jurado y los jueces decidan por nosotros. Para algo les hemos elegido como los más sabios entre nosotros. No te tomes la justicia por tu cuenta. Elizabeth. Eres en exceso impaciente y podrías hacer alguna tontería.

—Te agradecería que no siguieras hablándome en ese tono —dijo Elizabeth, apartando su brazo del de Joan—. Deberías apoyarme.

—Te apoyo, sólo que tienes que saber entenderme —contestó Joan con un suspiro—. ¡Valiente amiga sería si te dijera: «Ve a Robert y tírale del pelo», antes de comprobar si efectivamente es él quien hace esas cosas terribles!

—Me basta con ver lo complacido que se muestra cuando me encuentro apurada, para intuir que es el causante de todo —gritó Elizabeth—. ¡Oh, si pudiera encontrarle asustando a alguien otra vez! ¡Cómo disfrutaría al informar de él ante la Junta!

Elizabeth no tuvo que aguardar mucho. Sorprendió a Robert al día siguiente.

## *Más problemas*

Hacía algún tiempo que Robert no fastidiaba a nadie ni se mostraba antipático, temeroso de que Elizabeth le sorprendiera. Sabía que ella aguardaba la oportunidad y en modo alguno estaba dispuesto a facilitarle la ocasión de acusarle ante la Junta.

Pasadas tres semanas, supuso que ella se habría cansado de espiarle. Pero Robert ignoraba su condición de sospechoso en cuanto a las innobles jugarretas sufridas por Elizabeth.

Robert salió en busca de agua para su pintura después del té. Elizabeth le vio salir de la sala y miró a su amiga.

—Joan, ¿tratará Robert de coger otra vez mis libretas o hacer alguna otra cosa? Sigámosle y comprobémoslo.

Las dos niñas se levantaron y siguieron a Robert. Éste salió al pasillo y corrió escaleras arriba hasta los lavabos. En dirección contraria corría también el pequeño Leslie, el niño que se quejó de que un compañero le pedía cosas prestadas y no se las devolvía. Chocaron con tanta fuerza que Robert se dobló de dolor.

Leslie se rió. Resultaba divertido ver al gran Robert de aquella manera. Éste alargó una mano y le sujetó por un brazo. Lo hizo con tanta fuerza que el niño se quejó.

—Suéltame.

Robert miró a ambos extremos del pasillo y no vio a nadie. Llevó a Leslie a los lavabos y allí le propinó una paliza.

—¿Cómo te atreves a chocar conmigo? Ya te enseñaré a reírte de mí, mico.

—Robert, suéltame —suplicó Leslie.

—Di: «Te pido humildemente perdón y nunca, nunca más haré una cosa semejante».

Leslie, que aunque tenía miedo no era un cobarde, sacudió la cabeza.

—No conseguirás que me humille. ¡Suéltame, orangután!

Robert se enojó. Volvió a golpear a Leslie.

—O dices exactamente lo que te he indicado o te haré sentar encima de los tubos del agua caliente.

Los radiadores estaban distribuidos por el cuarto para calentarlo. Leslie, temeroso, los miró. Pero volvió a negar con la cabeza.

—No, no te pediré perdón. Si no hubieras abusado de mí, te habría pedido disculpas. ¡Suéltame!

—Bien, te sentarás sobre los tubos —decidió Robert, enfurecido, mientras arrastraba al pobre Leslie.

Los radiadores se hallaban lo bastante calientes para hacer gritar a Leslie.

Elizabeth y Joan escuchaban y, cuando oyeron que Robert arrastraba a Leslie a los tubos calientes, corrieron a los lavabos.

Robert apartó al chiquillo de los radiadores en cuanto vio a Elizabeth y Joan. La idea de haber sido sorprendido por aquellas curiosas chicas le sulfuró.

—Te hemos cazado con las manos en la masa, horrible chico —exclamó Elizabeth rencorosa—. Leslie, informarás de Robert en la próxima Junta. Dirás la verdad y nos respaldarás en todo lo que digamos.

—Lo haré. No soy un cobarde como el otro, que no se atrevió a quejarse cuando se le dio la oportunidad. ¿Sabes por qué Peter no dijo que Robert le había columpiado demasiado alto? Robert le amenazó por si se atrevía a decir algo contra él.

—No es cierto —rugió Robert, furioso—. El día que te encuentre a solas, me las pagarás.

—¿Lo veis? —dijo Leslie—. Te gustaría volver a hacerme lo mismo otra vez. Pero no tendrás oportunidad. Informaré ante la Junta aun cuando Elizabeth y Joan no lo hagan.

El pequeño se alejó. Elizabeth habló fieramente a Robert:



—Sé que eres tú quien nos hace esas tretas horribles a Jenny y a mí.

—No es cierto —se defendió Robert.

—Eres lo bastante mezquino para eso. Eres un niño terrible a quien deberían expulsar del colegio.

—Del mismo modo que debieron expulsarte a ti el pasado curso, imagino —dijo Robert, burlón.

Se había enterado del mal comportamiento de Elizabeth durante el curso anterior. Ella se sonrojó.

—¡Cállate! —gritó Joan—. En parte, se debió a que Elizabeth quiso ser amable conmigo, así que no toleraré que te burles de ella por eso.

—Diré lo que me plazca —replicó Robert, alejándose con las manos en los bolsillos, mientras silbaba como si nada le importase.

—Bien, ahora no ignora que sabemos que es culpable de aquellas desagradables acciones y no se atreverá a repetir las —exclamó Elizabeth, complacida—. Al menos, hemos ganado algo.

Pero Kathleen no se consideraba lo bastante vengada. Sus enemigas eran lindas, inteligentes y divertidas. Tres atributos de los que carecía ella. Sobre todo se sentía celosa de su pelo resplandeciente y de sus ojos brillantes, de su buen cerebro y de sus alegres chistes. Ansiaba herirlas.

Elizabeth aseguró a Jenny que era Robert quien había llevado sus ratones al escritorio de la profesora. Los animalitos no volvieron a aparecer y Jenny estaba triste desde entonces. Sus ojos centellearon cuando oyó decir a Elizabeth que Robert era el culpable.

—Entonces debió de ser él quien manchó mi libreta de francés. Tuve que repetir todo el trabajo —se quejó Jenny—. Oh, no me sorprendería que también hubiera ensuciado las herramientas del jardín. Nunca comprendí aquello, ¿sabes?

—Bien, espero que ya no seamos víctimas de nuevas tretas. Robert temerá que le denuncie ante la Junta. Y lo haremos.

Pero al día siguiente se repitió una nueva acción contra ellas. Los miércoles los monitores revisaban los cajones y armarios para comprobar que estaban en orden. Nora era muy estricta en cuanto al orden y las niñas de su dormitorio lo sabían. Ruth, la más desordenada por naturaleza, siempre encontraba difícil mantener pulcro su cajón.

—Es terrible —se lamentaba unas tres veces a la semana—. ¡Tanto como cuido mis cajones! De repente necesito un pañuelo y no puedo encontrarlo, el cajón está otra vez desordenado.

Elizabeth y Jenny eran muy cuidadosas y los martes por la noche lo colocaban todo muy bien. Así su cómoda y armario aparecían impecables a la hora de la inspección. Aquel día lo hicieron como de costumbre. Pero cuando el miércoles Nora tiró de los cajones, los halló en el más terrible de los desórdenes.

—Jenny, Elizabeth. ¿Cómo es posible este caos? —gritó Nora, examinándolos—. Todo está revuelto, arrugado. Nunca he visto una cosa así. Siempre habéis sido pulcras. ¿Cómo se explica este cambio? ¿Es que olvidasteis que paso revista los miércoles?

—Por supuesto que lo recordamos —respondió Jenny—. Y los arreglamos antes de acostarnos. Nora, tú misma debiste de vernos.

—No me fijé. Estaba en el otro extremo del dormitorio.

Las tres niñas miraron el interior de los cajones.

Lo de arriba estaba abajo. Elizabeth y Jenny estaban seguras de no haber dejado las cosas tan disparatadamente colocadas.

Alguien les había gastado una treta más, para ponerlas en ridículo.

—Esto es obra de Robert —saltó Elizabeth—. Siempre nos hace cosas terribles, Nora. Escondió mis libretas, ensució mis herramientas y puso los ratones de Jenny en el cajón de la señorita Ranger.

—Mi querida niña, no pudo ser Robert. Sabes que los chicos nunca entran en esta parte del edificio. Hubiera sido visto enseguida, siempre hay alguien en el corredor.

—No puede ser otro que Robert —aseguró Elizabeth malhumorada—. Si tienes que culpar a alguien por este desorden, Nora, reprende a Robert.

—No voy a reprender a nadie. Ninguna de las dos sois tan desordenadas. Alguien os ha querido

jugar una mala pasada. De todos modos, arreglad inmediatamente las cosas, por favor.

Las niñas, muy enfadadas, se pusieron manos a la obra, sin ver lo complacida que se hallaba Kathleen.

«Ah —se dijo—, Elizabeth y Jenny creen que es Robert quien lo hace. Bien».

Nadie sospechó que fuese ella. Kathleen se sintió más segura.

La próxima asamblea escolar se celebraría el viernes por la noche. El jueves sucedió algo que desconcertó sobremanera a Elizabeth. El partido de lacrosse era el sábado y ella había practicado mucho para merecer la selección. Sólo podía ser seleccionado uno de cada grado y ella estaba segura de que participaría.

Cuando fue a consultar el tablero de anuncios, comprobó que allí estaba el nombre de Robert en lugar del suyo.

Allí estaba escrito: «Robert Jones ha sido seleccionado en tercer grado para jugar el partido de lacrosse el sábado, contra la escuela Kinellan».

A Elizabeth se le hizo un nudo en la garganta. ¡Se había esforzado tanto! ¡Ansiaba tanto jugar! Ella era una buena jugadora, buena de verdad. Y aquel horrible y odioso Robert conseguía su lugar. Apenas podía creerlo.

—Es igual —dijo Joan—. Ya tendrás otra oportunidad.

—¡No es igual! —respondió fieramente—. Ahora está delante de mí. Espero que la Junta le castigue y le prohíba jugar el partido.

Robert, pese a encantarle ver escrito su nombre, estaba preocupado. Sabía que Elizabeth y Joan informarían en la Junta y eso no le gustaba. Era algo cobarde y tenía miedo.

Así, cuando llegó el viernes, el muchacho se mostró ansioso. Ojalá la Junta se celebrase después del sábado, de eso modo jugaría antes el partido. Resultaba fabuloso haber sido elegido en lugar de Elizabeth. Se lo merecía, por fisgona.

Llegó la hora de la reunión. Los niños ocuparon sus puestos. Con el semblante grave, pues sabían que iba a ser importante.

## *Una reunión muy seria*

Incluso los niños más pequeños estaban solemnes, mientras todo el colegio ocupaba sus puestos en el enorme gimnasio. Leslie había dicho a los de su grado que iba a informar del comportamiento de Robert, y otros jovencitos, a quienes disgustaba Robert, decidieron hablar de cuanto sabían.

—Debí contar la verdad cuando me lo pidieron en la Junta pasada —se dijo Peter—. Me columpiaba demasiado alto y me mareé. Después me amenazó con abrir la puerta de mis conejos, si me atrevía a decir algo contra él. Por eso no me atreví. Pero ojalá lo hubiera hecho.

William y Rita mostraban un semblante grave cuando ocuparon sus sitios en la mesa que había sobre el estrado. Rita había hablado a William de las mezquinas tretas contra Jenny para ponerla en apuros, y los dos jueces sabían que pasarían un mal rato intentando llegar al fondo de las cosas. Por fortuna, la señorita Belle y la señorita Best y el señor Johns estaban en la parte de atrás de la sala y podrían ayudar si las cosas se ponían difíciles.

Robert aparecía pálido. Elizabeth, roja de excitación, como Jenny. Joan estaba excitada también, aun cuando no lo demostraba.

Se siguió el proceso habitual en cuanto al dinero. Se repartieron los dos chelines por cabeza y se concedió extras a dos niños que lo necesitaban. Luego la Junta llegó al verdadero meollo de la memorable reunión.

—¿Alguna queja? —preguntó William, golpeando la mesa con su maza.

Elizabeth y Leslie se levantaron a la vez.

—Primero Elizabeth —dijo Rita—. Siéntate, Leslie, luego será tu turno.

Leslie obedeció.

Elizabeth comenzó a hablar, casi tartamudeando debido a la ansiedad.

—William y Rita, tengo una queja muy grave que formular. Es la misma que iba a presentar Leslie. Se trata de Robert.

—Sigue —invitó William.

—Recordarás que le denuncié por abusar de Peter. Entonces no hubo pruebas suficientes. Además perdí los estribos. La Junta no le castigó y me hizo pedirle excusas. Pues bien, escucha.

—Tranquilízate, Elizabeth —recomendó Rita—. No te excites.

Elizabeth intentó hablar con calma, pero le disgustaba tanto Robert que le resultaba difícil contenerse.

—Bien, William, Rita: Joan y yo vimos cómo Robert abusaba de Leslie. Le hizo sentarse encima de los radiadores. Y otra cosa, hemos averiguado que obligó a Peter a prometer que no se

quejaría en cuanto al asunto del columpio. Le amenazó con soltar todos sus conejillos de Indias si se atrevía a denunciarle en la reunión. Yo tenía razón. Es un abusón.

—No llames a la gente así —recomendó Rita—. Espera a que hayamos decidido. ¿Algo más que alegar?

—Sí. No sólo ha sido poco amable con los más jóvenes, sino que se ha portado malísimamente conmigo y también con Jenny. Nos ha puesto en toda clase de problemas jugándonos malas pasadas.

—¿Cómo cuáles? —preguntó William.

—Cogió tres de mis libretas y las ocultó en alguna parte, donde no pude encontrarlas. Cogió mis útiles de jardinería y los ensució tanto que John me reprendió. Puso dos de los ratones blancos de Jenny en el escritorio de la señorita Roger y éstos se escaparon y Jenny no los ha vuelto a encontrar.

—¿Es cierto, Jenny? —preguntó William.

Jenny se puso en pie.

—Totalmente cierto —afirmó—. No he podido recuperar mis ratoncitos. No me preocupa que me gasten una broma, William, pero resulta cruel que las víctimas sean mis mascotas.

—Siéntate, Jenny —ordenó William.

Habló con Rita y luego se volvió hacia los reunidos.

—Leslie, ponte en pie y di lo que tengas que decir.

El vivaracho Leslie se puso en pie. Se sentía importante. Con las manos en los bolsillos, empezó con cierta picardía:

—Bueno... pues fue así...

Pero William le interrumpió:

—Saca las manos de los bolsillos y recuerda que se trata de un asunto serio.

Leslie obedeció enseguida y se puso como la grana. Perdió mucho de su aspecto pícaro y comenzó a hablar en tono cortés. Relató exactamente lo sucedido, y los jueces y jurados le escucharon pacientemente hasta el final.

—Y ahora nos gustaría oír lo que Peter tiene que decir —invitó Rita.

El pequeño Peter se puso en pie. Las rodillas volvían a temblarle, pues el niño y la niña jefe le imponían mucho respeto. Tartamudeó al hablar.

—Po... por... por favor, William, Rita: Robert me... me..., me columpió muy alto aquella vez y después me mareé.

—¿Por qué mentiste cuando te preguntamos sobre ello? —preguntó William.

—Porque tenía miedo de decir la verdad. Tenía miedo de Robert.



—No debes ser nunca un cobarde —dijo William suavemente—. Resulta más rentable ser valeroso, Peter. Si hubieras sido valiente y hubieses dicho la verdad, hubiéramos podido evitar que Robert siguiera abusando de otros niños. Tu miedo ha sido la causa de que otros fueran maltratados. Además, nos hiciste dudar de Elizabeth y la hiciste desgraciada. Recuerda decir siempre la verdad, sin importar lo difícil que parezca en el momento. Todos te tendremos en mayor estima si lo haces así.

—Sí, William —respondió el desgraciado niño, dispuesto a no ser nunca más un cobarde.

—Debiste informar a tu monitor, si tenías miedo de decirlo ante nosotros —siguió William—. Elegimos monitores porque esperamos que su sentido común nos ayude. Ahora siéntate, Peter.

El niño se dejó caer en la silla, contento de haber terminado. William miró a Robert, que aún ofrecía un aspecto malhumorado.

—Y ahora, Robert, ¿qué tienes que decir? —preguntó—. Se han hecho contra ti unas cuantas quejas graves. ¿Son ciertas?

—Sólo una queja es cierta —contestó Robert poniéndose en pie. Habló tan bajo que el jurado no le oyó.

—Habla alto —ordenó William—. ¿Qué significa eso de que sólo una queja es cierta? ¿Cuál de ellas?

—Es cierto que hice sentar a Leslie encima de los radiadores, pero no estaban muy calientes. No soy culpable de las jugarretas contra Elizabeth y Jenny.

—¡Ooooh! —exclamó Elizabeth—. Sí, Robert, te vi complacido cuando nos hallábamos en apuros.

—¡Silencio, Elizabeth! —gritó William—. Robert, dices que no hiciste las trastadas que denunció Elizabeth. Bien, no nos dijiste la verdad la última vez, respecto a Peter en el columpio. Nos resulta difícil creerte ahora, porque todos pensamos que estás mintiendo de nuevo para librarte del castigo.

—¡Esta vez digo la verdad! —exclamó fieramente Robert—. No hice esas jugarretas. Ignoro quién fue. Pero sé muy bien que no fui yo. No me gusta Elizabeth, creo que es una niña horrible y metomentado, pero no soy tan mezquino como para ponerla en apuros. Y además, ¿por qué fastidiar a Jenny? Ella no me disgusta. Lo repito, alguien que se calla es el culpable de esas bromas.

Pero desgraciadamente para Robert, no había una sola persona en la escuela, excepto Kathleen, naturalmente, que le creyera. Todos recordaban que había dicho una mentira y estaban seguros de que podía hacerlo otra vez. William golpeó la mesa con su mazo, pues los niños habían comenzado a susurrar.

—Silencio. Tenemos ante nosotros un asunto muy grave. Se han formulado tres acusaciones contra un muchacho. Primero, que apabulla a niños inferiores en edad. Segundo, que ha hecho unas tretas incalificables a dos niñas. Tercero, dicen que mintió. El jurado, Rita y yo trataremos el asunto para ver cómo se puede resolver y el resto podéis discutir entre vosotros, de modo que si a alguien se le ocurre una buena idea, que la manifieste.

Los presentes comenzaron a deliberar. El jurado y los jueces hablaban en voz baja. Todos estaban serios. Robert, sentado solo, pues los niños a su lado se habían ido a deliberar con los demás, se sentía temeroso. ¡Oh! ¿Por qué había sido tan estúpido? ¿Por qué era siempre tan antipático con los más pequeños? Ahora, quizá, le mandarían a casa y sus padres se enfadarían mucho.

La señorita Belle y la señorita Best también se mostraban serias. El señor Johns les dijo unas palabras y después los tres esperaron la decisión de los jueces. Nunca interferían en las Juntas a menos que solicitasen su ayuda.

Al cabo de un rato, Rita y William golpearon sobre la mesa pidiendo silencio. Todos los chicos se sentaron. Seguro que no podían haber decidido en tan poco rato. ¿Qué iba a decir?

—Señorita Belle, señorita Best y señor Johns, les agradeceríamos que nos prestasen su ayuda hoy —dijo gravemente William—. Por favor, ¿quieren aconsejarnos?

—Naturalmente —dijo la señorita Best.

Los tres profesores subieron al estrado. Así comenzó una secreta conversación que iba a variar mucho la vida escolar de Robert.

## *Robert consigue una oportunidad*

Todos los presentes se mostraban muy solemnes y graves. No se veía sonrisa alguna en ninguna parte. Todos dejaron de hablar cuando los tres profesores ocuparon sus puestos en el estrado, en sillas que el jurado se apresuró a poner a su disposición.

—El asunto se ha tratado abiertamente —dijo la señorita Belle—. Examinemos las quejas por separado. Primero se trata del abuso contra los pequeños. Bien. ¿Hemos tenido casos de abusos semejantes desde que sois jueces, William, Rita?

—No —respondió William—. Pero recuerdo que se dio un caso cuando yo asistía a cursos inferiores. Constará en el libro.

El libro era un registro de todas las quejas hechas por los niños y cómo los habían tratado y cuáles fueron los resultados. Sobre la mesa, había un gran volumen de color pardo lleno de párrafos manuscritos. Cada juez tenía que escribir un informe de las Juntas celebradas, pues la señorita Belle y la señora Best decían que alguna vez el libro podría ser de gran ayuda. William empezó a mirar en las páginas de atrás.

Al fin encontró lo que buscaba.

—Aquí está. Una niña, de nombre Lucy Roland, fue acusada de avasallar a los niños menores que ella.

—Sí, lo recuerdo —dijo la señorita Belle—. Léelo, William, y veamos cómo fue. Nos puede ayudar con Robert.

William leyó primero rápidamente para sí. Luego alzó la vista.

—Aquí dice que Lucy había sido hija única durante siete años y que luego tuvo dos hermanos mellizos, a los que sus padres dedicaban toda su atención, al igual que la niñera, de modo que Lucy se vio desplazada. Odiaba a los bebés, porque pensó que sus padres les daban todo el amor que siempre le habían otorgado a ella.

—Sigue —invitó la señorita Belle.

—No pudo hacer daño a los bebés porque nunca se quedaban solos —siguió William—. Por eso descargaba su disgusto y celos en otros niños. Siempre elegía los más pequeños, porque eran como sus hermanos.

—Y su hábito se fue incrementando hasta que ya no pudo evitarlo —intervino Rita—. Así es cómo se hacen los avasalladores, señorita Belle.

—Es uno de los problemas más comunes —afirmó ésta—. Pero ahora debemos averiguar si la falta de Robert es provocada por el mismo motivo.

Todo el internado había escuchado con el más vivo interés la discusión. Sabían lo que era un

avasallador y a ninguno le gustaba.

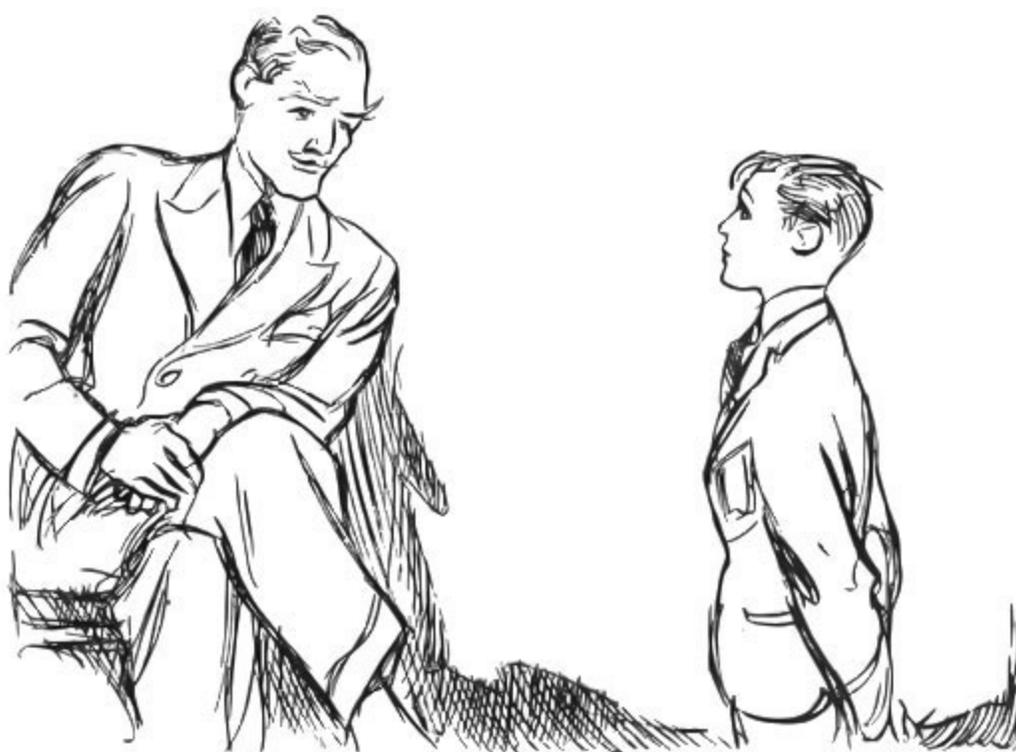
Los niños observaban a Robert para comprobar si escuchaba. Y así era. Miraba a William y no se perdía palabra.

—Bien —intervino el señor Johns—. Veremos si Robert tiene algo que decir. Robert, ¿tienes hermanos o hermanas?

—Tengo dos hermanos, cinco y cuatro años más jóvenes que yo.

—¿Les querías cuando eran pequeños? —le preguntó William.

—No, no les quería. Acaparaban la atención de todo el inundo. Yo no existía. Luego me puse enfermo y nadie se preocupó de mí como antes. Comprendí que era debido a James y John, mis hermanitos. Desde entonces odié a todos los pequeños y empecé a pellizcarles y a ser malo con ellos. Imaginaba que eran James y John. No podía hacerlo con ellos porque nadie me lo permitía y me hubiera metido en un buen lío.



—Y así te convertiste en un abusón —le saltó el señor Johns—. Declaraste la guerra a los otros niños porque no podías desembarazarte de los dos hermanitos que tú creías habían ocupado tu puesto en la casa. Pobre Robert, te haces tú mucho más desgraciado de lo que haces a los demás.

—Bueno, la gente me ha llamado abusón desde los cinco años —dijo Robert sombríamente—. Así que pensé que no podía evitarlo.

—Sí puedes evitarlo —intervino la señorita Best—. Lo harás tan pronto comprendas cómo empezó tu mal hábito. Ahora que sabemos cómo Robert se transformó en un abusón, estoy segura de que ninguno de vosotros le culpará. Sencillamente fue mala suerte por tu parte. Tú no eres un avasallador, eres un chico comente, que se dedica a atropellar porque siente celos de sus dos hermanos pequeños. En cuanto te lo propongas podrás evitarlo y ser realmente tú.

—Recuerdo haber estado tremendamente celosa de mi hermanita —dijo Belinda—. Sé lo que sentía Robert.

—Y yo también —saltó Kenneth—. Es una sensación horrible.

—Bien, es muy natural —dijo la señorita Belle—. La mayoría de nosotros vencemos eso, pero algunos no lo consiguen. Robert no ha podido superarlo, pero ahora sí podrá, al saber claramente las causas. No es nada terrible, Robert. Sin embargo, ¿no te parece algo tonto que un muchacho de tu edad fastidie a Peter y a Leslie, sencillamente porque años atrás una sensación de celos creció en tu corazón contra tus dos hermanitos? Ya es tiempo de que dejes atrás todo eso, ¿no te parece?

—Sí, ciertamente —dijo Robert, sintiendo como si repentinamente la luz se hubiera encendido en la oscuridad de su mente—. En realidad no soy un abusón. Quiero ser amable con las personas y con los animales. No sé por qué soy todo lo contrario. Espero que me sea fácil cambiar. Lamento haber sido un bruto con los niños durante estos años. Temo que ahora nadie confíe en mí y me ayude.

—Sí, te ayudaremos —prometió Rita—. Es la gran virtud del colegio Whyteleafe: todos estamos dispuestos a ayudarnos. No hay chico ni chica de esta escuela que rehúse ayudarte, o darte la oportunidad de demostrar que tú eres completamente diferente de lo que hasta ahora ha parecido.

—¿Y Elizabeth? —preguntó Robert.

—Se lo preguntaremos —contestó Rita—. Elizabeth, ¿qué opinas tú de todo esto?

Elizabeth se levantó. Su mente era un torbellino. El avasallador no era tal avasallador, sino un chico que tenía una idea equivocada de sí mismo por algo que le había sucedido años atrás. Parecía muy extraño. ¿Era cierto? Ella no podía creer que Robert llegara a cambiar. ¿Y aquellas malas pasadas que les había hecho a ella y a Jenny?

—Bueno... —Elizabeth se detuvo—. Bueno, ayudaré a Robert si él quiere intentarlo. Todos me ayudaron a mí el pasado curso cuando fui desobediente, pero no puedo perdonarle sus malas tretas contra Jenny y contra mí. Considero que debe ser castigado por ellas.

—Repito que yo no las hice —saltó Robert.

—Alguien tuvo que hacerlo —intervino Rita—. Si Robert no lo hizo, ¿quién fue? ¿Es el culpable lo suficiente valeroso para denunciarse a sí mismo?

Nadie dijo una palabra. Kathleen se puso colorada, pero miró al suelo. Comenzaba a sentirse inquieta.

—William y Rita. No me creísteis cuando me quejé de Robert. Y tenía razón. No es justo que ahora no me creáis. Seguro que tengo razón.

Jurado y jueces deliberaron. Encontraban difícilísimo decidir. William habló.

—Bien, Elizabeth, puede que estés en lo cierto. No te creímos y esta vez no creeremos a Robert. Intentaremos ser justos entre vosotros dos. Puedes jugar el partido de mañana en vez de Robert. Nora nos ha dicho que te sentiste desilusionada al no ser seleccionada.

—Oh, muchas gracias —dijo Elizabeth estremeciéndose.

Robert se puso en pie. Su aspecto era mísero.

—Muy bien. Comprendo perfectamente que me ha llegado ahora el turno de ceder ante

Elizabeth, dado que tuvo que pedirme excusas la otra vez cuando yo mentí. Pero digo y repito que yo no soy el autor de esas malas pasadas.

—No hablemos más de ello —dijo William—. Ahora, Robert, hemos acordado ayudarte. El señor Johns propone que te encargues de algo o de alguien, de modo que la amabilidad reemplace a la antipatía. Te gustan mucho los caballos, ¿verdad?

—Oh, sí —contestó Robert, ansioso.

—Bueno, si bien a los de tu grado no les está permitido cuidarse de los caballos, vamos a sentar otra regla sólo para ti, Elegiremos dos caballos y estarán a tu cuidado. Los alimentarán, darás de beber y cepillarás. Cuando tu clase salga a cabalgar, puedes elegir a uno de los niños más pequeños para que monte el segundo caballo y tú le ayudes si puedes.

Robert escuchó como si no pudiera creer lo que oía. Cielos, elegir dos caballos para su especial cuidado. Dos animales que atender todos los días. Eso era algo que siempre había soñado. De todos los animales, los más amados por él eran los caballos. Los amaba con todo su corazón. Sentía que iba a llorar de alegría. Ya no le importaba no jugar el partido. No le importaba nada más. Se sentía un muchacho diferente.

—Muchísimas gracias, William —dijo con voz entrecortada por la emoción—. Puedes confiar en que cuidaré a los caballos y ten por seguro que elegiré a los chicos a los que más he fastidiado para que cabalguen primero.

—Sabíamos que harías eso —dijo Rita complacida—. Ya oiremos en la próxima reunión cómo te ha ido, Robert. A todos nos interesará saberlo.

—Yo iré contigo —gritó Peter, cuyo corazón generoso ansiaba ayudar a Robert.

—La reunión se da por finalizada —le anunció la señorita Belle—. Ha sido demasiado larga y ha pasado la hora de acostarse de los pequeños. Pero creo que todos nos sentimos esta noche como si hubiéramos emprendido algo grande y, de nuevo, niños, tenéis la oportunidad de ayudaros mutuamente. Es magnífico ser ayudado, pero es más fantástico, si cabe, ayudar.

—La asamblea ha terminado —gritó William, golpeando la mesa con su maza.

Los niños salieron en fila, graves, pero felices y satisfechos. Se había resuelto un difícil problema y se sentían complacidos.

Sólo una niña no se sentía feliz ni complacida. Y la niña, normalmente, era Kathleen. Robert había perdido su lugar en el equipo por culpa suya. Todos los niños del colegio iban a ayudarle, pero Kathleen le había acusado del daño. Se sentía muy desgraciada, ¿qué podía hacer ella?

## *El día del partido*

Y llegó el sábado, el día del partido de lacrosse. Elizabeth se despertó temprano y miró ansiosa por la ventana. ¿Hacía buen tiempo? No demasiado. Había nubes en el firmamento, pero por lo menos no llovía. ¡Qué divertido sería jugar un partido en serio!

—Jenny —susurró Elizabeth al oír cómo su amiga se movía en el lecho—. Jenny, es el día del partido y yo juego en lugar de Robert.

Jenny gruñó. No le agradaba que Elizabeth se alzase sobre el caído Robert. Consideraba que éste debía ser castigado, pero un triunfo a costa de él no la satisfacía.

Kathleen se había despertado también. Oyó a Elizabeth y se sintió culpable. Antes le pareció bien que otro cargase con sus culpas y el correspondiente castigo. Pero ya no estaba tan segura de su satisfacción. También la enojaba que Elizabeth disfrutase el placer de jugar el partido. ¡Con lo antipática que era!

Robert también se despertó temprano y recordó enseguida lo sucedido la noche anterior. Se sentó en el lecho con los ojos brillantes y pensó en los dos caballos que elegiría para cuidarles. Se sentía totalmente diferente. No le importaba en absoluto que todo el pensionado supiese que él había sido un abusón. De hecho, no era culpa suya y, en un par de semanas, podría demostrarles quién era él. ¡Qué sorpresa se llevarían!

Recordó el partido de lacrosse y una pequeña sensación de desmayo invadió su corazón al recordar que Elizabeth ocuparía su lugar.

«Me hubiese gustado jugar ese partido —pensó—. La Junta ha sido algo dura conmigo por algo que no cometí, aunque esta vez tenían que creer a Elizabeth. Debo aceptarlo y esperar que el culpable sea descubierto. Luego sentirán mucho haberme castigado por nada».



Siguió sentado con la barbilla entre las rodillas.

«Elizabeth es una chica muy rara. Tan fiera y desconcertante, tan empeñada en ser justa y noble y, no obstante, ha sido injusta conmigo. Debería saber que no soy capaz de hacer semejantes malas pasadas. No me gusta nada».

Robert decidió a medias que no le dirigiría la palabra a Elizabeth. Después, al imaginar lo que se divertiría cuidando los caballos, su corazón se ablandó y ni siquiera pudo pensar con rencor en Elizabeth. Además podía demostrar que era tan simpático como antipático fuera antes.

«Sé lo que voy a hacer —se dijo—. Iré a contemplar el partido y, si marca un gol, aplaudiré. Eso será una cosa que me costará bastante, pero lo haré sencillamente para demostrar a todos que sí puedo».

Robert se levantó antes que sus compañeros de dormitorio aquella mañana. Se deslizó afuera hacia los establos. Cogería a los dos caballos que pensaba cuidar y se iría cabalgando por las colinas en su favorito. Se sintió orgulloso e importante cuando abrió la puerta del establo y dijo al hombre encargado del mismo:

—¿Puedo cuidar a Bessie y a Capitán? —preguntó—. Me han dado permiso para cuidar de ellos.

—Sí, ya me han informado. Bien, pero la primera semana revisaré tu trabajo. Si lo haces bien, seguirás.

Robert oyó pasos precipitados y miró hacia el patio. Vio a Leonard y Fanny que se encaminaban hacia los cobertizos de las vacas. Iban a ordeñar.

—Hola, Robert. ¿Has elegido tus caballos? —dijo uno.

—En eso estoy. Venid a ver los dos que cuidaré. La vieja Bess y Capitán. Frotadles la nariz.

Leonard y Fanny miraron a los caballos y luego a Robert. Éste se alarmó.

—¿Qué ocurre? ¿Acaso tenga una mota en la punta de la nariz?

—No —respondió Fanny—. Sólo que tu aspecto es diferente, Robert. Te miramos extrañados de que una persona pueda cambiar en una sola noche. Ven a ver nuestras vacas. ¿Quieres un vaso de leche caliente?

Pasaron sus brazos por los de Robert y le llevaron hasta los cobertizos, donde las pacientes

vacas esperaban ser ordeñadas. Parlotearon y se rieron. Robert se sintió animado. No tardó en ser obsequiado con un vaso de leche caliente y cremosa.

«Esto sí que es divertido —pensó—. Veré a Leonard y Fanny cada mañana cuando venga a ver mis caballos. Pronto tendré amigos». Al cabo de cinco minutos galopaba por las colinas, gozando del aire a lomos de la yegua. Bess alzaba las orejas para escucharle cuando hablaba. Los caballos parecían amar a Robert. Nunca se había cuidado de ellos y ahora le parecía una bendición poderlos atender cuanto quisiera.

«Después del té, invitaré a Peter a montar al Capitán. Así olvidará pronto mis torturas».

Cuantos con él se cruzaron aquella mañana le sonrieron o le dieron palmadas de afecto sobre la espalda.

Ni Kathleen ni Elizabeth le vieron, pues ambas estaban ocupadas. Elizabeth cavaba con John en el jardín y Kathleen había salido con otros para realizar un recorrido de estudio de ciencias naturales.

—Ha sido una suerte que al fin juegue —exclamó—. Me decepcionó ver el nombre de Robert en el tablero de anuncios en vez del mío.

—Supongo que ahora será Robert el desilusionado —comentó John.

—Bueno, se lo merece. Se portó como un mezquino con Jenny y conmigo. Recuerda que ensució mis herramientas una noche y tú me culpaste de ello.

—Lamento mi error y sólo deseo que Robert no sea acusado de algo que no ha hecho.

—Eso no evitará que sea despreciable —se obstinó Elizabeth—. Me alegra que no participe en el partido. Apuesto a que no se acercará por el campo de juego. Sentirá tanta vergüenza de no jugar, que no asistirá.

Los niños convocados para el partido se cambiaban en el gimnasio inmediatamente después de comer. Los partidos empezaban a las dos y media y no les sobraba mucho tiempo. Los de la escuela Kinellan arribarían en autobús a las dos y media, y los de Whyteleafe debían esperarles a la puerta para recibirles y darles la bienvenida.

Elizabeth apenas pudo comer de tan excitada.

Miró de reojo a Robert y le vio con aspecto totalmente infeliz. Elizabeth empujó sus patatas a un lado del plato.

—Señorita Ranger. No puedo comer más. Estoy muy nerviosa.

—Bueno, por una vez puedes dejar tu plato —autorizó la profesora—. Sé lo que se siente ante el primer partido de competición.

Elizabeth corrió con los demás a cambiarse. Luego fue a dar la bienvenida al equipo de Kinellan y acompañarles. Ellos se cambiaron en los vestuarios del propio campo.

—Mirad, casi todo el colegio ha venido a vernos —dijo Elizabeth a Nora.



—También está Robert —exclamó Nora, al descubrirle entre los otros.

—¿Dónde? —preguntó Elizabeth sorprendida.

Entonces le vio. ¿Sería posible? Robert asistía como espectador. Vería jugar a quien le sustituía. Elizabeth apenas podía dar crédito a sus ojos. Sin saber el porqué, se sintió avergonzada. ¿Hubiera sido capaz ella de tanta generosidad hacia Robert?

—Considero muy noble que Robert venga a contemplar a su sustituía —alabó Nora—. Es algo grande y generoso. Resulta extraño que un niño capaz de eso haya sido tan estúpido como para gastar bromas que repelen. Empiezo a dudar de su culpabilidad.

Elizabeth cogió su palo de lacrosse. Creyó que Robert no asistiría al partido y se equivocó. ¿Sería acertada la suposición de Nora? ¿Sería verdad que Robert no había hecho todas las cosas que ella le imputaba? ¿Habría sido castigado injustamente? Entonces ella sería la culpable. Oh, qué sensación tan desagradable.

«Bueno, ¿y qué? —se dijo—. Voy a disfrutar mi primer título».

Pero ¡qué desilusión! Empezaba a llover. Los jugadores miraban desalentados hacia el cielo. Quizá no lloviera mucho. Quizá parase pronto. Sería una lástima no poder jugar.

La lluvia mansa y pertinaz se convirtió en un aguacero. Las nubes, más negras, parecieron descender sobre la tierra. Ya no cabía esperanza alguna.

Me temo que el partido se suspenderá —se lamentó el señor Warlow—. Id al gimnasio y dispondremos otros juegos para el equipo visitante.

Los niños corrieron al gimnasio. Elizabeth se sintió tremendamente desilusionada. Su primer partido y la lluvia lo había estropeado.

Alguien le dijo al oído:

—Mala suerte, lo siento.

Elizabeth se giró y vio a Robert que ya corría a unirse con los demás. Inmóvil, atónita, la extrañó que Robert le dijera aquello. No lo comprendía.

—¿Te has propuesto calarte hasta los huesos? —gritó la señorita Ranger—. ¿Piensas quedarte ahí pasmada? Ven enseguida, tonta.

Elizabeth se reunió en el colegio con los demás sin saber qué hacer.

## *Kathleen confiesa*

Todos se hallaban muy desilusionados con la suspensión del partido, especialmente los jugadores. La lluvia no amainó durante toda la tarde. El señor Johns y la señorita Ranger organizaron varios juegos en el gimnasio y los visitantes lo pasaron muy bien.

Joan lo sentía por Elizabeth. Pasó el brazo por el de su amiga.

—Elizabeth, no te preocupes. Hay otro partido el próximo sábado. Quizá puedas jugar entonces.

—Quizá —dijo Elizabeth—. Oh, qué mala suerte que haya llovido hoy. Me había preparado a fondo en la recogida de pelota y el tiro a gol.

—Robert se habrá alegrado de que lloviera con tal de que no jugases.

—No sé, Joan. Acudió a presenciar el partido y, cuando nos retiramos del campo, vino a decirme que era mala suerte y que lo sentía. Me sorprendió. Y no sé el porqué, pero me sentí avergonzada.

—Espera que te haga unas preguntas más y ya no te sentirás avergonzada.

A Kathleen le faltó valor para idear otras venganzas. Un inocente había sido públicamente castigado por sus malas artes y empezaba a despreciarse a sí misma. Odiaba a Jenny y a Elizabeth, pero ahora era un sentimiento triste, no un sentimiento vivo y furioso.

«Soy terrible —pensó Kathleen desesperada—. Soy delgada y pálida, soy aburrida y torpe, y ahora soy mezquina, tramposa y cobarde. Eso es lo malo de hacer cosas horribles. Una se siente a la altura de sus propias acciones».

Pobre Kathleen. Al principio ella había creído divertidas e ingeniosas las desagradables jugarretas para poner en apuros a Elizabeth y Jenny. Pero una vez averiguado que las mezquindades transforman a la persona que las ejecuta, se sentía infeliz.

«Causa mucho más daño el propio desprecio que el ajeno —pensó Kathleen—. De uno mismo nunca se puede huir. Me gustaría ser feliz y sincera como Nora y John».

Kathleen, realmente infeliz, se mostraba tan triste que las niñas sentían lástima de ella.

—¿No te encuentras bien? —preguntó Elizabeth.

—Estoy perfectamente —respondió ella con la cabeza gacha como un perrillo temeroso.

—¿Qué te pasa, Kathleen? Sonríe un poco —gritó Belinda—. ¿Has recibido malas noticias de tu casa?

—No, lo que ocurre es que no tengo ganas de sonreír, eso es todo. Dejadme sola.

Su trabajo empeoró tanto, que la señorita Ranger empezó a preocuparse. ¿Qué le podía suceder a la niña? Parecía trastornada por algo. Entonces habló a solas con ella.

—Kathleen, querida. ¿Te ocurre algo? Tu trabajo deja mucho que desear esta semana y das la impresión de sentirte desdichada. ¿Quieres contarme qué te sucede? Podría ayudarte.

Kathleen sintió lágrimas en sus ojos al percibir ternura en la voz de la profesora.

—Nadie puede ayudarme. Todo me ha ido mal y nada ni nadie puede arreglarlo.

—Querida, hay muy pocas cosas que no puedan enderezarse. Vamos, Kathleen, cuéntamelo.

Kathleen sacudió la cabeza obstinadamente y la señorita Ranger renunció. No le gustaba aquella niña, pero no podía evitar sentir lástima por ella.

Kathleen decidió algo muy tonto: huir, irse a casa. Antes contaría a Elizabeth y a Jenny lo que había hecho. Se lo confesaría a ellas dos para que Robert quedase libre de culpa. Por lo menos podía hacer eso. Así no se despreciaría tanto a sí misma.

«Aunque sea tremendamente difícil —pensó la pobre—. Me mirarán de un modo horrible, me insultarán y todo el colegio sabrá lo desagradable que he sido. Pero ya no estaré aquí y no me importará».

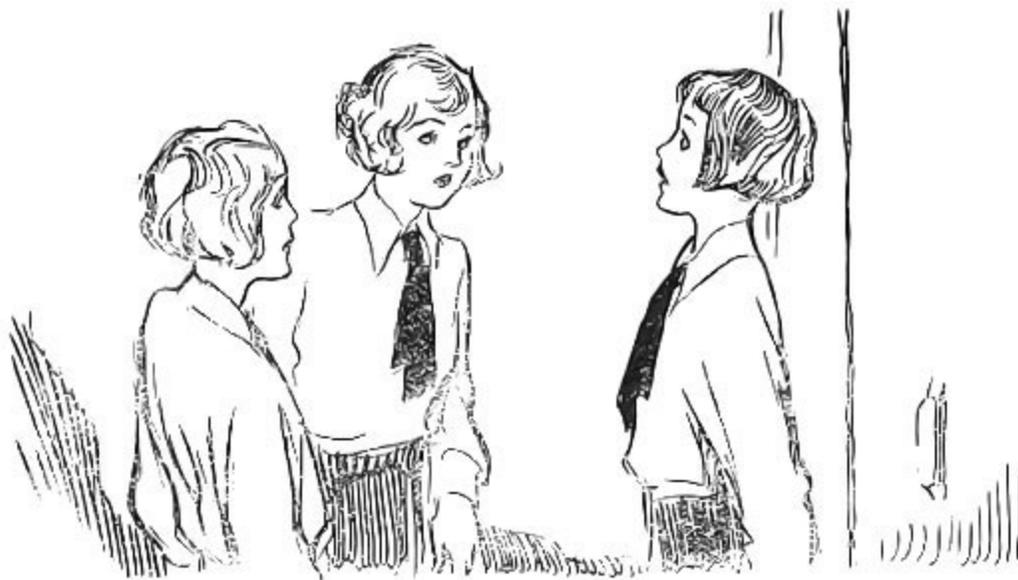
Después del té, Kathleen se acercó a Jenny.

—Quiero hablar contigo y con Elizabeth a solas. ¿Dónde está Elizabeth?

—En el gimnasio —contestó Jenny sorprendida—. Iremos juntas a buscarla. ¿Qué quieres, Kathleen?

—Lo diré cuando estemos las tres reunidas. En una de las salas de música estaremos solas.

Jenny y Kathleen buscaron a Elizabeth, que las acompañó, pese a divertirse mucho con Belinda y Richard.



Kathleen cerró la puerta. Luego habló.

—Tengo algo que decirles. Soy muy desgraciada y ya no puedo soportarlo más, así que me voy a casa. Pero antes quiero explicarles el porqué. No culpéis a Robert por aquellas trasladas. Yo soy la culpable.

Elizabeth y Jenny miraron pasmadas a Kathleen sin dar crédito a sus oídos.

—Sabía que me miraríais así —exclamó Kathleen, mientras las lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas—. Lo merezco. Pero antes de irme, quiero decirles algo más. Las dos

sois bonitas, alegres y listas. Todos os quieren. Yo soy delgada, pálida y aburrida, y no puedo evitarlo. Nunca sabréis cómo me gustaría ser como vosotras. Os envidio y no puedo evitar que me seáis antipáticas. Fuiste muy poco amable, Jenny, cuando imitaste a Mademoiselle como si discutiéramos, pero...

—Lo siento —se excusó Jenny—. Ignoraba que estuvieses en la habitación. Comprendo que quisieras hacerme pagar aquello, Kathleen. Pero no debiste poner en aprietos a Elizabeth.

—También saldé una cuenta —explicó Kathleen—. No me gusto a mí misma más que os gusto a vosotras. Sé que soy detestable y por eso me voy a casa. Mi madre me quiere, aun cuando no sea tan linda y simpática como otras niñas. Ella lo comprenderá y me perdonará por huir.

Tras un breve silencio, durante el que Elizabeth y Jenny no supieron qué decir, impresionadas por la confesión de Kathleen, Elizabeth se sintió incómoda por haber culpado a Robert.

—Kathleen, sólo se me ocurre que se requiere un gran valor para confesarse culpable —animó Jenny—. Eso hace que aumente mi aprecio hacia ti. Sin embargo, no te oculto cuán despreciable y mezquina me pareces. ¿No te sucede lo mismo a ti, Elizabeth?

—Por supuesto. Oh, Kathleen, por tu culpa Robert se ha visto en apuros y ahora yo tendré que arreglar eso. Ojalá nunca hubieses venido a Whyteleafe.

—Pienso lo mismo —dijo Kathleen en un susurro—. Pero no seguiré mucho más tiempo aquí. Abrió la puerta y corrió por el pasillo con el rostro inundado de lágrimas. El resultado de su confesión había sido mucho peor de lo esperado. Arreglaría sus cosas y luego se marcharía.

Elizabeth y Jenny se disponían a hablar de Kathleen cuando Joan entró.

—Hola —exclamó sorprendida—. ¿Qué hacéis aquí con esa cara tan fiera? ¿Qué ha sucedido? Elizabeth lo relató.

—¿No te parece que es mezquina, engañosa y despreciable? —gritó—. Nunca imaginé a nadie tan horrible.

Joan se quedó pensativa. Recordó lo infeliz y solitaria que ella se había sentido en el curso anterior, cuando todo le iba mal. Comprendió a Kathleen y lo desgraciada que sería para desear marcharse.

—No penséis en lo despreciable que es Kathleen, sino en cómo debe de sentirse al saberse delgada, celosa y aburrida y, lo que es peor, avergonzada. Elizabeth, recuerdo cómo te ayudaron en el curso pasado. Yo también lo hice. Ahora quiero ayudar a Kathleen. No ha sido mezquina conmigo y, por tanto, no me siento enojada como vosotras. Sencillamente, lo siento.

Salió corriendo de la sala. Jenny miró a Elizabeth y comprendieron que Joan tenía razón. Habían pensado en ellas mismas y no en una pobre niña que necesitaba ayuda y consuelo.

—Será mejor que la sigamos —propuso Jenny.

—Espera a que Joan haya tenido tiempo de decirle algo. Es muy buena en estas cuestiones. A veces la considero ideal para monitora.

—Nosotras no lo somos —reconoció Jenny—. No imagino cómo se puede remediar esta situación. Realmente no lo sé.



Mientras Joan corría escaleras arriba hacia el dormitorio, Kathleen se ponía el sombrero y el abrigo, después de haber guardado sus cosas en una pequeña maleta, Joan se acercó a ella.

—Kathleen, me he enterado de todo. Fuiste muy valerosa al confesarlo. Cuando Elizabeth y Jenny tengan tiempo de pensarlo, te perdonarán y serán tus amigas. Son buenas y generosas, sólo necesitan un poco de tiempo.

—No puedo quedarme en Whyteleafe —dijo Kathleen, poniéndose el pañuelo en el cuello—. Lo de menos es que tenga enemigos. Es peor que todo el mundo me considere detestable. Mira tu pelo, brillante, bonito; el mío parece cola de rata. Mira tus ojos brillantes y mejillas sonrosadas, y luego mírame a mí. Soy una Cenicienta.

—¿Has olvidado cómo Cenicienta se transformó en una noche? —preguntó Joan cogiendo a Kathleen de la mano—. Sentada en las cenizas y sollozando, quizá fuera tan delgada y desgraciada como tú. Pero su transformación no se debió a unos lindos vestidos y a la carroza. ¿No se debería a que sonrió y se mostró feliz y a que se cepilló el pelo hasta hacerlo resplandecer? Qué niña más tonta eres, Kathleen. ¿No sabes que tu aspecto es dulce cuando sonríes?

—No lo sé —confesó Kathleen.

—Pues así es —afirmó Joan—. Tus ojos se iluminan entonces y tu boca se curva hacia arriba y aparece un hoyuelo en tu mejilla izquierda. Si sonrieras más, no serías fea. Nadie es feo cuando sonríe. ¿No te has fijado, Kathleen?

—Quizá tengas razón —admitió Kathleen, recordando qué dulce estaba siempre su madre cuando sonreía feliz—. Pero yo nunca tengo ganas de sonreír.

Se oyeron pasos en el corredor. Elizabeth y Jenny entraron en la habitación y se acercaron a Kathleen.

—No fuimos muy simpáticas contigo hace un rato —se disculpó Jenny—. Lo sentimos. No huyas, Kathleen. Te perdonamos y olvidaremos lo que nos hiciste.

—Robert debe ser rehabilitado —contestó la niña—. Y eso significa aclaraciones ante la Junta

escolar. Lo siento, no soy lo bastante valiente para soportarlo.

Las niñas se miraron. Sí, naturalmente, el asunto tenía que tratarse allí.

—¡Me voy! —exclamó Kathleen—. Soy muy cobarde, lo sé. No puedo evitarlo. ¿Dónde está mi bolsa de mano? Adiós. No penséis demasiado mal de mí, por favor.

*Kathleen huye*

Kathleen salió de la estancia. Joan corrió tras ella y la cogió de un brazo.

—Kathleen, ¡no seas idiota! No puedes huir del colegio. ¡Es imposible!

—No es imposible —afirmó enérgica ella—. Lo haré. No intentes detenerme, Joan. Iré a la estación y tomaré el tren.

Se sacudió la mano de Joan y corrió por el pasillo. De nada serviría seguirla. Una vez firme su propósito, todo resultaría inútil.

—Lo siento muchísimo —exclamó Jenny con voz temblorosa—. Ojalá no hubiera imitado a Mademoiselle y a Kathleen aquella noche. Ahí es donde empezó todo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Joan—. Debemos informar de que Kathleen ha huido. Es inútil detenerla. Honradamente, como ella, yo tampoco quisiera enfrentarme a la reunión escolar cuando todo sea del dominio público. Huiría después, si no lo hiciera ahora. No es valiente.

Nora entró en la estancia. Se sorprendió al ver a las otras en el dormitorio, abatidas.

—¿Por qué estáis aquí? —preguntó—. ¿No sabéis que el concierto va a empezar ahora? Es mejor que os deis prisa, ¿Por qué tenéis ese aire tan serio? ¿Ha sucedido algo?

—Sí —contestó Elizabeth—. Ha ocurrido algo terrible, No sabemos qué hacer. Es terrible, Nora.

—Cielos, entonces será mejor que me lo contéis, por algo soy vuestra monitora.

—Nos gustaría —intervino Jenny—. No asistamos al concierto, Nora. Vayamos a la sala de juegos. Estará desierta ahora y podremos hablar.

Una vez por semana se celebraba un concierto que interpretaban los niños aficionados al piano, violín, canto o recital, y al que normalmente concurrían todos, pues era divertido ver a los propios compañeros actuar. Así que la sala de juegos estaba vacía y las cuatro niñas fueron allí.



Jenny contó lo sucedido y, si bien se sonrojó cuando relató que había imitado la voz de Mademoiselle y la de Kathleen, no ocultó nada. Era una niña sincera y honrada, dispuesta a aceptar su parte de culpa. Nora escuchó.

—Pobre Kathleen. Ha embrollado las cosas. Tenemos que remediarlo, pero no me atrevo a decir cómo. Busquemos a Rita y que ella busque a la señorita Belle y a la señorita Best para que se reúnan con nosotras.

—Oh, ¿tendrán que saberlo? —preguntó Elizabeth desalentada.

—Naturalmente, boba. No imaginarás que una niña se puede ir de Whyteleafe sin que los directores lo sepan —reconvino Nora—. Vamos, no hay tiempo que perder.

Hallaron a Rita en su estudio.

—Rita, ¿quieres reunirte con nosotras y traer contigo a la señorita Belle y a la señorita Best? —rogó Nora—. Una niña del curso de Elizabeth ha huido y consideramos que debemos contar la historia a los directores.

—Naturalmente —aceptó Rita, alarmada—. Será conveniente que William también asista. Sin duda tendrá que saberlo y ahorrará tiempo si viene ahora.

Cinco minutos después, los seis se hallaban a la puerta del despacho de los directores. Rita dio unos golpecitos.

—Pase —autorizó una voz tranquila.

Allí estaban el señor Lewis y los tres directores.

—¿Es importante? —preguntó enseguida la señorita Belle.

—Lo es —aseguró Rita—. Elizabeth, haz el favor de contar toda la historia.

Elizabeth lo explicó todo. Cuando dijo que Kathleen había cogido su bolsa de mano para irse a la estación, el señor John se puso en pie de un salto.

—Debo alcanzarla.

—El tren habrá partido ya —observó Nora.

—Este mes han cambiado los horarios —aclaró el señor Johns—. El que piensa coger Kathleen ha sido retrasado una hora. Si me doy prisa, puedo alcanzarla. Ven conmigo, Rita.

Los dos salieron de la sala y al rato se oyó cerrar de golpe la puerta principal. Se habían ido. Elizabeth deseaba que alcanzasen a Kathleen antes de que llegara a su casa. Ahora que los directores lo sabían todo, se sentía mejor. Los mayores siempre sabían cómo arreglar prudentemente las cosas.

—Necesitamos conseguir un par de objetivos —dijo la señorita Best—. Primero, que Kathleen se reconcilie consigo misma y hacerle comprender que la huida nunca resuelve las dificultades, las empeora. La pobre se considera una fracasada y eso no es verdad. Si logramos sacar semejante idea de su cabeza, todo le será más fácil.

—Ya sé cuál es el segundo objetivo —intervino Elizabeth—. Exculpar a Robert. Me avergüenzo de ser la causante de unas acusaciones falsas. Me siento terriblemente avergonzada.

—Celebro tu reacción, Elizabeth —contestó la señorita Best—. Todos sabemos que eres justa y noble por naturaleza. Sin embargo, nunca harás nada bueno si te empeñas en ser alocada en vez de reflexiva.

—Lo sé. Me esfuerzo en corregir ese defecto. Pero usted no sabe lo difícil que resulta, señorita Best.

—Claro que lo sé. Yo también soy de temperamento vivo.

Su agradable sonrisa recordó a los cuatro niños qué simpática era. Ninguno de ellos la imaginó de mal genio.

—¿Qué haremos con Kathleen si el señor Johns consigue traerla? —preguntó la señorita Belle—. Creo que William y Rita sabrán tratarla. No les temerá tanto como a la señorita Best, al señor Johns o a mí.

—Dijo que no se atrevería a enfrentarse a la Junta escolar cuando se supiese lo ocurrido —recordó Elizabeth—. No es muy valerosa, aun cuando a veces discute como yo, no se atrevería.

—Eso no es ser valiente —aclaró la señorita Belle—. Eso es propio de seres débiles y obstinados, temerosos de ser reconocidos. Les gusta llamar la atención y discuten, pelean o hacen alardes innecesarios con tal de ser escuchados. Nunca veréis a los fuertes e inteligentes llamar la atención. Kathleen se considera a sí misma un fracaso e intenta ocultarlo ante todos. Pero, al no poder esconderlo más, ha huido. Eso es cuanto podéis esperar de personas de temperamento débil.

Las cosas parecen algo diferentes cuando se explican bien, ¿verdad? —dijo Jenny—. Nunca hubiera imitado a Kathleen como lo hice, si hubiera sabido por qué se comportaba así. Ahora lo siento por ella y haría cualquier cosa para arreglarlo.

—Incluso está avergonzada por sus granos —recordó Elizabeth. Pero los tiene porque come



demasiados caramelos. Come más que toda la clase junta.

—Es linda cuando sonrío —intervino Joan.

—Lo es —confirmó la señorita Best—. Si Kathleen cuidara más su limpieza y se liberara de los granos, sería un buen principio. William, ¿podréis Rita y tú poner algo de sentido en su cabeza? Os habéis enfrentado a graves problemas en este curso. Creo, por tanto, que sabréis solucionar éste.

—¿Y cómo llevarla a la reunión escolar? —preguntó William.

—Rita y tú resolveréis eso —dijo la señorita Belle—. Lo dejamos en vuestras manos. Si consideráis que es mejor no forzarla a ser valerosa, entonces rehabilitad a Robert y esperad a que Kathleen lo explique más adelante. Estoy segura de que si la tratamos bien, será justa en el futuro.

Resultaba sorprendente lo mejor que se sentían todos tras resolver el problema que les acuciaba. El mal comportamiento de Kathleen tenía su origen en una cosa nimia: la sensación de fracaso. Si esa sensación podía combatirse, la mayoría de los problemas de Kathleen desaparecerían.

Al fin oyeron ruido de neumáticos y el golpe de una puerta de automóvil. Todos aguardaron a ver al señor Johns y a Rita con Kathleen.

—¿No la encontraron? —le preguntó ansiosa la señorita Best.

—Oh, sí, la hallamos en la sala de espera. Pobrecilla. Sentía frío y desamparo. Cuando Rita la cogió de la mano, prorrumpió en llanto y regresó con nosotros sin oponer resistencia. Gracias a que el horario de los trenes ha sido cambiado, tuvo tiempo para pensar.

—¿Dónde está ahora? —preguntó William.

—Rita la ha llevado a su estudio. Ve allá, William. Creo que podréis ayudarla. Dejad que hable cuanto quiera y que se desahogue.

—Voy en busca de Robert —decidió Elizabeth—. Debo poner las cosas en claro. No va a resultarme fácil.

## *Se aclaran algunas incógnitas*

Elizabeth se sentía enfadada consigo misma cuando iba al encuentro de Robert.

«Realmente he hecho algo terrible —pensó—. He acusado públicamente a alguien de un montón de cosas mezquinas. Conseguí que le castigasen precisamente cuando intentaba ser mejor. Todos le han ayudado, excepto yo. Estoy disgustada conmigo misma».

No pudo hallar a Robert en ninguna parte. Se encontró con Leonard y éste le explicó que el chico estaba en los establos.

—Bess cojea un poco —explicó Leonard—. Y Robert la atiende con el encargado del establo. Le acabo de ver. Ahora vengo de las cuadras. Fanny y yo le vemos cada mañana y nos parece muy simpático. Hace cuanto puede para compensar a los pequeños del mal trato que les infligió. Ahora le admiro.

—Yo también le admiro —dijo Elizabeth—. Pero él no me admirará a mí cuando oiga lo que tengo que decirle.

—¿Qué pasa, Elizabeth?

Ella no se lo dijo.

Ya había anochecido. Elizabeth se puso el abrigo, cruzó el jardín y se dirigió a los establos. Oyó a Robert y al encargado.

—Robert, ¿puedo hablarte? —preguntó.

—¿Quién es? —gritó el niño—. Ah, eres tú. ¿Qué quieres?

Olía a caballos. Resultaba un olor agradable. Sus pelos se hallaban en desorden y su cara sonrojada, pues había estado frotando con aceite la pata de la yegua.

—Robert, cometí un grave error contigo. El autor de aquellas malas pasadas fue otra persona, no tú.

—Bueno, eso ya lo dije yo. No es una sorpresa para mí.

—Sí, pero yo aseguré ante todo el colegio que tú lo habías hecho y te castigaron por ello. No sabes cuánto lo siento. Fui demasiado desagradable contigo. No comprendo cómo viniste a ver el partido y menos que lamentaras lo de la lluvia. Yo... yo..., yo creo que has sido generoso.

—Bueno, tenías bastantes razones —contestó Robert, cogiéndola de la mano—. Yo no he sido tan generoso, sólo feliz al pensar que era capaz de cambiar. Tener a mi cuidado los caballos que quería hizo que no me importase el partido. Por eso no me resultó muy difícil acudir al campo y decirte lo de la lluvia. Celebro que sepas que no fui yo. ¿Quién fue?

—No puedo decírtelo de momento. Tan pronto lo supe, vine para disculparme. Quisiera que me perdonases.

—Olvídalo —contestó Robert con una sonrisa—. La gente tiene que perdonarme a mí mucho más que yo a ti. No seamos tan tontos. Al principio resultó divertido ser enemigos, luego fue horrible. Seamos amigos. Ven mañana a montar a Capitán, después de desayunar. Yo montaré a Bess si su pata mejora. Y alégrate. ¡Pones una cara más rara!

—Me siento rara —admitió Elizabeth, tragando saliva. No imaginé que fueses tan generoso conmigo. Me equivoco demasiadas veces al juzgar a las personas. Sí, Robert, me gustaría que fuésemos amigos. Vendré mañana.

El muchacho sonrió y se volvió hacia Bess. Elizabeth se detuvo en la oscuridad y se quedó inmóvil ante el frío viento. Pensó durante un momento qué sorprendentes son las personas. Uno se las imagina horribles y luego resultan totalmente distintas.

«Bueno, la próxima vez daré a quien sea una oportunidad antes de juzgarle —se dijo—. En lo sucesivo, me lo pensaré dos, tres, cuatro veces antes de sacar el genio y acusar a otro. Odiaba a Robert y ahora no puedo evitar que me guste horrores. Y, sin embargo, es la misma persona».

Robert no era exactamente la misma persona. Había cambiado. También pensaba en Elizabeth, valerosa en extremo, cuando no le importaba humillarse. Una personilla a la que en cierto modo admiraba. Resultaría divertidísimo cabalgar en su compañía y galopar por las colinas a tempranas horas de la mañana.

Kathleen no tuvo dificultades. William y Rita, inteligentes y cariñosos, aunque firmes y decididos, la dejaron hablar hasta contarle todo.

—Me sentí defraudada al enterarme del retraso del tren. Pareció como si otra cosa más se volviera en contra mía. Incluso la huida me era negaba.

—En cambio fue lo mejor que pudo sucederte —dijo William—. No es de valientes hacer eso. Nadie se sacude los problemas huyendo de ellos. Siempre acompañan a su presa.

—¿Y qué puede hacerse con los problemas? —preguntó Kathleen, secándose los ojos.

—Enfrentarse a ellos y encontrar el mejor modo de combatirlos —contestó Rita—. Kathleen, tú sólo huías de ti misma. Nadie puede lograr eso jamás.

—Tú también lo hubieses intentado si fueses como yo —se defendió Kathleen—. Soy muy desgraciada. Nunca me sucede nada agradable, como a otros.

—Y nunca te sucederá mientras pienses y hables así —saltó William—. No es la suerte la que nos trae cosas buenas o malas, Kathleen, somos nosotros mismos. Por ejemplo: para ti, Jenny tiene amigas debido a su suerte. Y eso no es verdad. Las tiene porque es amable, generosa y feliz.

—Sí, eso lo comprendo. Bueno, antes no se me había ocurrido. Pero yo no soy feliz, guapa y generosa como Jenny.

—¿Por qué no lo intentas? —preguntó Rita—. Posees una sonrisa dulce y un precioso hoyuelo, aun cuando no lo vemos muy a menudo. Si te cepillaras el pelo cien veces cada noche y cada mañana como hace Jenny, parecería lustroso y brillante. Si dejases de comer tantos dulces, te desaparecerían los granitos. Y si salieras más a menudo, conseguirías mejillas sonrosadas y ojos felices.

—¿Es posible? —dijo Kathleen, mostrándose alegre.



Rita cogió un espejo de la repisa de la chimenea y lo puso ante el rostro triste y lloroso de Kathleen.

—Sonríe —le ordenó—. ¡Vamos, sonríe, niña tonta! Deprisa. Muéstrame ese hoyuelo.

Kathleen no pudo evitar sonreír y vio cómo su desgraciado semblante se transformaba en otro mucho más agradable. El hoyuelo apareció en su mejilla izquierda.

—Sí, tengo mejor aspecto. ¡Pero soy tan aburrida y torpe! Además recuerdo las cosas mezquinas y horribles que he cometido.

—Eres aburrida y lenta por no ser tan saludable como debieras —habló William—. Date tú misma una oportunidad. En cuanto a las cosas mezquinas y horribles que has hecho, bueno, siempre puedes compensarlas. Todos cometemos mezquindades.

—Estoy totalmente segura de que tú y Rita no las cometéis —dijo Kathleen—. Por favor, no me obliguéis a quedarme en Whyteleaf. No podría levantarme ante todo el pensionado en la próxima Junta y confesar mis actos, ni siquiera para rehabilitar a Robert. Soy cobarde. Sé que lo soy, así que de nada vale fingir. Me iré mañana si me obligáis a hacer eso.

—No te obligamos a nada —respondió William—. No es bueno obligar a nadie a que haga lo que no desea. Escucha, Kathleen, Elizabeth aclarará que Robert es inocente, pero no dirá quién es el verdadero culpable. Tal vez más adelante te sientas distinta y entonces quieras hablarnos de nuevo.

—Nunca seré lo bastante valerosa para enfrentarme a todos —se defendió Kathleen—. Pero me quedaré en Whyteleaf si no es preciso que confiese. Se lo dije a Elizabeth y Jenny, y fue muy difícil.

—Nos alegramos de que lo hicieras —contestó William—. Conseguiremos que ellas no lo

cuenten a nadie más. Así que olvida todo temor. Haz como Robert: empieza de nuevo y sonríe tanto como puedas.

—Lo intentaré. Los dos habéis sido tan amables conmigo que lo intentaré, aunque sólo sea para complacerlos.

—Gracias —dijeron Rita y William.

Rita consultó su reloj.

—Es casi tu hora de acostarte. ¿Has cenado o has perdido tu cena?

—La he perdido, pero no tengo apetito.

—Bueno, William y yo nos vamos a tomar una taza de cacao. Nos está permitido, pues ya sabes que somos los delegados del colegio. Quédate con nosotros. También sacaremos unas galletas, que te comerás pese a tu falta de apetito.

Poco después, los tres tomaban leche con cacao caliente y galletas de chocolate. William explicó chistes y Kathleen mostró el hoyuelo de su mejilla izquierda. Cuando el timbre anunció la hora de acostarse, se levantó.

—Sois muy amables —las lágrimas anegaban sus ojos—. Nunca olvidaré esta noche. Celebro que seáis los jueces.

—Alégrate —recomendó William—. Averiguarás que las cosas nunca son tan malas como parecen. Buenas noches.

## *Todo mejora*

Elizabeth se levantó temprano y se encaminó a los establos. Robert estaba allí ensillando los caballos. Silbaba suavemente. Era feliz. Cuidaba de algo que adoraba, cuidaba de los caballos y conseguía de ellos el afecto que él a su vez les dispensaba.

—Es una sensación muy agradable —dijo a Elizabeth—. Nunca la había sentido antes, puesto que nunca tuve una mascota. La verdad es que nunca me gustaron mucho los animales, excepto los caballos. William y Rita tuvieron una idea excelente. Resulta extraño que, en vez de ser castigado por abusón, me dieran un trato maravilloso. Sólo así han evitado que siguiera siendo avasallador con los demás.

—Uno no puede ser horrible con nadie cuando se siente feliz —dijo Elizabeth—. Yo no puedo. Entonces sólo quiero ser afectuosa y generosa. ¿En marcha? Oh, Robert, ¿no resulta raro que seamos tan amigos después de haber sido tan extremadamente enemigos?

Robert se rió mientras saltaba al lomo de Bess. La yegua relinchó y movió la cabeza. Le gustaba notar a Robert sobre ella. Los dos niños trotaron por el sendero de hierba y luego galoparon hacia las colinas. Elizabeth hacía años que sabía montar. Robert también y la pareja disfrutó de su galope.

Se gritaban uno al otro mientras cabalgaban. Entonces Elizabeth tuvo una idea.

—Oye —chilló—, ¿por qué no te llevas alguna vez a Kathleen Peters a montar contigo? Quizás así consiga mejillas sonrosadas.

—¿Kathleen? No puedo sufrirla —respondió Robert—. Es terrible. Seguro que nunca serás amiga suya.

—Lo soy —gritó Elizabeth—. No me gusta más que me gustabas tú, pero me he equivocado tanto con la gente, que tal vez pudiera estar equivocada con ella. De todos modos, pienso darle una oportunidad. ¿Querrás ayudarme?

—Conforme, no monta mal. Pero ven tú también. No sé si podría montar a solas con ella. Me aburriría. Eso no sucede contigo. Uno no se aburre a tu lado. O eres muy simpática, o todo lo contrario. ¡Antipatiquísima!

—No me lo recuerdes, yo también estoy girando página nueva. Quiero ser simpática siempre. En cierto modo, cuando regresé a Whyteleafe, me había hecho el firme propósito de esforzarme en ser simpática siempre. Y, ciertamente, lo que he conseguido ha sido un lío. Nunca llegaré a monitora.

—A mí me gustaría —confesó Robert—. Debe de ser muy agradable que confíen en uno y sentarse a la mesa de la Junta. Pero no es probable que lo alcancemos ninguno de los dos. Yo tuve

un mal comienzo de curso y tú fuiste la más traviesa el curso pasado. Debiste de ser mala de verdad.

Robert y Elizabeth eran felices cuando entraron a desayunar aquella mañana. Sus mejillas estaban rojas debido al frío y al viento y sus ojos resplandecían. Elizabeth sonrió a Kathleen, sentada en su lugar de costumbre con aspecto más dichoso, pero bastante nerviosa.

—Hola, Kathleen —dijo Elizabeth—. Hola a todos. Caramba, qué apetito traigo. Sería capaz de comerme veinte salchichas y doce huevos.

—¿Has montado? —preguntó Kathleen, acercando la bandeja de tostadas a Elizabeth—. ¡Qué colorada estás! El viento le hace parecer un piel roja.

Elizabeth sonrió.

—Fue muy divertido. Podrías madrugar y venir tú también.

—Sí, claro —invitó Robert—. Tú montas muy bien, Kathleen. ¿Por qué no vienes con Elizabeth y conmigo alguna vez?

Kathleen se sonrojó de placer. Todos advirtieron enseguida su hoyuelo.

—Me entusiasmaría —dijo—. Muchísimas gracias. Bess me gusta mucho.

—¿De veras? —preguntó Robert, sorprendido—. ¡Qué extraño! A mí también. Es muy cariñosa. Ayer cojeaba y estuve muy preocupado.

Contó a Kathleen la historia de Bess y Capitán. Ella escuchó con atención. Ciertamente sabía mucho de caballos, pero no alardeó, sino que escuchó humildemente, contenta de que alguien le hablara de modo afectuoso y amistoso. Evitó que la boca se le torciera hacia abajo, se mostró agradable y se rió de los chistes de Robert.

Había temido la hora del desayuno. Elizabeth, Jenny, Joan y Nora sabían sus míseros y desdichados secretos. Pero no resultó difícil. Kathleen se sintió plena de generosidad hacia las cuatro niñas. Eso la hizo humilde y feliz en vez de avergonzada. El desayuno resultó muy agradable. La mayoría se sorprendió al ver a Elizabeth y Robert tan amigos.

—Eres una chica rara, Elizabeth —dijo Kenneth—. Un día te creas enemigos y el otro amigos.

—El curso pasado Elizabeth fue mi enemiga más declarada —contó Harry entre risas—. Le prendí un letrero en la espalda que decía: «Soy la, valiente salvaje. ¡Ladro! ¡Muerdo! ¡Cuidado!» Vaya furia que eras, Elizabeth.

—Lo era, pero ahora me parece un chiste divertido. Veamos el tablero de anuncios, Harry: han puesto un nuevo aviso.

El nuevo aviso resultó muy excitante.

«Elizabeth Allen ha sido seleccionada para el partido contra el colegio Uphill», leyeron.

Elizabeth lo leyó con las mejillas prendidas de fuego.

—¡Vaya! —gritó—. ¿De veras he sido seleccionada? La última vez fue Robert el seleccionado y yo quería ocupar su puesto. Ahora me han escogido a mí. Estoy contentísima.

—Sí, y se trata de un partido fuera de casa —declaró Harry—. Tendrás distracción extra al ir en autocar al colegio Uphill. ¡Qué suerte la tuya!

—Oh, es maravilloso —gritó ella.

Corrió a dar la nueva a Joan y Jenny. Kathleen estaba con ellas y las cuatro discutieron durante

unos instantes sobre el partido.

—Si pudiéramos contemplar cómo marcas un gol —dijo Joan pasando un brazo por el de su amiga—. Espero que no llueva esta vez.

—¡Oh, no puede ocurrir tal desgracia! —gritó Elizabeth—, Joan, Kathleen, practica conmigo la recogida de la pelota antes de la comida.

Kathleen se alegró. Pocos niños le pedían algo. Era realmente agradable ser necesaria.

—Ciertamente posees una sonrisa encantadora —dijo Joan, mirándola—. Vamos, que ya suena el timbre. Deprisa. Esta mañana llegué medio segundo tarde y la señorita Ranger casi enloquece de furor.

Kathleen canturreó una tonadilla mientras corría en busca de sus libros. Qué buenas eran todas las niñas. Y qué fácil sonreír cuando se es feliz. Kathleen había sonreído una o dos veces ante el espejo aquella mañana y, ciertamente, vio sorprendida el cambio de su pálido rostro.

Entonces se dijo suavemente:

«Nada más de dulces. Nada más de golosinas. Basta de tonterías. Sonríe y sé agradable, ¡caramba!»

Y el rostro del espejo le devolvió una sonrisa de satisfacción.

¿Quién se hubiera imaginado una sonrisa capaz de hacer tanto en una persona?

Cuando aquella mañana se acabaron las clases, Elizabeth se fue con Kathleen y Joan en busca de los palos de lacrosse para practicar el disparo a gol. Encontraron a Robert en el pasillo.

—Caracoles, vaya huracanes —gritó el muchacho—. ¿Por qué tanta prisa?

—Vamos a que Elizabeth practique la recogida de pelotas —habló Joan—. ¿No sabes que ha sido elegida para jugar el partido contra el colegio Uphill el sábado?

—No, no lo sabía —el rostro del muchacho se mostró sombrío un momento, amargamente desilusionado.

Había esperado un cambio, pues al fin y al cabo le seleccionaron antes y Elizabeth había tomado su lugar. Ciertamente que el partido no se celebró a causa de la lluvia, pero esta vez la seleccionaban a ella.

—Bueno, no quiero ser mezquino —pensó—. «Tendré oportunidad de jugar otros partidos, supongo, eso espero».

Gritó a Elizabeth:

—¡Bien por ti, Elizabeth! Ojalá consigas marcar un gol.

Robert se fue. Elizabeth se volvió a Joan.

—Es simpático, ¿no te parece?

—¿Le viste la cara al oír que habías sido seleccionada tú?

—No.

—Se mostró muy decepcionado. Eso es todo —Joan cogió su palo de lacrosse—. Él confiaba



en que esta vez tendría su oportunidad, puesto que le castigaron en la Junta.

—¡Oh! —exclamó Elizabeth.

Ella cogió también su raqueta y las tres niñas salieron al campo de juego. Kathleen metió un gol.

Elizabeth no disfrutó mucho. Pensaba en Robert. Le había eliminado el sábado anterior, si bien tampoco lo jugó ella debido a la lluvia. Elizabeth alcanzó la pelota y la lanzó a Joan.

«Pero yo hubiera jugado de no ser por la lluvia y, con la del próximo sábado, serían dos veces. En cambio, Robert, ninguna vez, aunque le hubiesen seleccionado la semana pasada. Empiezo a sentirme incómoda. Preguntaré a Nora qué piensa ella».

Después de comer, se reunió con Nora. Los monitores estaban siempre dispuestos a escuchar los problemas de cualquiera y los niños acudían a ellos confiados.

—Nora, ¿considerarías justo que Robert jugase el partido del próximo sábado en mi lugar? —preguntó Elizabeth—. La otra vez le prohibieron jugar por mi culpa. Bueno, sé que está decepcionado. ¿Y si le pido a Eileen que le deje jugar en mi lugar?

—Sí, Elizabeth. Me parece justo. Eso dice mucho en tu favor. Celebro tu decisión. —Iré a decírselo a Eileen.

Elizabeth salió corriendo antes de cambiar de idea. Resultaba muy decepcionante para ella, pero sería una agradable sorpresa para Robert.

## *Una semana pacífica*

Eileen estaba en el gimnasio y, en aquel momento, la chica hacía una serie de ejercicios, pero se detuvo cuando vio a Elizabeth.

—¿Qué quieres, Elizabeth? —preguntó.

—Eileen, ¿podría Robert jugar en mi lugar el próximo partido? Verás, he descubierto que es inocente de todo cuanto se le acusó en la Junta y opino que sería justo se le diera la oportunidad de jugar en esta ocasión.

—Veré qué puede hacerse —dijo, y escribió algo en su libreta—. Desde luego, sería justo. Lamento que no puedas jugar, pero has hecho lo correcto.

Elizabeth no encontró a Robert para decírselo y, antes de conseguir verle, Eileen cambió el primer anuncio por otro.

«Robert Jones jugará el partido contra el colegio Uphill el sábado».

Robert lo vio al ir a comer. Miró atónito. Elizabeth había dicho que jugaba ella. Se quedó ante el tablero de anuncios con el ceño fruncido. Kenneth se le acercó.

—Hola, ¿has leído el aviso? No entiendo por qué lo han cambiado. Elizabeth jugaba el partido cuando lo leí antes del desayuno.

—Sí, eso es lo que yo creí —dijo Robert, aturdido—. ¿Por qué lo habrán cambiado? Bueno, resulta maravilloso para mí. Estaba muy desilusionado.

—Apuesto a que Elizabeth estará desilusionada también —dijo Kenneth.

Se fueron a comer. Robert no quiso decir nada a Elizabeth delante de los demás, y ella tampoco habló del anuncio.

Fue Nora quien se lo comentó a Robert.

—¿Sabes que juegas el partido?

—Sí, pero ¿por qué? ¿Qué hizo cambiar de opinión a Eileen?

—Elizabeth le pidió el cambio. Pensó que eso era lo justo. Yo estuve de acuerdo con ella.

Robert se sonrojó.

—Es muy amable por su parte, pero no puedo permitir que lo haga. Sé cuánto ansía jugar.

Fue al encuentro de Elizabeth, que plantaba bulbos en el jardín con John.

—Hola, Elizabeth —gritó Robert—. Eres una gran deportista y prefiero que juegues tú el sábado, si no te importa.

—No jugaré. Lo he decidido. Así compensaré el error que cometí. Me avergonzaría de mí misma si no lo hiciera.

—Pero a mí no me importa que no intentes compensar tu error.

—A mí, sí. Me tendré en mejor opinión. De veras.

—Gracias, Elizabeth. Me gustaría que vieras el partido.



—Espero que marques muchos goles. —Elizabeth siguió plantando.

El trabajo era duro y había mucho que cultivar.

—Hay tanto que hacer y tan poco tiempo para hacerlo —suspiró Elizabeth—. Me gustaría cabalgar más a menudo y me gustaría cultivar durante todo el día... y recibir más lecciones de música... y pasar más tiempo con los conejos... y jugar partidos. Pero también me gustaría ser como tú, John, que sólo tienes afición por una cosa, en vez de veinte.

—Yo diría que te diviertes mucho más que yo —afirmó gravemente John—. El señor Johns opina que yo debería aficionarme a algo más, aparte de la jardinería. De lo contrario, cree que llegará a aburrirme.

—Tú no te aburrirás nunca. Me gusta oírte hablar de jardinería.

—Contigo es distinto. Tú entiendes de eso. Pero ¿y de lo demás? ¿Se te ocurre alguna otra cosa que yo pueda hacer, Elizabeth?

—¿Y la equitación, no te gusta? Nunca te veo montar a caballo. Pide a Robert que te deje a Capitán alguna vez.

Y llegó el viernes. La reunión escolar debía celebrarse aquella tarde. Los niños entraron como de costumbre, no tan graves como la última vez, pues no esperaban asuntos serios. Pero las asambleas intrascendentes también eran motivo de gozo. Les gustaba regirse por ellos mismos, aprobar sus propias leyes y cuidar de que se cumplieran.

Kenneth entregó una libra esterlina que le había mandado uno de sus tíos y Peter contribuyó con cinco chelines. Luego se repartió el dinero semanal.

John Terry pidió el importe de los nuevos bulbos y se lo dieron. También pidió dinero para una azada de jardín, algo más pequeña que la que tenían.

—Peter quiere ayudar y la que tenemos es demasiado grande para él —dijo—. Siempre hemos carecido de una adecuada para los más jovencitos.

Richard pidió dinero para un disco sobre un tema de violín. Quería tocar esa misma pieza. El señor Lewis le había dicho que así escucharía cómo lo interpretaba un gran maestro y que eso le ayudaría mucho. William concedió la ayuda.

En realidad, Richard era motivo de orgullo para todo el colegio, pues tocaba muy bien el piano y el violín.

—¿Quejas o reclamaciones? —preguntó William.

Leonard se puso en pie.

—Es una queja algo tonta —explicó—. Fred ronca de noche... y yo debo madrugar para ordeñar las vacas. Si me paso parte de la noche sin dormir debido a los ronquidos. Luego estoy de mal humor. Hemos hablado de eso, pero le resulta imposible evitarlo. ¿Qué podemos hacer?

Fred se puso en pie.

—Es que sufro un fuerte resfriado. Cuando me haya curado del todo, esas molestias desaparecerán. En todo caso, dormiré en la enfermería hasta que la matrona diga que ya no ronco.

—Podría ser una solución aceptable —concedió William, sonriente—. Es la queja más curiosa que jamás hayamos oído. Sin embargo, Leonard debe dormir si queremos tomar la leche en nuestro desayuno.

Todos se rieron. William golpeó enérgicamente con su martillo.

—Bien —continuó—. Elizabeth tiene alguna cosa que decir.

La niña obedeció sonrojadísima. Había pensado mucho lo que diría y lo dijo sin tartamudear ni detenerse.

—La semana pasada acusé a Robert de gastarnos bromas pesadas a Jenny y a mí. Todos me creísteis y Robert fue privado de jugar el partido. Bien, pues me equivoqué. No fue Robert. Fue otra persona.

—¿Quién? Dilo ahora mismo —gritaron docenas de voces indignadas.

William golpeó la mesa y todos se callaron.

—Un momento, Elizabeth. Contestaré yo. Este jurado ha decidido no daros de momento el nombre de quién gastó las bromas. Sabéis que ciertos asuntos, a veces, es mejor no sacarlos a la luz. Sin duda, aceptaréis satisfechos que así sea, en bien del prestigio del colegio.

—Naturalmente —gritaron de nuevo.



Kathleen, sentada entre los de su curso, temblándole las rodillas, no podría evitar que todo el colegio supiese algún día su horrible culpa. Miró al suelo y deseó que se abriese un agujero de modo que pudiese desaparecer en él. Jenny y Joan, sentadas a su lado, la miraron consoladoras.

Elizabeth seguía en pie. Aún no había terminado de hablar. Aguardó en silencio y luego

continuó:

—No tengo mucho más que decir, excepto que siento muchísimo lo que dije y que, en el futuro, tendré cuidado antes de acusar a nadie. Robert ha sido muy comprensivo.

Se sentó. William estaba a punto de golpear con el mazo para anunciar que la asamblea había terminado cuando Robert se alzó. Su aspecto era alegre y brillante, un chico diferente al de la última Junta.

—¿Puedo decir algo, William? —solicitó—. Elizabeth renunció a jugar el partido del sábado para compensarme de cuanto había dicho de mí. Lo considero un gran acto de honradez y quiero que todo el colegio lo sepa.

—¡Bien por Elizabeth! —gritó alguien.

Se dio por finalizada la asamblea y los niños se dedicaron a sus aficiones favoritas durante la media hora que quedaba hasta la cena.

Joan se sentó a escribir a su madre. Jenny puso el tocadiscos y bailó sola para divertir a los otros. Elizabeth se fue a practicar a una de las salas de música. Robert comenzó la lectura de un libro de caballos. Kathleen cogió su costura. Se había gastado todo el dinero en dos cajas de pañuelos para bordar. Una sería para Jenny y la otra para Elizabeth. Rita le había dicho que un mal acto podía compensarse haciendo algo agradable. Ella lo haría.

«Aprendes muchas cosas en Whyteleafe», pensó la niña.

## *El gran partido de lacrosse*

Llegó el sábado, maravilloso, brillante y soleado. La escarcha de la noche hizo que la hierba brillase blanca. Robert estaba de suerte. Sin embargo, Elizabeth no podía evitar sentirse desilusionada.

«Bien —se dijo—. Es culpa tuya, Elizabeth Allen. De no haber sido tan tonta, hubieras jugado hoy».

Saludó a Robert cuando le vio.

—Celebro que haga buen tiempo, Robert.

Éste comprendió lo que ella sentía.

—Ojalá jugaras también —deseó el muchacho—. La próxima vez será tu turno.

El día se mantuvo agradable. Todo el equipo estaba nervioso. Nora explicó que el colegio Uphill nunca había sido vencido por Whyteleafe.

—Si pudiéramos derrotarles esta vez —suspiró—. Pero he oído decir que tienen un equipo magnífico. Según Eileen, aún no han sido derrotados esta temporada. Realmente son buenos. Si al menos consiguiéramos un gol.

—Nora, debemos conseguir algo más —gritó Peter, un chico fuerte y nervudo, maravilloso corredor—. Ha llegado el día de la victoria.

—Procuraremos que así sea —dijo Robert.

La mañana transcurrió lentamente. Llegó la hora de comer y el equipo apenas probó bocado debido a la excitación. Para Elizabeth no era un secreto semejante sensación. ¡Cuánto deseaba ir también!

El sol resplandecía a través de las ventanas. Sería una tarde magnífica. Elizabeth tragó saliva. Se necesita valor para renunciar a algo porque uno considera que es lo correcto.

Joan vio su semblante y le apretó la mano.

—Anímate.

Elizabeth trató de alegrarse y sonreír. De repente, sucedió algo en la mesa próxima. Los niños se levantaban. Hablaban. ¿Qué ocurría?

—¡Es Peter! No se siente bien —dijo Joan—. Creo que va a marearse. Ya me pareció que se hallaba algo indispuerto durante el desayuno.

Peter salió de la habitación ayudado por Harry. El señor Johns les seguía. El señor Warlow consultó su reloj con la esperanza de que el niño se recuperase pronto, pues el autocar iría a recogerles en veinte minutos.

—¿Qué le duele a Peter? —preguntó John al señor Warlow.

—El ama le está atendiendo en la enfermería.

—Caramba, entonces no podrá jugar el partido.

—No —dijo el señor Warlow—. Mala suerte para nuestro equipo. Peter es uno de los mejores.

Debemos elegir un sustituto.

La noticia se extendió por las mesas y todos lo sintieron por Peter. Realmente era un buen jugador. Uno de los niños gritó:

—¡Que juegue Elizabeth!

—No puede jugar —aclaró John—. Renunció en favor de Robert.

El señor Warlow consultó su libro de notas.

—Pensaba seleccionar algunos reservas para la próxima vez. Elizabeth merece una oportunidad. Que juegue.



El corazón de Elizabeth saltó de gozo. Apenas podía creerlo. Su rostro se sonrojó y sus ojos danzaron. Lo sentía por Peter. Pero él había jugado ya docenas de partidos y volvería a jugarlos.

—Bien por ti —gritaron sus amigas, todas contentas de ver su animado semblante. Todo el colegio sabía que Elizabeth había renunciado a jugar el partido y ahora les alegraba que recibiera inesperadamente su recompensa.

Joan le dio unas palmaditas en la espalda y Jenny le sonrió.

—Siempre te suceden cosas, ¿verdad Elizabeth? —dijo Jenny—, pero tú te merecías esta suerte.

—Elizabeth, eso es estupendo —gritó Robert desde el extremo de la mesa—. Jugaremos nuestro primer partido juntos. ¡Qué divertido!

Elizabeth no pudo ingerir nada más. Apartó el plato de pudding.

—Me marearía como Peter —se excusó.

—¡Cielos, no comas! —gritó Nora—. No sea que se nos maree otro jugador en el último momento.

Elizabeth se precipitó a cambiarse al gimnasio. Aún le quedó tiempo para ir a la enfermería y llevar un libro a Peter.

—Lo siento, Peter, amigo mío. Espero que te recuperes pronto. Vendré a verte y te contaré el partido cuando haya terminado.

—Ánimo, Elizabeth —alentó Peter, con el semblante aún verdoso—. Marca unos cuantos goles. Buena suerte.

Elizabeth salió disparada con el corazón lleno de alegría. Era demasiado maravilloso. Todos se reían de su aspecto feliz y todos lo celebraban por ella. Encontró a Robert y le cogió del brazo.

—Siéntate junto a mí en el autocar. Somos los únicos que nunca hemos jugado un partido de competición. ¡Oh, Robert!, soy tremendamente feliz, pero me siento algo nerviosa.

—¿Tú, nerviosa? —se rió Robert—. No puedo creerlo. Una persona tan fiera como tú, no puede estar nerviosa.

Pero Elizabeth lo estaba y también ansiosa de rendir al máximo por su curso y por Whyteleaf. ¿Y si jugase mal? ¿Y si no cogiera la pelota o se le cayera? ¡Sería terrible!

«Ninguno espera que yo juegue mal —se dijo—. Quizá sea porque si alguien nos disgusta, vemos su lado malo, y si nos gusta, contemplamos sólo su mejor lado. Bien, procuraré gustarles desde el primer momento y así me verán con buenos ojos».

El autocar llegó a la escuela Uphill, situada en lo alto de una enhiesta colina. Era un colegio mucho mayor que Whyteleaf y con muchos más niños en su equipo de lacrosse.

Los equipos se alinearon en sus puestos. Sonó el silbato del arbitro y comenzó el partido. El Uphill era fuerte, pero en el Whyteleaf había corredores muy buenos. Todos echaron de menos a Peter, el más veloz. Por fortuna, Robert y Elizabeth parecían tener alas en los pies aquella tarde. Nunca habían corrido tanto.

El nerviosismo de Elizabeth se esfumó con el toque del silbato de saque. Se olvidó por completo de sí misma y se concentró únicamente en el partido.

Ella y Robert se lanzaban a menudo la pelota una a otro. Ambos habían practicado la recogida durante varias semanas y eran buenos. A ninguno de los dos se le cayó la pelota una sola vez. Se la pasaban limpiamente.

—¡Bien, Robert! ¡Bien, Elizabeth! —gritaba el señor Warlow—. ¡Seguid así! ¡Dispara, Elizabeth!

Elizabeth vio la portería y disparó con toda su potencia. Iba directa a gol, pero el portero despejó bien la pelota.

—Buen tiro, Elizabeth —dijo el señor Warlow.

Los del Uphill se hicieron con la pelota y corrieron veloces hacia la meta contraria, pasándosela graciosamente de unos a otros. El capitán disparó con fuerza. La pelota fue recta a la portería. Eileen hizo cuanto pudo por pararla.

—¡Gol para el Uphill! —gritó el árbitro.

El partido se reanudó. Robert y Elizabeth se prometieron no dejar que el Uphill consiguiera marcar de nuevo si podían evitarlo.

Elizabeth se hizo con la bola en la red de su palo de lacrosse y corrió velozmente. Estaba a punto de pasársela a Robert cuando otro jugador se dirigió en línea recta hacia ella y la derribó. Se alzó en un instante, pero la pelota había sido recogida por el jugador del Uphill. Éste la pasó a otro.

—¡Dispara! —dijo una niña del Uphill.

La pelota entró antes de que Eileen pudiera intentar despejarla.

—¡Dos goles para el Uphill! —chilló el árbitro.

Durante el descanso, los niños chuparon limones partidos por la mitad.

—Ahora le toca el saque a Whyteleafe —dijo el señor Warlow, que había salido al campo a animar a su equipo—. Robert, mantente cerca de Elizabeth y tú pasa más deprisa a Robert cuando seas marcada. Vosotros dos corréis hoy como el viento. Disparad siempre que haya oportunidad. Nora, pasa la pelota a Elizabeth siempre que puedas. Quizás ella sea lo bastante rápida para superar a la niña del Uphill que la marca.

Los niños escucharon atentos. El equipo de Whyteleafe se sentía descorazonado. ¡Dos goles a cero!

Sonó el silbato. El partido comenzó de nuevo. Nora consiguió la pelota y la pasó a Elizabeth, recordando lo dicho por el señor Warlow. Robert se mantuvo cerca y la recogió cuando ella se la pasó. Se la devolvió y Elizabeth salió disparada hacia la meta.

Lanzó con todas sus fuerzas. El portero interpuso su pala de lacrosse, pero la pelota rebotó y entró a gol.

—¡Gol para Whyteleafe! —gritó el árbitro.

Elizabeth, excitadísima, no podía estarse quieta y danzaba cuando no tenía la bola. Nora consiguió recogerla y la pasó a Robert, que se la devolvió. Nora corrió ligera y disparó. La pelota entró rauda. ¡Demasiado bueno para ser cierto!

—¡Dos goles para Whyteleafe! —dijo el árbitro.

Los niños de Uphill gritaron:

—¡Juega, Uphill! ¡Dispara, Uphill! ¡Adelante, Uphill!

Y el Uphill peleó con más nervio que nunca. Consiguieron la pelota, corrieron hacia la meta, dispararon... y Eileen salvó limpiamente la situación. ¡Qué suerte!

## *Final del partido*

—Tres minutos, Robert —jadeó Elizabeth—. Por favor, juguemos al máximo. ¡Oh, cómo deseo que el Uphill no marque otro gol!

La pelota voló de un jugador a otro. Elizabeth corrió a marcar a una jugadora del Uphill que era muy veloz. Chocaron los palos y la pelota saltó en el aire. Elizabeth intentó recogerla del suelo, pero la otra niña consiguió hacerse con ella y voló rauda. Luego la pasó a otra jugadora y, de uno a otro, llegó a la línea de gol.

Fue un disparo fortísimo, pero Eileen la cazó lanzándose arriesgadamente. Mientras caía logró lanzarla de un modo inverosímil a otro jugador del Whyteleaf, situado a la expectativa. Éste corrió por el campo a la velocidad del viento.

—¡Pasa la pelota, pásala! —chilló Elizabeth—. ¡Hay una chica detrás de ti! ¡Pásala!

El chico pasó al mismo tiempo que la del Uphill le golpeaba su raqueta. La pelota voló directamente a Elizabeth, que se alejó perseguida por la veloz contraria.

Al fin pasó a Robert. Otra jugadora del Uphill voló rauda hacia él, que se la devolvió a Elizabeth. Ésta corrió hacia la meta. ¿Podía disparar desde donde estaba? ¡En tal caso, ganaría el partido para el Whyteleaf!

Pero Robert estaba más cerca de la meta. Debía pasársela. Elizabeth lanzó la pelota a Robert.

Éste la recogió y lanzó a meta. La niña que defendía el portal hizo cuanto pudo por salvar el gol, pero la bola pasó junto a su palo y se estrelló en la escuadra de la red. ¡Gol para el Whyteleaf!

Y sonó el silbato. El partido había finalizado.

—¡Tres goles para el Whyteleaf! —gritó el árbitro—. ¡Tres a dos! ¡Ha ganado Whyteleaf!

Los de Uphill aclamaron deportivamente. Había sido un excelente partido y todos habían jugado bien.

—Otro segundo y el silbato hubiera señalado el final del encuentro —jadeó Elizabeth—. ¡Oh, Robert! Estuviste maravilloso al marcar el gol de la victoria con el tiempo tan justo.

—Bueno, yo no lo hubiese conseguido si no me la hubieses pasado exactamente como lo hiciste —reconoció Robert, respirando con fuerza y apoyándose sobre su palo de lacrosse, sonrojado y sudoroso—. ¡Caramba, Elizabeth, hemos ganado! Nunca habíamos vencido al Uphill. Estoy muy contento de que tú también marcas un gol.

Los jugadores salieron del campo y entraron en las duchas. Fue una sensación muy agradable sentir el agua fresca. Todos estaban muy acalorados. Los dos capitanes se estrecharon las manos. La portera del Uphill felicitó a Eileen.

—Un partido magnifico —dijo—. Es el primero que perdemos esta temporada. ¡Bien por ti!

Elizabeth no había comido mucho, pero lo compensó a la hora del té. Había pan moreno, mantequilla, compota de moras, buñuelos con pasas de Corinto y un enorme pastel de chocolate. Todos comieron hambrientos y las enormes bandejas se vaciaron en un segundo.

—Estoy deseando regresar a Whyteleaf para comunicar las buenas noticias —dijo Robert a Elizabeth—. ¿A ti no te ocurre lo mismo? Celebro que al fin pudieras jugar. No sé explicar lo satisfecho que estoy de haber participado. Espero que juguemos juntos infinidad de partidos. Fue maravilloso que nos pasáramos la pelota tan bien el uno al otro.

—Marcaste el gol de la victoria —dijo Elizabeth rendida, pero feliz—. Me siento como si no pudiera levantarme del banco. Mis piernas no me aguantan.

Todos estaban cansados, pero sus lenguas no paraban. Parloteaban y reían y decían chistes mientras se disponían a regresar al autocar que les aguardaba. ¡Oh, qué fantástico que pudieran contar a todo colegio que habían salido victoriosos!

Todos subieron al autocar. Agitaron los brazos en señal de despedida a las vociferantes niñas del Uphill, y el coche se alejó rugiendo. Hundidos en los asientos, con los rostros aún sonrojados, todos sentían agotadas sus fuerzas.

Pero en cuanto llegaron al internado, se irguieron ansiosos de ver a sus compañeros en Whyteleaf.

Joan, Jenny y Kathleen aguardaban la llegada del coche desde hacía media hora. El ruido del motor las precipitó a la puerta principal. Docenas de niñas salieron tras ellas.

Era costumbre de Whyteleaf dar la bienvenida a los jugadores.

El equipo de lacrosse agitó sus manos y el coche llegó hasta el enorme portal de la escuela.

—¡Hemos ganado! ¡Hemos ganado! ¡Tres goles a dos!

—¡Hemos ganado el partido! ¡Ha sido fantástico!

—¡Al fin hemos derrotado a Uphill!

—¡Tres goles a dos! ¡Tres goles a dos!

Los que aguardaban vitorearon frenéticos cuando supieron la noticia. Rodearon el coche y ayudaron a bajar a sus compañeros, cuyas piernas estaban débiles.

—¡Qué bueno! ¡Qué fantásticamente bueno! —gritaron todos—. ¡Entrad y contadlo!

Se encaminaron al gimnasio. La señorita Belle, la señorita Best y el señor Johns acudieron a enterarse de las emociones experimentadas durante la tarde. El señor Warlow habló y explicó lo bien que habían jugado todos.

Luego John gritó:

—¿Quién ha marcado los goles?

—Elizabeth, Nora y Robert —dijo el señor Warlow—. Tres excelentes goles. El de Robert fue



el más emocionante, puesto que entró casi al finalizar el partido. Un segundo más y hubiera sido demasiado tarde.

—¡Tres hurras por Elizabeth, Nora y Robert! —gritó alguien y les palmearon en la espalda.

Elizabeth casi lloró de alegría. ¡Había marcado un gol en su primer partido! Demasiado bueno para ser verdad.

Nora había jugado muchos encuentros y marcado muchos goles. Ella sonreía sin decir nada. Robert, tan complacido y orgulloso como Elizabeth, no lo demostraba tan notoriamente.

Elizabeth le enlazó por el brazo.



—Estoy contenta de haber tenido la oportunidad de jugar juntos. Oh, Robert, qué contenta me siento después de haber conseguido un gol. Odié Whyteleaf cuando llegué, pero ahora lo adoro. Cuando pases aquí un curso o dos, lo adorarás también.

—Ya lo amo, Elizabeth. Y quiero hacer algo más que marcar goles.

Hubo una cena especial aquella noche para el equipo vencedor. Salchichas calientes aparecieron sobre la mesa, dos para cada uno. ¡Qué deliciosas eran! Y no sólo eso, hubo también galletas y chocolate. Llegaba la hora de acostarse, Elizabeth y Robert no podían comer más.

Kathleen se mostró tan contenta como todos. Su rostro resplandecía al traer una lata de dulces. Elizabeth la miró agradecida.

—¡Ya no eres la misma! Tus ojos son todo sonrisa y tu pelo reluce. Caminas como si desearas correr y te has desembarazado de muchos de tus horribles granos.

Kathleen sonrió. Se había prometido no comer un solo dulce. Había empezado a olvidarse de sí misma y participaba en las charlas y chistes de su clase. Mantenía alta la cabeza y sonreía. No obstante, cuando recordaba sus horribles jugarretas, su rostro se ensombrecía.

Recogió las libretas de lo alto del armario y les quitó el polvo. Con mejillas color escarlata las devolvió a Elizabeth, que las aceptó dándole las gracias.

Kathleen trabajó febrilmente en las dos cajas de pañuelos y las bordó primorosamente.

Acababa la última puntada cuando Jenny entró en la sala.

—Me hubiera gustado participar en el partido —dijo, dejándose caer en una silla—. ¿Qué no hubiera dado yo por comer salchichas? Hola, Kathleen. ¿Qué haces? Déjame ver.

Se inclinó sobre ella.

—¡Cielos! ¡Qué puntadas más diminutas! ¡Qué bien bordadas están estas rosas! Me gustaría saber coser así. Necesito una caja de pañuelos.

—Bueno, pues ésta es para ti —dijo Kathleen—. He bordado otra para Elizabeth también.

—Pero ¿por qué? —preguntó Jenny sorprendida.

—Para compensar un poco las cosas feas que hice. Aquí tienes, Jenny. Toma los tuyos y úsalos. Me siento feliz al ofrecértelos.

Jenny, ciertamente complacida, cogió la caja de pañuelos.

—¡Eres maravillosa! Muchísimas gracias. Ahí llega Elizabeth. ¡Hola! Ven a ver tu regalo de cumpleaños.

Las niñas examinaron entusiasmadas sus pañuelitos. Otras se reunieron alrededor de ellas. Kathleen se sintió orgullosa al oír sus observaciones.

«Es mucho más agradable hacer algo bueno para otros, que fastidiarlos —pensó—. Pero nunca seré lo suficientemente valerosa para explicar ante todo el pensionado que fui yo la autora de aquellas bromas de mal gusto. Soy más simpática y amable, pero aún soy igualmente cobarde».

## *Elizabeth otra vez en apuros*

El curso seguía felizmente. Robert ya no discutía con Elizabeth, ni Kathleen con todos sus compañeros.

Elizabeth trabajaba bien, dispuesta a ser la primera de la clase. Robert a veces era segundo y otras veces tercero, y ello complacía sobremanera a la señorita Ranger. Kathleen también trabajaba mucho mejor y había dejado de discutir tontamente.

Mademoiselle no le ocultaba su satisfacción.

—La niña de esta clase que ha mejorado más es Kathleen —anunció un día—. Y yo la tenía por una estúpida. ¡Cómo la reñía! Ahora sus trabajos en francés son adorables y aprende bien la pronunciación. No es como Robert, que nunca, nunca, lo hará bien.

Robert sonrió y Kathleen se sonrojó de placer. Nunca había sido alabada públicamente en clase y resultaba muy agradable. Empezaba a preguntarse si era tan estúpida como ella misma se consideraba.

«Mi memoria parece mejor —pensó—. Y ahora me gusta trabajar. Quizá nunca más sea la última de la clase. ¡Qué maravilloso! ¿No le gustaría a mamá que yo destacase en algo?»

Trabajó mucho en la clase de Mademoiselle, demostrando así el gran cambio operado en ella. Desde que la profesora de francés la riñera, siempre demostró su contrariedad y procuró vengarse no estudiando el idioma. Sin embargo, todo había cambiado. La niña se sentía más saludable, practicaba la equitación con sus compañeros e incluso se ofreció para ayudar a John, Elizabeth y Peter en el jardín.

—¡Caramba! —exclamó John—. Eres la última persona que yo hubiese imaginado ayudándonos. ¿Sabes algo de jardinería?

—Bueno, no mucho —respondió Kathleen.

Tres semanas atrás hubiera alardeado insincera de que la jardinería no tenía secretos para ella.

—¡Oh, John! —insistió—. Me gustaría ayudar. ¿No hay nada que yo pueda hacer?

—Traslada aquellos rastrojos con el carretón al montón de desperdicios. Luego ayuda con la pala a Peter.

El pequeño se había aficionado a la jardinería y John no le ocultaba su satisfacción. Peter le contó que Robert le llevaba de paseo a caballo y John quiso saber cosas de caballos.

—Un día de estos intentaré montar —dijo—. Nunca me ha interesado mucho desde que estoy en Whyteleafe. Me interesé por la jardinería y no he pensado en nada más. Quizá lo haga mañana.

Peter habló con Robert y convinieron una salida con Elizabeth, Kathleen y John.

Cuando galoparon por las colinas al pálido sol de invierno, John se entusiasmó.

—Volveré —afirmó John cuando saltó de su silla—. Ha sido fantástico. Kathleen, vaya mejillas más coloradas que se te han puesto. Estabas siempre tan pálida. Ayúdame en el jardín este fin de semana.

—Lo haré con mucho gusto —prometió ella muy entusiasmada.

Empezaba a comprender qué grato era tener amigos y ser amiga. Aquél que ayuda es recíprocamente ayudado y así empieza la amistad. Sin duda, lo mejor del mundo es tener buenos amigos.

«Rita y William no me engañaron —pensó Kathleen—. Envidié a Jenny por sus muchos amigos y llegué a crearme desgraciada porque no me sucedían cosas agradables. Sin embargo, ahora que intento ser simpática, también me suceden cosas agradables. Somos nosotros mismos quienes nos hacemos felices o desgraciados. Antes refunfuñaba por todo y estaba convencida de que sería desgraciada de por vida. Pero cambié de conducta y todo es diferente ahora. ¡Lástima que otros no sepan lo fácil que es sentirse feliz!»



El señor Lewis estaba complacidísimo con Elizabeth. Richard y ella tocaban nuevos dúos. Al muchacho le gustaba tocar con aquella niña de dedos ágiles. Ella le miraba como si fuese algo fantástico.

—¿Volveremos a interpretar nuestros dúos ante el colegio? —preguntó Elizabeth—. Lo deseo mucho, señor Lewis. ¿Somos lo bastante buenos?

—Por supuesto que sí —confirmó el profesor—. Richard toca el violín muy bien. ¿Has oído la pieza que solicitó, Elizabeth?

—No, pero me gustaría. Por favor, tócala para mí, Richard.

Richard fue a por su violín y el soñador muchacho tocó una pieza maravillosa a su maestro y a Elizabeth. Ambos escucharon hechizados.

—Oh, es maravilloso —suspiró Elizabeth—. Me gustaría hacerlo como tú. ¿Me enseñará a

tocar el violín, señor Lewis?

—Mi querida niña, tienes los días demasiado llenos —rió el profesor de música—. De momento practica el piano.

—Pero Richard toca el piano y el violín.

—Richard se ha entregado a la música y para él no existen diversiones de otra naturaleza. Nadie ha conseguido hacerle tirar de una mala hierba en el jardín, montar a caballo o poseer un inofensivo ratón blanco. Sólo piensa en la música.

—Yo conseguiré que piense en algo más —prometió ella—. Ven a jugar conmigo al lacrosse mañana, Richard. Así sabrás lo maravilloso que resulta saberse bueno en un partido de competición.

Richard no aceptó. A veces practicaba algún deporte, pero cualquier niño de párvulos lo habría hecho igual o mejor que él.

—Richard será famoso como músico y compositor —decía Elizabeth a Joan y Jenny—. Entonces me sentiré orgullosa de haber tocado en su compañía.

También se celebraba una función de teatro escolar, pero la obra había de ser escrita por el curso de Elizabeth. Jenny y Kathleen, aceptada su valía, fueron las encargadas de escribir la trama.

«Me emociona ver a Jenny y a Kathleen unidas en un mismo esfuerzo, como lo estuvimos Robert y yo —pensó Elizabeth—. No sé por qué discutimos a veces. Nunca más lo haré».

Pero su propósito se malogró al siguiente día. ¡Se peleó con John!

Habían hecho un enorme montón de desperdicios y John decidió prenderle fuego en cuanto dispusiera de un par de horas libres. Elizabeth se dirigió al jardín y no halló a su amigo y compañero.

«¡Qué fastidio! —pensó—. Con lo que he esperado el momento de ver arder el montón. Si John no viene dentro de poco, lo encenderé yo misma. No creo que se enfade».

Ella sabía muy bien que John se enfadaría. Le confiaba muchos trabajos, pero nunca le había confiado uno de tanto riesgo.

La niña encendió una cerilla y la acercó a un papel colocado en el centro del montón. En segundos, todo ardió con furia. ¡Qué llamaradas! El humo azul se alzó sobre el cobertizo cercano.

Elizabeth danzaba feliz. ¡Vaya espectáculo! Qué tonto era John al retrasarse. De repente, las llamas fueron empujadas por el viento hacia el cobertizo.

«¡Cielos! Espero que no se incendie —se dijo alarmada—. ¡Oh, pobre de mí! Me temo que va a suceder.»

—¡John! ¡John! ¡Deprisa! ¿Dónde estás?

John se acercaba por el sendero en aquel momento. Vio las llamas en el fondo del jardín y se apresuró. Al contemplar las rojas lenguas que lamían el cobertizo de madera, se asustó.

—¡Elizabeth! ¡Trae la manguera! —gritó.



Juntos la desenrollaron y la ajustaron al grifo del jardín. John abrió el paso del agua, que salió de la manguera enfocada hacia el fuego. En pocos minutos el fuego quedó reducido a denso humo. John apartó la manguera y cerró la espita.

—¿Por qué demonios has encendido el fuego? —la gritó enojado—. ¡Qué idiota eres! ¿Ignoras acaso que soy yo quien manda en el jardín? Hubieras podido incendiar el cobertizo.

—¡No me hables así! —exclamó enojada Elizabeth—. Dijiste que lo prenderías. Hubiese sucedido todo exactamente igual.

—Yo no soy tan tonto como para encenderlo cuando el viento sopla hacia el cobertizo. Tengo algo de sentido común. No pensaba prenderlo hoy. Has estropeado un fuego magnífico que nos hubiera proporcionado una estampa de gran belleza. ¡Eres un estorbo en el jardín!

—¡Oh! —exclamó Elizabeth con lágrimas en los ojos—. ¡Eres odioso! ¡Me dices eso después de lo mucho que he trabajado para embellecer el jardín y la ayuda que te he prestado!

—¡No hiciste nada por mí! —replicó John—. En todo caso, lo hiciste porque te gusta el jardín y por el colegio. ¡Vete, Elizabeth! No tengo ganas de hablar contigo. —Bien, nunca más vendré a ayudarte. Se alejó encolerizada.

Media hora más tarde, una voz secreta se alzó en su mente. «Prometiste no discutir ni enfadarte y acabas de hacerlo. John se enojó con muchísima razón. Has estado a punto de incendiar el cobertizo con todas las preciosas herramientas. Y has estropeado un bonito fuego». Lo mismo le sucedía a John.

«Elizabeth no lo hizo ex profeso. Fue tonta, pero no mala. Se halla tan afectada como tú mismo. Y sabes muy bien cuánto necesitas de su ayuda en el jardín. Supón que no viene más. Eso no sería nada agradable. Iré a su encuentro». Ella tomó la misma decisión. «Iré al encuentro de John».

Y se encontraron al girar un recodo del jardín. Avergonzados, se tendieron las manos.

—Lamento haber sido grosero contigo —dijo John.

—Y yo siento haberlo sido también. Precisamente me había propuesto no discutir con nadie.

—Lo harás a menudo, Elizabeth —afirmó John con una sonrisa—. Pero no importa si el rencor desaparece tan deprisa. Ven a cavar un poco. Ambos lo necesitamos.

Se fueron juntos, convertidos en los mejores amigos del mundo. Hacía falta algo más que una discusión para que una amistad verdadera se rompiera.

## *Sorpresa para Joan*

Ya habían transcurrido dos meses del curso y se habían celebrado siete Juntas escolares: La octava sería aquel próximo sábado.

Tendrían que elegir un nuevo monitor. Uno de los antiguos se hallaba en la enfermería aquejado de gripe.

—¿Cómo se eligen los monitores? —preguntó Robert—. No se ha elegido a ninguno desde principio de curso. Creí que los monitores se elegían por un mes.

—Los actuales son tan buenos que no es preciso cambiarlos —explicó John—. Podemos cambiarlos cada mes si así lo deseamos, pero no hay motivo para ello si estamos satisfechos. Creo que todos nuestros monitores son excelentes.

—Yo también lo creo —intervino Elizabeth—. Al principio supuse que sería temblé el cargo de monitor, pues a ellos corresponde hacer que se cumplan las reglas. He cambiado de opinión. También es agradable que confíen en uno y reclamen tu ayuda y consejo.

—Desde luego, las personas más adecuadas son aquellas capaces de ayudar a cualquiera que esté en apuros —dijo Jenny—. Whyteleafe tiene una gran experiencia al respecto. Yo también quisiera llegar a ser monitora.

—Nadie ha contestado a mi pregunta —insistió Robert.

—¿Qué preguntaste? —quiso saber Elizabeth.

—Cómo se eligen los monitores. ¿Los elegimos nosotros, el jurado, los jueces, quién?

—Todo el colegio —respondió John—. Cada uno escribe el nombre de alguien y luego los papeles se entregan al jurado.

—¿Y qué más? —preguntó Robert.

—El jurado comprueba quién ha obtenido más votos —siguió John—. Seleccionan a los tres primeros. Luego, William y Rita deciden qué niño será el siguiente monitor.

—Comprendo —dijo Robert—. De ese modo, todos participamos. De Whyteleafe me encanta nuestro derecho a opinar.

—No sé por quién votar —afirmó Jenny—. Tendré que pensarlo bien.

—Yo también —afirmó Joan pensativa—. Es un honor ser elegido. Y el agraciado ha de merecerlo.

—¿Puedo hablar contigo esta tarde durante el paseo de ciencias naturales? —preguntó Kathleen—. Elizabeth no vendrá, tiene práctica extra de música con Richard.

—Sí, claro —aceptó Joan—. Pero no te retrases. Hoy dirijo yo el paseo y deberás llegar a tiempo si quieres salir conmigo.

Kathleen fue puntual y partieron juntas seguidas del resto de niñas interesadas en el trabajo de la naturaleza. Tenían que anotar cuál era último insecto que se alimentaba con el néctar de las flores.

El pálido sol de invierno resplandecía y el cielo era de un desmayado azul. Los árboles estaban todos desnudos, excepto los abetos y pinos y la escarcha aún brillaba.

Kathleen canturreaba una cancioncilla, mirando los capullos. Joan la observó.

—Es extraño cómo cambia la gente —dijo—. En el último curso vi a Elizabeth transformarse de niña horrible y traviesa, en amable y buena. Yo misma dejé de ser solitaria y tímida. Incluso Robert ha cambiado. Tú también te transformas ante mis propios ojos.

—Es cierto —afirmó Kathleen—. Sin embargo, no he cambiado en todo. ¡Aún soy cobarde!

—No te comprendo —contestó Joan, sorprendida—. ¿Te asustan las vacas o algo parecido?

—Claro que no. Pero me asusta lo que piensa la gente. Eso es mucho peor que temer a las vacas. Nadie más que tú, Jenny, Nora y Elizabeth sabe que fui yo quien realizó aquellas pesadas bromas, además de Rita y William. Y no dudo que tú, Jenny o Elizabeth, hubierais sido lo suficiente valerosas para enfrentaros a todo el colegio y declararlo.

—Eso es cierto. ¿Por qué no hacerlo? Toda la escuela hubiese pensado bien de ti al declararte culpable. Pero si corre el rumor de que las hiciste y no lo dices, entonces sí que pensarán mal de ti. Es sólo cuestión de decidirse. Todos tenemos el suficiente valor, sólo que no siempre lo usamos.

—¿Lo tenemos de veras? —preguntó Kathleen—. Quiero decir si lo tendría yo si me lo propusiera. ¿De verdad no soy cobarde?



—¡Tú eres idiota! —exclamó Joan, cogiendo a Kathleen por un brazo—. Te lo digo en serio. Nadie es cobarde. Todos poseemos valor cuando nos decidimos. Inténtalo en la próxima Junta y comprenderás lo que quiero decirte.

Guardaron silencio mientras escribían los nombres de los insectos que volaban sobre las

flores. Kathleen meditaba las palabras de Joan. Eran demasiado maravillosas para ser verdad. Si la gente tuviera valor de profundizar en de sí misma, nadie sería cobarde. Les bastaría aferrarse a su valor y usarlo.

«Veré si puedo utilizar el mío en la próxima Junta —pensó Kathleen, aun cuando su corazón se hundió ante la idea—. No me gusta ver a los demás diciendo cosas, sin que yo me atreva a abrir la boca».

En la siguiente asamblea, Kathleen se sentó con piernas temblorosas, intentando encontrar suficiente valor.

Tras recoger el dinero, se repartió lo acostumbrado y las ayudas solicitadas. Al fin llegó el turno de las quejas.

Antes de elegir monitor, William dijo unas palabras.

—Creo que al colegio le interesará saber que Fred ha regresado a su dormitorio y que ya no ronca.

Todos rieron y hubo algunas aclamaciones. Fred también rió.

William golpeó sobre la mesa.

—También quiero informar de que todo el colegio ha observado y aprobado cómo Robert se ha comportado en las últimas semanas. Rita y yo tenemos excelentes informes de los monitores. El encargado del establo dice que no podría prescindir de él.

Robert se sonrojó de placer.

Entonces Kathleen halló su valor y se puso en pie.

Sus rodillas ya no temblaban. Su voz fue firme. Miró directamente al jurado y a los jueces.



—Quiero confesar lo que debí decir antes —empezó—. Yo fui quien hizo todas las cosas que se achacaron a Robert. Tuve miedo de confesarme culpable antes.

El silencio cayó cual losa sobre los atónitos oyentes. Quienes no lo sabían, se sorprendieron

tanto como los concedores del drama interno de la niña, éstos se preguntaban: «¿Qué la habrá decidido tan de repente?»

Rita se dirigió a Kathleen:

—¿Qué te ha empujado a hablar? —preguntó.

—Una conversación que mantuve con Joan —explicó Kathleen—. Me dijo que nadie es cobarde si se lo propone. Que todos poseemos valor, si sabemos buscarlo dentro de nosotros mismos, y yo he sabido encontrar el mío esta tarde. Joan tenía razón. Ya no tengo miedo.

—Gracias, Kathleen —dijo Rita.

Kathleen se sentó. Su corazón se había aligerado de una pesada carga. Había hallado su valor y nunca más lo perdería.

—No hablemos más de lo que Kathleen nos ha confesado —siguió Rita—. Todos celebramos que al fin lo haya declarado. William y yo lo sabíamos y esperábamos, naturalmente, que un día lo dijese. Ahora lo ha hecho y nos sentimos complacidos.

—Creo que ha llegado el momento de elegir monitor —intervino William—. Eileen, reparte hojitas de papel, por favor.

Las tiras de papel fueron repartidas. Todos escribieron el nombre del niño o la niña que consideraban adecuado como monitor. Se recogieron los papelitos, el jurado los desdobló y eligió los tres nombres que contaban con más votos y votó a su vez.

Los papeles pasaron a los jueces que los leyeron. Se hablaron entre sí, mientras todos esperaban ansiosos el resultado de la elección.

William golpeó la mesa con un mazo y todos guardaron absoluto silencio.

—No hay duda en cuanto a quién deseáis como nuevo monitor. El nombre aparece en casi todos los votos. Es una niña. ¡Joan Townsend!

Siguieron aclamaciones y aplausos, y Joan se puso tan roja como la remolacha. Nunca hubiera creído que el colegio la eligiese. Pero todos habían oído con interés lo que Kathleen había dicho sobre el sabio consejo de Joan y recompensaban su sabiduría. Ella sería la nueva monitora.

—Hemos recibido informes tuyos de todos los monitores —dijo Rita—. Sabemos que se puede confiar en ti, que eres amable y sabia para tu edad y que harás cuanto puedas por todo el colegio. Por favor, levántate y ven a la mesa de los monitores, Joan. Estamos complacidos de darte la bienvenida a nuestro jurado.

Joan subió al estrado contenta y feliz. Elizabeth aplaudió locamente. Se sentía orgullosa de su amiga.

«¡Joan lo merece! —pensó—. De veras que sí. Ojalá yo también lo consiguiera. Pero nunca lo seré».

## Una aventura horrible

Llegó diciembre. La escuela estaba muy atareada preparando juegos y canciones de todo tipo. El tiempo era desagradable, incluso para la práctica de deportes al aire libre.

—Incluso es malo para la jardinería —se lamentaba John, mirando por la ventana—. La tierra se ha transformado en barro y no puedo cavar.

—De todos modos, te empaparías —le consoló Joan—. Es una buena ocasión para interesarte por otras cosas. Sin embargo, sospecho que sólo piensas en los libros de jardinería.

Joan, feliz de ser monitora, se tomó muy en serio su nuevo cargo y cumplía bien con sus deberes, tales como hacer que se respetasen las normas del colegio, aconsejar a los niños que buscaban su ayuda y extremar su inteligencia y amabilidad, si bien esto no era difícil para ella, de naturaleza sensible y amable.

Elizabeth se mostraba contenta de que Joan fuese monitora. Los celos no la atormentaban, pese a que ansiaba llegar a ser también monitora algún día. Joan era más veterana que ella en Whyteleafe. Así pues, debía aguardar turno y ser paciente. Pero la paciencia no era su fuerte.

Dedicó toda su fiereza a practicar la música en unión de Richard, ansiosa de lucirse al máximo en el concierto. El señor Lewis la animaba.

—Elizabeth, trabajas mucho. Tocas muy bien.

Eso la complacía. Demostraría a todos lo bien que sabía tocar. Sus padres se sorprenderían al verla tocando dúos difíciles con un chico mayor que ella.

—La vanidad se ha apoderado de ti, Elizabeth —dijo Richard una tarde.

Éste nunca pensaba dos veces lo que decía y sabía ser dañino.

—Es una lástima —añadió—. Me gusta como tocas, pero no te vuelvas vanidosa.



—No seas mentecato, Richard. ¿Te acuso yo de ser vanidoso?

—Es que no lo soy. Acepto que mi facilidad para la música es un don natural, ajeno a mi voluntad y esfuerzo. Lo agradezco y lo aprovecho con todas mis fuerzas, pero no me siento vanidoso y nunca lo haré.

Elizabeth se molestó, aún más si cabe, ya que todo lo dicho por Richard era cierto. Sí, se envanecía.

«¿Y por qué no voy a sentirme orgullosa? —se preguntó—. No poseo el don fantástico de Richard, pero lo hago bien porque me esfuerzo y trabajo duro. Eso me da derecho a sentirme orgullosa».

Así afirmó su propósito de demostrar a todo el colegio lo excelente pianista que era.

Elizabeth, Robert, John y Kathleen acordaron cabalgar una tarde antes de los partidos. Peter suplicó a Robert que le dejara ir también.

—No, tú no puedes, Peter —dijo Robert—. El caballo que sueles montar cojea y no quiero que montes otro. Sólo queda uno que es muy nervioso. Espera a que el tuyo se recupere.

—Por favor, déjame montarlo —suplicó Peter—. Sabes que soy un buen jinete.

—Déjale que venga, Robert —intervino Elizabeth—. Que monte a Tinker.

—Tinker está algo raro hoy —insistió Robert—. Bueno, comprobaré cómo sigue a las dos, Peter.

Robert no acudió a los establos a la hora prevista. Elizabeth ensilló los caballos.

—Qué lata —exclamó Elizabeth—. Son las dos y diez. ¿Dónde habrá ido Robert? Perdemos un tiempo precioso.

Peter corrió en busca de Robert, pero regresó sin haber dado con él.

—Bueno, si queremos cabalgar, será mejor que salgamos ya —decidió Elizabeth.

Llamó al encargado del establo.

—Oiga, Tucker, ¿puedo ensillar a Tinker? ¿Está bien?

—Está alborotado por algo.

Elizabeth se acercó a Tinker. El caballo estiró el cuello y ella le acarició el hocico.

—Parece tranquilo ahora. Te lo ensillaré, Peter. Estoy segura de que Robert lo aprobaría.

Lo ensilló rápidamente. Peter saltó a su lomo y los cuatro niños salieron al camino. Apresuraron la marcha y el pelo de las niñas voló alborotado por el viento.

—No tendremos tiempo de ir muy lejos —gritó Elizabeth—. Sólo nos quedan veinte minutos. Llegaremos hasta Windy Hill y volveremos.

Torcieron hacia el camino que conducía a la colina y entonces sucedió.

Al doblar un recodo, vieron una apisonadora que se acercaba arreglando el camino. Tinker se encabritó y Peter se agarró con todas sus fuerzas.

Elizabeth se puso a su altura y alargó el brazo para sujetar las riendas, pero el caballo sacudió la cabeza, dio un sonoro relincho y se lanzó a galope tendido.

Los tres niños se miraron atemorizados. ¡Pobre Peter! Allá iba sobre Tinker, sujetándose con todas sus fuerzas, mientras el caballo galopaba como un loco hacia Windy Hill.

—¡Voy tras él! —gritó Elizabeth.

Hizo girar con rapidez su montura y la fustigó enérgicamente.

El caballo partió veloz, como si hubiera comprendido que debía alcanzar al fugitivo.

John y Kathleen miraban temerosos. Peter aún se sujetaba con todas sus fuerzas.

El caballo de Elizabeth era mayor y más veloz. La niña le exigía el máximo, gritándole a todo pulmón. Por fortuna era buena amazona y confiaba en su caballo. Poco a poco, ganaba terreno.

Tinker jadeaba al subir la enhiesta colina de Windy Hill. Peter tiró de las riendas para detenerlo, pero el caballo seguía asustado.

Elizabeth llegó a Windy Hill y alcanzó a Tinker. Éste miró alarmado al otro caballo, extendió el cuello y volvió a emprender el galope.

Elizabeth ya había cogido sus riendas. Tinker notó su fuerte y pequeña mano y se aquietó y escuchó su voz. Elizabeth conocía a los caballos y sabía cómo hablarles. Después del primer tirón para liberarse Tinker aminoró la marcha y, tembloroso, al fin se paró.

Peter desmontó enseguida. Elizabeth saltó a tierra y, minutos después, había apaciguado al caballo, si bien no se atrevía a montarlo.

—Peter. Sube al mío y reúnete con los otros. Tendré que regresar a pie con Tinker. Dile al encargado del establo lo ocurrido y al señor Warlow que no estaré a punto para el partido.

Peter, recuperado, alardeó ante los otros del caballo desbocado.

Los tres regresaron al pensionado.

Elizabeth, rendida y abatida, caminaba pensando en el terrible suceso. Peter pudo haberse caído y herido gravemente. Y fue ella quien permitió que montase a Tinker. Pero la culpa era de Robert por haberse retrasado.

Le dolía la mano izquierda. Debió de torcérsele al sujetar las riendas de Tinker. Se la colocó dentro de la chaqueta para ver si mejoraba con la acción del calor. Se sentía muy desgraciada mientras caminaba de regreso por campos y senderos, conduciendo al cansado animal.

El encargado del establo se mostró descontento. Robert salió a su encuentro y la riñó.

—¿Cómo pudiste ser tan tonta? ¿Por qué dejaste que Peter montara a Tinker? No pude evitar el retraso. El señor Johns me entretuvo. Debiste aguardar. Yo nunca hubiese dejado cabalgar a Peter con Tinker en tal estado. Siempre eres impaciente y atolondrada.

La niña lloró.

—¡Sólo me faltaba eso! ¡Comprobar que eres un bebé! —gritó Robert despectivo—. Tal vez creas que si lloras lo sentiré por ti y no diré nada más. ¡Eso es propio de chicas! Por fortuna ni Peter ni Tinker se han hecho daño.

—¡Oh, Robert! No seas tan antipático conmigo —sollozó Elizabeth—. Me he hecho daño en una mano y no sé cómo decirte cuánto siento que Peter montara a Tinker.



—Veamos esa mano. —Robert se mostró más amable, mientras revisaba la articulación hinchada—. Será mejor que la vea el ama. Alégrate. De nada sirve llorar sobre la leche vertida.

—No lloro —gritó Elizabeth, secándose los ojos—. Me lamento por un caballo desbocado y por una muñeca que duele.

Se fue a ver al ama sujetándose el brazo. Siempre le sucedían cosas.

## *Elizabeth es insoportable*

El ama estaba con dos niños enfermos. Abrió la puerta al oír golpes en ella.

—¿Qué pasa? ¡No puedes entrar!

—Lo sé. Pero me he torcido la muñeca.

El ama inspeccionó la muñeca hinchada.

—Debe de dolerte mucho. ¿Cómo te lo hiciste?

Elizabeth se lo contó. La matrona empapó una gasa en agua fría y envolvió prietamente la muñeca.

—¿Se curará pronto? —preguntó Elizabeth—. Menos mal que no ha sido la mano derecha.

—Tardará algún tiempo. Procura mantenerla inmóvil. Te haré un cabestrillo con este viejo pañuelo, así, alrededor del cuello. Eso ayudará.

Ya había pasado la hora del té. El ama la condujo a su propia habitación y le hizo tostadas. Elizabeth, pálida y cansada, no quería tomar nada, pero las tostadas con mantequilla eran apetitosas y no tardó en comérselas, acompañándolas con cacao.

En la sala común la esperaban para saber lo sucedido. Joan se interesó:

—¿Es seria tu herida?

—Bueno, me duele un poco. Pero ahora está mejor. Fue culpa mía. Me sentí impaciente porque Robert se retrasaba y ensillé a Tinker para Peter.

—Pobre Elizabeth —dijo Jenny.

Robert permaneció silencioso, leyendo un libro. Seguía enfadado.

Peter asomó la cabeza y preguntó:

—¿Está Elizabeth aquí? ¡Sí que estás! ¿Cómo tienes la muñeca? Lo siento. No podrás tocar el piano durante una temporada.

Elizabeth no había pensado en eso. Miró aturdida a Peter.

—Oh, es verdad. Lo había olvidado, cielos. Con lo que deseaba practicar esta semana.

Todos lo sintieron por ella. Robert alzó la cabeza.

—Mala suerte, Elizabeth —dijo—. Espero que tu mano esté lo bastante bien para tocar en el concierto.

Elizabeth, desalentada, notó sus propias lágrimas. Se levantó deprisa. Odiaba que la gente la sorprendiera llorando. Salió de allí y se encaminó a una de las salas de música. Se sentó en el piano y apoyó su cabeza contra el soporte de las partituras. Enojada consigo misma, pensó que había hecho algo tonto, como de costumbre, ganándose quebraderos de cabeza.

Richard llegó canturreando. No vio a Elizabeth sobre el piano y encendió la luz para practicar.

Se sorprendió al hallarla allí, a oscuras y sola.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. ¿Por qué lloras?

—Tu predicción se ha cumplido —contestó Elizabeth—. Me volví orgullosa. Tenías razón. Me he dañado la muñeca y no puedo tocar el piano. Tampoco podré acompañarte en el concierto.

—¡Oh, cuánto lo siento! —exclamó Richard desalentado—. Tendrá que hacerlo Harry y no es la mitad de bueno que tú. ¡Oh, Elizabeth, qué mala suerte!

—No debiste decirme que la vanidad llega siempre antes de una caída —sollozó Elizabeth—. Parece como si tuvieras la culpa.

—No seas boba, Elizabeth. De todos modos, anímate porque puede que no sea tan malo como supones. Tocaré algo para ti si quieres. Levántate y déjame el taburete.

Elizabeth se acomodó en la silla que había en el cuarto, cansada y enojada. No le gustaba Richard. No le gustaba Robert. No le gustaba Peter y su caballo espantadizo. No se gustaba a sí misma. No le gustaba nadie en absoluto. Era una niña enojada que se negaba a ser consolada por nada ni por nadie.

Pero la música de Richard mejoró mucho las cosas. El ceño de la pequeña se suavizó y, apoyada contra el respaldo, se sintió más feliz a medida que las suaves notas del piano cayeron sobre el silencio del pequeño cuarto. Richard sabía exactamente qué música tocar para confortarla.

Elizabeth regresó a la sala común. Quizá su muñeca mejorase al día siguiente. Quizás exageraba. Los otros la miraban.

—Ven a resolver este crucigrama conmigo —la invitó Kathleen—. No logro hacerlo.

Todos eran amables con ella. Elizabeth se sintió agradecida. Pero agradeció mucho más la hora de acostarse, pues también le dolían las piernas.

El ama volvió a venderle la muñeca.

—Mantenla en el cabestrillo —recomendó—. No te dolerá tanto.

Elizabeth confiaba encontrarse mejor al día siguiente, pero la hinchazón no había cedido, si bien ya no le dolía tanto.

«Imposible tocar el piano. ¡Qué fastidio!», pensó.

También averiguó qué difícil es hacer las cosas más ordinarias con una sola mano. No supo atarse la cinta de su cabello, ni abrocharse los cordones de los zapatos, ni lavarse, ni siquiera sonarse con facilidad.

Las demás trataron de ayudarla. Ella no lo aceptaba fácilmente. Sacudió la cabeza cuando Joan intentó peinarla y pateó nerviosa cuando la pobre Kathleen intentó abrocharle los botones de la blusa.

—Vuelves a ser la chiquilla del pequeño rizo en el centro de la frente —suspiró Joan—. Así resultas una chica insufrible.

—Tú no serías mejor si esto te hubiera sucedido a ti —contestó Elizabeth, enfurecida—. De haber sido la mano derecha, me habría ahorrado los exámenes de la semana que viene. Pero así tendré que hacerlos. En cambio, no puedo practicar las cosas que me gustan, como la gimnasia, la equitación y la música. ¡Oh, qué mala pata!

Pasados unos días, el ama dijo que ya podía usar la mano lesionada, pero carecía de fuerza en

ella y no se atrevió.

Cuando supo que no intervendría en la función porque su papel era el de soldado, obligado a manejar un arma de madera con la mano izquierda, su enfado alcanzó esferas insospechadas.

En su grupo escolar no se hablaba de otra cosa.

—Se vuelve más antipática —dijo Jenny—. No soporta nada. Sólo piensa en ella misma y en las cosas agradables que se pierde. De todos modos, es mala suerte que ni siquiera pueda hacer deporte.

—Tratemos de hallar algo que la distraiga —propuso Joan—. George está en la enfermería. Elizabeth podía leerle alguna cosa.

También hay que hacer todos los programas para la función. Ella sabe diseñar muy bien. Pidámosle que nos ayude. Puede hacerlo con su mano derecha. Y están las coronas doradas. Robert se ofreció a confeccionarlas. Elizabeth podría pintarlas.

Todos convinieron en que era una estupenda idea que Elizabeth realizase unas cuantas cosas que la distrajeran.

Uno ahora, otro luego, todos le pidieron su colaboración.

Elizabeth se enfadó más al comprender por qué acudían a solicitar su ayuda. ¿Por qué hacer cosas para los otros cuando se hallaba privada de cuanto le agradaba a ella misma?

Joan lo advirtió y la cogió del brazo.

—Ven conmigo. Hablemos, Elizabeth. Soy monitora y tengo el deber de decirte unas cuantas cosas para ayudarte.

Se fueron al jardín.

—Ahórrate tu sermón, Joan. Sé que me porto mal. Nunca llegaré a monitora como tú. Nunca podré olvidarme de mí misma, ni dejar que me importe cuando las cosas me van mal.



—Eres una gansa, Elizabeth. Tampoco sabes lo que puedes hacer hasta que lo intentas. Sólo

quedan dos semanas de curso. No hagas una montaña de un grano. Todos te admiramos. Procuras que una cosa sin importancia, como una muñeca lesionada, fastidie nuestra simpatía y admiración hacia ti. Realmente eres muy dura. Nos pones a prueba. Todos hemos sido amables y pacientes contigo. Haces las cosas muy difíciles para tus amigos.

Elizabeth dio un puntapié a una piedra. ¿Por qué tenía que fastidiar a sus amigos cuando sólo ella era la culpable de lo que le había sucedido a su mano? Eso era debilidad por su parte. Se cogió del brazo de Joan.

—Bien, monitora. Os ayudaré cuanto pueda. Haré los programas, leeré a George y pintaré las coronas. Si no sé aceptar deportivamente unas semanas de contrariedad, poco tengo de bueno.

—Precisamente porque eres fuerte, nos desagrada que te muestres débil —dijo Joan—. Muy bien, haz lo que puedas por nosotros.

Una vez se decidía en serio a hacer algo, lo conseguía. Podía ser tan paciente como impaciente, y tan alegre como fastidiosa. Sus amigos no tardaron en observar el cambio operado en su ánimo.

Empezó a trabajar con los programas. Consiguió sujetar el papel con la mano izquierda y le resultó fácil dibujar y pintar con la derecha. Pronto acabó media docena de excelentes programas y todos los admiraron. Elizabeth se sintió complacida.

—Seré buena chica e iré a leer para George —anunció sonriente y alegre.

Todos se rieron.

—Aunque se vuelva asno, nunca evitaremos quererla —dijo Jenny.

Estuvieron de acuerdo.

## *Una sorpresa maravillosa*

Llegó la última semana de curso. Había exámenes todos los días y los niños trabajaban muy de firme. Elizabeth, Robert y Kathleen fueron los más esforzados. Todos querían sobresalir. Elizabeth ansiaba ser la primera de su clase y lo mismo Robert. Kathleen quería ser la primera en algo y no le importaba en qué.

«Será tan bonito decir a mamá que fui la primera en algo —pensaba Kathleen—. Mamá siempre se ha mostrado comprensiva. Realmente sería maravilloso complacerla en algo».

La muñeca de Elizabeth había mejorado, si bien no lo suficiente para tocar el piano, cabalgar, hacer deporte, cavar en el jardín, o gimnasia. En verdad que era pésima su suerte.

Sólo intervendría en el coro durante el concierto. Pero no acompañaría a Richard. Harry la reemplazaba. Intentó ser alegre para evitar que advirtiesen qué desgraciada era a veces. Se esmeró en ayudar a los demás y pintó maravillosamente bien las coronas. Incluso pintó unos árboles para al escenario. Todos opinaron que eran fantásticos.

Confeccionó doce programas, los mejores que se habían realizado en la escuela. La señorita Belle tendría uno, otro la señorita Best y otro el señor Johns.

Había leído para George y jugado con él hasta el día que le dieron de alta en la enfermería. Hizo muchos trabajos para el ama. No trabajó con John en el jardín, pero le escribió una lista de semillas de flores para la primavera y escuchó atenta cuando le contó lo realizado con la colaboración de Peter.

—Sin duda es fuerte —dijo Joan—. Hay buena materia prima en Elizabeth. Sabe ser la niña más desobediente de la clase y también la más sumisa.

Elizabeth acudió a contemplar los partidos de hockey y lacrosse, y animó a los jugadores, si bien su corazón sentía frustración.

¡Qué terrible no poder hacer nada de cuanto deseamos ardientemente!

—Tú sabes sonreír ante la adversidad —reconoció Robert.

Nada de cuanto Elizabeth había realizado hasta entonces le proporcionó tanta admiración por parte de todos, como su esfuerzo durante aquella semana. Conocían su fuerte temperamento y lo difícil que le resultaba mostrarse alegre, paciente y bien dispuesta. Se sentían orgullosos de ella.

Llegó el concierto escolar. Fue una tarde excitante. Asistieron muchos padres de alumnos, entre ellos los de Elizabeth, que se quedarían hasta el día siguiente para llevársela. Les entristeció enterarse que se había dislocado la muñeca, privándola de tocar en el concierto, pero les entusiasmó el programa que ella les mostró.

—Lo hice para vosotros —explicó orgullosa—. ¿Os gusta? Los profesores también los tienen.

Mamá, fíjate en las coronas de oro de la función. Las pinté yo, y también pinté los árboles.

El concierto fue un gran éxito. La función fue divertida e hizo reír a todos. Jenny y Kathleen se entusiasmaron. Ellas habían escrito la parte de su curso. Richard tocó maravillosamente el violín e interpretó con Harry los dúos que Elizabeth tanto había ensayado.

Pese a lo triste que era oírlo, se mostró sonriente y aplaudió el final. Jenny, Joan, Robert y Kathleen la observaban, contentos de verla sonreír y aplaudir, cuando por dentro ardía de frustración.

Al final del concierto, dieron los resultados de los exámenes. Elizabeth escuchó conteniendo los latidos de su corazón, lo mismo que Robert y Kathleen. A Jenny no le preocupaba demasiado, mientras estuviera en un lugar cercano a la cumbre. A Kathleen sí le importaba. Se había esforzado mucho en distanciarse de los últimos.

La señorita Belle dirigió la palabra a la clase de Elizabeth.

—La señorita Ranger afirma que habéis realizado un trabajo excepcionalmente bueno —dijo—. Algunos de los niños han destacado por encima de lo esperado. Particularmente Elizabeth Allen y...

La señorita Belle no pudo continuar, pues una salva de aplausos la interrumpió. A todos les encantaba que Elizabeth fuese la primera. Robert aplaudió también con fuerza. Ansiaba ser el segundo, ahora que sabía quién ocupaba el primer puesto.

La señorita Belle extendió la mano pidiendo silencio.

—Un momento —dijo—. Dejad que termine lo que quiero anunciar. Elizabeth Allen y Robert Jones comparten el primer puesto.

Robert se quedó rígido en el asiento, paralizado por la sorpresa. Él y Elizabeth estaban juntos en la cumbre. Incluso le pareció mejor que estar solo en la cima. Elizabeth, sentada detrás de él, se inclinó y le dio unas palmaditas en el hombro.

—Robert, me siento muy complacida. Prefiero compartir el primer puesto contigo. De veras te lo digo.

Robert sonrió. No podía hablar porque estaba demasiado emocionado. Carecía del buen cerebro de Elizabeth y tuvo que trabajar de firme para escalar la cumbre. ¡Qué orgullosos estarían sus padres!

La señorita Belle continuó. Jenny estaba en el cuarto puesto y Joan en el quinto. Ambas niñas se mostraban satisfechas. Kathleen era la sexta, bien lejos de las últimas y, además, con puntuación máxima en historia. Sus mejillas resplandecieron cuando oyó que lo decía la señorita Belle. Se había acercado a las primeras y obtenido la mayor puntuación en historia. ¿Qué diría su madre? Sus ojos la buscaron por el enorme gimnasio y vio su rostro pleno de felicidad.

«No sé qué ha hecho Whyteleafe con mi pequeña Kathleen —pensaba la madre—. Pero tiene un aspecto distinto. Siempre fue feota y ahora está más guapa cuando sonríe. ¡Y qué feliz y brillante se la ve junto a sus compañeras!»

Fue una tarde espléndida. A última hora se celebró la Junta escolar. Guardaba una sorpresa que William no anunció hasta que se hubieron tratado los asuntos de rutina.

El dinero de la caja se dividió a partes iguales entre todos los niños. Así todos iniciaban el

período de vacaciones con algo de dinero en los bolsillos.

William habló al fin.

—Lamento anunciar que perdemos a Kenneth. Sus padres se van al extranjero y se lo llevan. No volveremos a verle hasta que regresen y eso será dentro de seis meses.

Todos escucharon en silencio.

—Damos las gracias a Kenneth por haber sido inteligente y buen monitor durante muchos cursos. Su gran labor es incluso desconocida para muchos de nosotros. Te echaremos de menos. Celebraremos tu regreso, Kenneth.

—Gracias —Kenneth se puso de color escarlata.

Era un muchacho tranquilo y vergonzoso, querido por todos.

La escuela sentía perderlo.

—Bien, como Kenneth no estará aquí de monitor el próximo curso, tendremos que elegir un sustituto —siguió William—. Podéis elegir de nuevo a George, o dar la oportunidad a otro si consideráis que merece la pena. Nora, reparte las papeletas, por favor.

Nora las repartió. Todos parecían preocupados. Resultaba difícil elegir monitor sin antes haberlo consultado entre ellos. Elizabeth chupó su lápiz. ¿A quién pondría? Se decidió por John, si bien no le consideraba idóneo, pues sólo entendía de jardinería. Sin embargo merecía una oportunidad. Escribió su nombre: John Terry.

Cuando todos hubieron escrito un nombre, las papeletas se entregaron al jurado, que las desdobló y contó. El jurado deliberó durante algunos minutos y también emitió su voto.

William y Rita intercambiaron unas palabras y luego William golpeó con el mazo sobre la mesa.

Tres son los nombres que han alcanzado mayor número de votos: John Terry, Robert Jones y Elizabeth Allen.

Elizabeth saltó de su asiento. No esperaba que nadie votase por ella. Era la sorpresa de su vida.

—Hemos aprendido a conocer a Elizabeth durante este curso —dijo William—. Lo bueno y lo malo que hay en ella. Rita y yo hemos observado qué difícil han sido para ella estas últimas semanas y cómo ha intentado olvidarse de sí misma y ayudar a su clase. No es, pues, de extrañar que haya obtenido tantos votos.

—Sabemos cómo ha soportado su desilusión —siguió Rita—. Tampoco olvidamos que se hirió la muñeca al detener el caballo de Peter. Fue un acto de valor que la honra. Eres contradictoria, Elizabeth. Tonta cuando quieres y lista cuando te lo propones, paciente o insoportable, antipática o amable, pero nadie ignora que intentas ser justa y leal.

Elizabeth escuchaba con el corazón excitado. ¿Iba a decir Rita que debía tener paciencia y quizás el próximo curso sería monitora si se portaba bien?

No, Rita no iba a decir eso.

—Elizabeth, tanto William como yo te conocemos bien ahora y estamos seguros de que, si te hacemos monitora, no nos decepcionarás. Sabemos que tratarás a los demás mejor que a ti misma. Por ello consideramos justo llamarte a la mesa de los monitores y pedirte que te esfuerces al máximo en tu próximo curso escolar.

Con mejillas ardientes y ojos relucientes, Elizabeth se encaminó a la mesa del jurado. Jamás en su vida se había sentido tan orgullosa y complacida. Ya no le importaba su ausencia en el concierto, en los partidos y en el gimnasio. Al fin era monitora.

Se sentó junto a Joan, que le estrechó la mano.

—¡Qué estupendo! —se alegró Joan—. Estoy muy contenta.

Dejamos a Elizabeth, sentada en la mesa de los monitores, soñando en las cosas buenas que podría realizar en el próximo curso. Era monitora. ¿Cómo imaginarse a la niña más rebelde de la escuela transformada en monitora?

«Seguro que haré cosas tontas aun siendo monitora —pensó Elizabeth—. Pero no importa, he logrado mi oportunidad y sabré hacer honor a la confianza depositada en mí».

